



Gente del llano





ENRIQUE OLTUSKI

Nació en la Ciudad de La Habana en 1930. Cursó estudios de primaria y secundaria en la ciudad de Santa Clara. Estudió la carrera de ingeniero arquitecto en Estados Unidos, de donde regresó a Cuba para unirse a la lucha contra la dictadura de Batista. Participó en la lucha insurreccional en La Habana y posteriormente pasó a ocupar el cargo de Jefe del Movimiento 26 de Julio en la antigua provincia de Las Villas, donde conoció al Che Guevara cuando éste llegó a las montañas del Escambray al frente de una columna invasora.



Al triunfo de la revolución ocupó el cargo de Ministro de Comunicaciones, en el primer gobierno revolucionario, y después fue Viceministro, bajo la dirección del Che, en el Ministerio de Industrias y en la Junta Central de Planificación. Actualmente ocupa el cargo de Viceministro de la Industria Pesquera.





Gente del llano

ENRIQUE OLTUSKI



IMAGEN  CONTEMPORANEA

LA HABANA, 2001





Ediciones IMAGEN CONTEMPORÁNEA

Director:

Eduardo Torres-Cuevas

Subdirector:

Luis M. de las Traviesas Moreno

Editora principal:

Gladys Alonso González

Administradora editorial:

Esther Lobaina Oliva

Primera reedición corregida y aumentada, tomada de la primera edición, Ediciones IMAGEN CONTEMPORÁNEA, 2000.

Responsable de la edición:

Gladys Alonso González

Diseño:

Deguis Fernández Tejada

Proceso del texto:

Beatriz Pérez Rodríguez

Maquetación:

Luis Alfredo Gutiérrez Eiró

© Enrique Oltuski, 2000

© Sobre la presente edición:

Ediciones IMAGEN CONTEMPORÁNEA, 2001

ISBN 959-7078-41-4

Ediciones IMAGEN CONTEMPORÁNEA

Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz,

L y 27, CP 10400, Vedado,

Ciudad de La Habana, Cuba.





Índice

Prólogo / VII
Por qué este libro / 1

Antes del llano y la sierra



Golpe de Estado de Batista / 7
Primeros intentos revolucionarios / 18
Estudiante en Estados Unidos / 27
Viaje a América Latina / 39
Asalto al Cuartel Moncada / 49
Regreso a Cuba / 59
La búsqueda revolucionaria / 64
Incorporación al Movimiento 26 de Julio / 76



El llano

Conspiración en La Habana / 91
El Movimiento de Resistencia Cívica / 108
La lucha en Las Villas / 127
Huelga del 9 de abril/ 143
Se impone la sierra / 162





La sierra

El Che en Las Villas / 185

La Sierra Maestra / 204

Después del llano y la sierra

Batista huye / 231

Fidel marcha hacia La Habana / 241

Ministro del gobierno / 255

La revolución toma el poder / 271

Epílogo / 279





Prólogo

Por mis actividades como escritor y editor tuve la suerte que los originales de este libro estuviesen en mis manos antes de que se decidiera su edición. Aquellas páginas, que devoré en una noche, formaban parte de una leyenda viva que apenas se conoce como historia escrita, la de los hombres que hicieron, como hecho histórico, y mantienen, como hecho actual, la Revolución Cubana. De su autor oí hablar, por primera vez, en los días del triunfo del movimiento insurreccional en enero de 1959. Hasta entonces sólo se sabía, y por cierto en un círculo muy estrecho, que el Coordinador del Movimiento Revolucionario 26 de Julio en la central provincia cubana de Las Villas —territorio donde la lucha contra la dictadura de Fulgencio Batista había sido especialmente intensa, tanto en las montañas como en los llanos y ciudades, y en el cual las columnas de los legendarios comandantes guerrilleros Camilo Cienfuegos y Ernesto *Che* Guevara, habían destrozado las fuerzas militares de la tira-





nía, culminado con la toma de la ciudad de Santa Clara, su capital, por las fuerzas del Che—, era un extraño personaje al cual sólo se le conocía por su nombre de guerra, *Sierra*. Enrique Oltuski, Sierra, era el único miembro de la dirección del 26 de Julio que las fuerzas represivas del régimen no habían podido identificar y, para muchos, resultó una verdadera sorpresa que este arquitecto, graduado en Estados Unidos y empleado de la firma petrolera Shell, quien en nombre de esa empresa se paseaba por el país, fuese el connotado luchador clandestino. La franqueza, la honestidad y la valentía de Oltuski se han hecho proverbiales y ello lo capta el lector, incluso, en la forma en que escribió su obra y en la modestia con que su personaje principal, el propio autor, evita destacar su papel protagónico, en aras de transmitirnos lo que vio, sintió y vivió, la simple experiencia personal desde la que observa y transmite sus relaciones con los hombres de una generación, la suya, que fueron capaces de transformar un mundo, el de su país.

El autor afirma que éste no es un libro de historia. Escrito en un género novelado, con la perceptible cuota de suspenso, todos sus hechos, situaciones y el ambiente de época descrito tienen como sustento el fiel recuerdo de sus anotaciones, documentos y vivencias. Lo que no le interesa a Oltuski es que este acercamiento a hechos extraordinarios pueda fosilizarlos, sacralizarlos o abstraerlos en detrimento de la verdadera historia vivida. Prefiere que se conozca a los hombres, como eran, como pensaban y sentían, sin ocultamientos ni edulcoraciones.

VIII





Recrear lo vivido sin escamotearles a otros el derecho a escribir lo suyo. En realidad, este tipo de literatura esencialmente testimonial, dibujada en la ficción, y por cierto de manera exitosa, nos introduce más en el espíritu apasionante de una época, en sus hombres y mujeres, que algunos densos, rígidos y preconcebidos textos académicos de historia. Es una obra que se disfruta de principio a fin; que atrapa en la sencillez del lenguaje y en la transparencia de la trama argumental.

El escenario en el que transcurre la acción de la obra no es otro que Cuba entre 1952 y los primeros meses de 1959; período de la historia cubana en el cual se gesta, desarrolla y triunfa el movimiento insurreccional revolucionario y, dentro del cual, una juventud honesta y valiente se enfrenta contra fuerzas militares represivas muy superiores y bien establecidas, a pesar de todos los dogmas que hacían que algunos hombres de mayor edad la miraran con escepticismo. En aquel movimiento subyacía no sólo defenestrar la dictadura, sino cambiar un país donde la corrupción, el crimen, la indolencia, la apatía y el entreguismo, habían ahogado la democracia, envilecido las instituciones públicas y los partidos políticos al punto de abrirle paso a la más feroz tiranía que padeció el país.

El 10 de marzo de 1952, mediante un golpe de Estado militar, Fulgencio Batista destruye el proceso constitucional instaurando su régimen ilegal sostenido en las bayonetas del ejército. El tirano se convierte en todo un símbolo; personifica los males de la Cuba republicana; es, de hecho, la





negación del sueño y del pensamiento del Apóstol de la independencia cubana, José Martí, y del de los hombres y mujeres que, durante más de un siglo, habían combatido y ofrendado sus vidas por una Cuba “libre, soberana y de justicia social”. Por ello, habrá dos tipos de oposición a la tiranía: la de los viejos políticos que desean un retorno a la situación anterior al golpe militar y la de la juventud que quiere cambiar radicalmente todo aquello que ha desmoralizado y empobrecido al país.

Antes del 10 de marzo, el ambiente político y social había estado marcado por la corrupción, los escándalos públicos y el predominio de las pistolas (gansterismo). A ello se añadía la división y desorientación de las fuerzas progresistas y revolucionarias. El pueblo estaba sumido en el escepticismo y la impotencia, en un país de fuertes contrastes entre la miseria de muchos y la opulencia de pocos, esta última fruto en muchos casos de la ilegalidad y del robo del tesoro público. Un político audaz, Eduardo Chibás, se había lanzado a enfrentar esta situación. Con el lema “Vergüenza contra dinero” fundó el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos) que tenía como símbolo una escoba para indicar que se disponía a barrer con toda la corrupción imperante. Ello atrae a gran parte de la juventud cubana, entre quienes se encuentra un joven abogado, Fidel Castro. En un día trágico, Chibás se suicida. No obstante, y pese a las ya evidentes divisiones internas, el triunfo de los ortodoxos en las próximas elecciones parece garantizado. En esas condiciones, Batista se adelanta y





produce el golpe militar. El 26 de julio de 1953, Fidel Castro, con un grupo de jóvenes, ajenos a la política hasta entonces en uso, ataca la segunda fortalezas militar del país, el cuartel Moncada, en la ciudad de Santiago de Cuba. Aunque el intento no logra su objetivo, sí se convierte en un llamado al combate. Alrededor de la figura del jefe revolucionario comienza a vertebrarse el principal movimiento rebelde que tomará por nombre la fecha del ataque al Moncada.

El Movimiento Revolucionario 26 de Julio empieza a organizarse nacionalmente en 1955 y pronto tiene células en todo el país. Fidel, después de sufrir prisión y de pocos meses en libertad, perseguido y acosado por los órganos represivos de la tiranía, marcha a México para preparar el núcleo expedicionario que debe desembarcar en Cuba e iniciar la rebelión armada. Otra parte de la dirección del Movimiento, la rama clandestina, debe reclutar miembros, armas, dinero, desarrollar una activa propaganda y garantizar las condiciones para el inicio de la insurrección. El Movimiento atrae, cada vez más, a jóvenes de las más diversas procedencias sociales y políticas, quienes hasta entonces carecían de una organización capaz de convencerlos por su desvinculación de la política manipuladora de los viejos políticos, por su orientación revolucionaria y por la limpieza de sus dirigentes. Una vez iniciada la guerra de guerrilla en la Sierra Maestra, bajo la dirección del propio Fidel, se incrementa la represión y, como contraparte, las acciones de sabotajes, propaganda y la





preparación de la huelga nacional general revolucionaria por parte del movimiento clandestino. De entonces surge una particular forma en que se denominaron las dos fuerzas combatientes; para el Ejército Rebelde, la sierra; para los luchadores clandestinos de las ciudades, el llano. Esto explica la forma en que Enrique Oltuski, denomina las cuatro partes de su obra; él fue un hombre del llano y, por cierto, uno de los más destacados.

Lo interesante del libro que hoy tenemos en las manos es que nos trasmite como fue, poco a poco, ganándose en experiencia, en claridad de concepciones no sólo de la lucha sino, y más a fondo, políticas. El llano creyó, durante gran parte de su desarrollo, que el triunfo definitivo se lograría mediante una huelga general; la sierra descansaba en la necesidad de destruir el aparato central de la dictadura, el ejército, para iniciar un verdadero proceso revolucionario. El fracaso de la huelga de abril del 58, demostró que no eran las ciudades el punto más débil del régimen ni una acción de ese tipo la que conduciría al triunfo. Los combatientes del llano habían fijado su referente en las acciones que derrocaron al dictador Gerardo Machado el 12 de agosto de 1933. Pasaron por alto que el experimentado Batista se había percatado de ello desde los comienzos de su carrera política por lo cual, fortaleciendo el aparato represivo en las ciudades, había ahogado en sangre la huelga general de 1935. Fidel, con una visión más histórica, había tomado como referente las luchas de los independentistas cubanos contra el poder colonial español, en las





cuales la guerra de guerrillas había agotado fuerzas militares muy superiores, mejor armadas y bien entrenadas; se había percatado que el punto débil del aparato militar de la dictadura estaba en el campo y en su entrenamiento convencional. La sierra fue ya reconocida como la locomotora de la revolución y el llano consolidó su papel de retaguardia en activa beligerancia. Estas diferencias estratégicas iniciales, a veces se han hiperbolizado e, incluso, llevado a un tratamiento político desbalanceado. La imagen de una guerrilla rural sin una red urbana ha dificultado notablemente la comprensión del proceso revolucionario cubano. Oltuski, un hombre del llano, nos adentra en ese rico universo humano en el cual conoció a muchos que, con el andar de los años, han tenido destinos diversos. Los retrata como los vio, como eran en su juventud permanente ajenos a la caducidad de la vejez.



La Revolución Cubana, para triunfar, destruyó dos dogmas y un corolario en los cuales se había asentado una república mediocre: el primero, la invencibilidad del ejército; el segundo, la supe-ditación al gobierno norteamericano para cualquier acción política o de otro orden. El corolario de estos dogmas lo habían añadido los stalinistas con la tesis de que una revolución tenía que triunfar primero en Estados Unidos y después en Latinoamérica. El dogma de que se puede hacer una revolución con el ejército o sin el ejército, pero nunca contra el ejército, se desvanecía en Cuba. La tesis fidelista de que era necesario —y posi-





ble— destruir ese aparato represivo, con funciones más internas que de defensa nacional, para hacer una revolución se confirmó. El segundo dogma resultaba más difícil de desvanecer por su larga historia y por la potencia de las fuerzas internas y externas en que se sostenía.

En 1895 se inicia la última de las guerras por la independencia de Cuba del poder colonial español. Su organizador máximo, José Martí, había elaborado una amplia obra, formada por artículos, folletos, cartas y discursos, en que concentraba todas las aspiraciones cubanas que no se limitaban a la independencia, sino que ésta sería la base para una república “con todos y para el bien de todos” y en la cual “la dignidad plena del hombre” fuese su primera ley. En los inicios, en España se había afirmado que se mantendría a Cuba “hasta el último hombre y la última peseta”, pero había sido tal el costo humano y material, que en 1897, sonó el grito desesperado de “ni un hombre más ni una peseta más”. En esas circunstancias, Estados Unidos le declara la guerra a España y en un breve período, con el auxilio de las fuerzas cubanas, logran su derrota. Fue éste uno de los momentos más complejos de la historia cubana que marcó todo su siglo xx. Las fuerzas norteamericanas ocuparon Cuba durante tres años y medio; al final, dejaron organizada una república dependiente. A la constitución cubana, lo que hirió la sensibilidad de la mayoría de los cubanos, independiente de su condición social, se le colocó un apéndice, la Enmienda Platt, elabo-

XIV





rada en el Congreso norteamericano, que autorizaba a Estados Unidos a intervenir en Cuba. Al nuevo gobierno se le obligó a firmar un tratado de reciprocidad económicamente leonino y excluyente para otras naciones. De hecho, Cuba no era independiente ni externa ni internamente. Cuando el movimiento revolucionario de 1933 triunfa, el embajador de Estados Unidos lo desarticula; él aprueba o desaprueba. Un sargento llamado Batista, devenido coronel tras su primer golpe de Estado, es reconocido y respaldado por el gobierno norteamericano. Se pone de boga la llamada “teoría del fatalismo geográfico” que da por sentado que, en el caso cubano, no podía haber ninguna acción soberana porque todo vendría, para bien o para mal, “de lo que dijese los norteamericanos”. El modo directo, vulgar y despreciativo con que se trataba a Cuba y a los cubanos era una sobredosis irritante. Sin embargo, y es de destacar, las relaciones entre cubanos y muchos norteamericanos resultaron muy fraternales. Eran dos pueblos que gustaban conocerse.



El apoyo evidente del gobierno norteamericano a las dictaduras sanguinarias de la época —Batista, Trujillo y Somoza, por sólo ejemplificar— y su colocación frente a todo movimiento reformista, nacionalista, populista y, en no pocos casos, simplemente democrático, como el Jacobo Árbenz en Guatemala, produjo los primeros hostigamientos al movimiento revolucionario cubano. La dirección revolucionaria no era enemiga de Estados Unidos; sólo, independiente; sólo deseaba ser tratada en pla-





nos de igualdad, pero ello no se toleraba. Por primera vez se tomaron decisiones sin previa consulta con Washington.

En mi opinión, dos factores resultaron decisivos en la estrategia revolucionaria, los cuales tienen un profundo sello innovador. Frente al lema de “divide y vencerás”, empleado contra las fuerzas revolucionarias, se levantó la consigna integradora, sostenida por Fidel, de la unidad de las fuerzas revolucionarias. A nadie se le excluyó por sus ideas políticas anteriores. Auténticos, ortodoxos, nacionalistas, liberales radicales, comunistas, trotskistas, apristas, sin partido, integraron las filas del movimiento en la lucha por un proyecto revolucionario emanado de las ancestrales esperanzas de los cubanos. Pero la unidad constituía una idea estratégica que iba mucho más allá. Su base era pueblo, único que podía enfrentar la gran transformación del país y a las fuerzas que, necesariamente, surgirían en contra de un proceso de cambio radical. El segundo aspecto lo era la idea de la Revolución. Ésta no se basó en un programa estático, sino en las exigencias que a lo largo del camino se fueron presentando, teniendo como estrategia y norte la realidad cubana, las necesidades vitales y espirituales del pueblo y la realización plena del hombre en una sociedad que, destruidos los mecanismos de enajenación, lo liberara, definitivamente, convirtiéndolo en un hombre nuevo y plenamente libre; libertad nacida de la cultura y el conocimiento, bases de una verdadera conciencia.

Los caminos iban surgiendo de la propia práctica revolucionaria. La Revolución Cubana, vista por





ojos desprovistos de prejuicios y esquemas apriorísticos, era, a todas luces, una herejía contra todos los dogmas que habían atado de pies y manos, previa mordaza en la boca, a generaciones de cubanos; era una creación nueva nacida de la propia tradición del movimiento independentista cubano. Su referente principal: José Martí y Antonio Maceo, figuras cimeras del más largo enfrentamiento por la independencia de un país latinoamericano. El primero, a quien el propio Fidel cataloga como el “autor intelectual del Moncada”, había afirmado que “Patria es humanidad... unión dulcísima de amores y esperanzas”. Sostuvo que “con los pobres de la tierra quiero yo mi suerte echar” y soñó con una república plenamente soberana, insertada en el concierto latinoamericano y universal. Antonio Maceo fue el héroe por excelencia en el recuerdo de los cubanos. Su Protesta de Baraguá, hidalga manifestación contra todo tipo de capitulación que implicara la dejación o cercenar parte de la independencia de Cuba, constituía el prototipo de la nobleza, la altura y la valentía en defensa de los principios éticos y patrióticos para aquella juventud. De esa arcilla se modelaron los hombres de la Revolución Cubana; esos que daban con amor la generosa ofrenda de la vida por cambiar un mundo injusto, sin odios que siempre ciegan, y con la valentía que se requiere si se desea sembrar amor, base de una nueva sociedad libre, justa, soberana y humana. De estos hombres, de los que conoció, de sus pasiones y realidades, trata el libro de Enrique Oltuski.



Eduardo Torres-Cuevas.

XVII







Por qué este libro

“Si no estás de acuerdo, escribe lo tuyo”, decía el Che cuando yo le comentaba algún aspecto de sus relatos de la guerra revolucionaria.

Nos enfrascábamos en discusiones en las cuales cada quien veía un mismo hecho con ojos diferentes, una misma experiencia vivida desde planos diferentes.

Y era lógico que así fuese. Porque tanto como el origen social de cada uno, fue el escenario y el tipo de lucha los que conformaron el pensamiento y la acción de los insurgentes. La diferencia de escenarios: la sierra y el llano, marcó dos enfoques distintos, durante la lucha y después de la victoria.

El llano admiraba a la sierra, con reserva, y al final, fue arrastrado por ella. La sierra no comprendía bien la lucha en el llano, y medio que la subestimaba y no cabe duda que el hecho de que estuvieran los campesinos en la sierra, y los burgueses, los estudiantes y los obreros, en el llano, también fue importante.





Después del desembarco del *Granma*, durante una etapa inicial, se impuso el criterio de que la batalla se ganaría en el llano y la sierra sería más bien un símbolo. Esta tesis fue derrotada por la propia vida. Ante el fracaso del llano, emergió la tesis victoriosa: la guerra de guerrillas como columna vertebral de la lucha armada, y el llano pasó a existir en función de ésta.

El desplazamiento de la verdad estratégica del llano a la sierra y su ulterior triunfo, significó después de la toma del poder que el pensamiento político de la sierra también se impusiese.

La vida dura de la sierra, el contacto con la miseria campesina, la vida en común de los miembros de la guerrilla, permitían la discusión permanente y la difusión de las ideas políticas de los más avanzados. Mientras que en el llano, la lucha era liderada y fundamentalmente integrada por la pequeña burguesía, la juventud y el estudiantado. Con una vanguardia marxista que casi hasta el último momento estuvo en contra de la lucha armada. Con un movimiento obrero corrompido y defraudado. Con un método de lucha en el cual prevalecían la desconfianza, el peligro constante, la dispersión, que impedían la discusión y el progreso de las ideas más desarrolladas.

Y quiénes mejor que nosotros, la gente del llano, para decirlo, con los mejores dirigentes en la sierra: Fidel, Raúl, el Che.

Pero no todo estuvo siempre claro. Nada era absoluto, había matices. En esta situación compleja nos movíamos. De cómo se fueron salvando es-





tos escollos, de cómo se fueron amalgamando estas fuerzas, a veces francamente contrarias, de cómo fue surgiendo el camino correcto, es la historia maravillosa de la revolución, del genio de Fidel. Afortunadamente para la revolución, Fidel nunca descansó en el criterio exclusivo de nadie, sino que tomó de cada cual lo mejor.

Fue así que llegué a la conclusión de que cada uno de nosotros tenía —y tendría— su propia versión de la misma historia y que como participantes, aun cuando lo negáramos, estábamos parcializados por nuestras propias experiencias. La historia resultaba compleja, formada por muchos pequeños criterios. Tenía razón el Che cuando planteaba que cada cual dijera su parte. Después, mucho después, que otros conformaran la última imagen.

Ésta no es la historia de la revolución, sino mi versión parcial; ni siquiera la más importante, sino la que yo viví, la que yo recuerdo.

No es mi propósito que el material de este libro se utilice como fuente histórica. No quiero discutir fechas, lugares, palabras, personas. Quiero llegar a la juventud. Quiero reflejar la injusta sociedad en que vivíamos, el ambiente, el paisaje, quiénes éramos, por qué nos rebelamos, cómo nos hicimos revolucionarios. También el sufrimiento de las madres, los amores, el deseo de tener un hijo, el miedo, las torturas y la muerte. Y, sobre todo, la entrega de una juventud idealista, limpia y honesta, a la causa del pueblo. Además, fueron muy pocos los documentos que yo logré salvar de aquella época. No siempre recordaba con preci-





sión y he tenido que apelar algunas veces a mi imaginación. Pero la esencia está aquí. Creo yo.

Tampoco los personajes han sido necesariamente escogidos de acuerdo con la importancia de su participación, sino más bien porque representaban tipos que yo quería destacar.

Este primer libro abarca el período insurreccional y, por lo tanto, no muestra todo el desarrollo de las situaciones y de los personajes. En los tomos que habrán de seguir, con la revolución en el poder, algunos amigos se vuelven enemigos y los antiguos enemigos, compañeros, según evolucionan las ideas y cambian los valores.

Al principio pensé que este primer libro debía terminar el primero de enero de 1959 con la fuga de Batista, pero mis amigos me convencieron que debía terminar el 16 de febrero de ese año, cuando Fidel se hace cargo del gobierno como Primer Ministro y desencadena la revolución.

Sólo me resta decir y no precisamente por falsa modestia, que lo que he escrito es un pálido reflejo de la realidad. Y es que dentro del contexto de un relato no cabe la grandeza de un pueblo en revolución.





Antes del llano y la sierra







Golpe de Estado de Batista

Alcé la vista del dibujo y miré a través de la ventana. Por entre los árboles se divisaban los bancos en que los estudiantes charlaban o leían, mientras aguardaban por las clases. Mis ojos volvieron al tablero. Corrí la regla T y descubrí todo el dibujo: el parqueo no salía, no cabían los autos necesarios. Tendría que rehacer parte del plano buscando mayor área de estacionamiento. Recorrí el dibujo, imaginando nuevas proporciones, leyendo algunas cotas. ¡Nada! Sentí agolparse en mi frente y bajo mis brazos las gotas de sudor. Miré el reloj: apenas faltaban unos minutos para que sonara el timbre. Encendí un cigarro y miré nuevamente a través de la ventana.

Apenas estábamos en marzo. Faltaban casi tres meses para las vacaciones de verano. Entonces podría volver a Cuba. Me imaginé el avión descendiendo sobre el aeropuerto de Rancho Boyeros. Antes aun aparecería la línea de la costa. Inmediatamente La Habana, con las manzanas de edificios





y las avenidas, como en un mapa. Después, los campos verde claro de la caña, salpicados de palmas reales, rotos en su continuidad por los potreros.

Me iría directamente a Santa Clara. Me metería en casa las primeras semanas, mimado por la Vieja. Me pasaría el día tirado en la cama, leyendo los libros acumulados durante el año.

Después, saldría a la calle, a visitar a los amigos. Pasaríamos las veladas en el parque, hablando de mil cosas: de estudios, de política, de las muchachas. Luego, un mes en Varadero: la playa y las noches en la Bolera.

¿Y qué hacía yo aquí? ¿Para qué rayos había venido a estudiar al Norte? ¿Cómo extrañaba a Cuba!

Sonó el timbre. Recogí los instrumentos de dibujo, enrollé los planos y bajé las escaleras. Por entre las sombras de los grandes árboles me esperaba la luz del mediodía. En la calle, los rayos del sol cayeron sobre mí. Apresuré el paso, apenas vivía a cuadra y media. Cuando entré en la sala la encontré llena de estudiantes, casi todos cubanos. Guardaban silencio y escuchaban la radio.

Al verme, Manolo, mi compañero de cuarto, dijo:

—¿Te enteraste de la última? ¡Batista acaba de dar un golpe de Estado!

Me dirigí hacia el grupo formado alrededor de un banco. En el centro estaba Manolo hojeando la revista *Bohemia*, que acababa de llegar de Cuba. Había muchas páginas con fotos. En Palacio, decía





uno de los titulares, y se veían las tanquetas rodeando el Palacio Presidencial. Otro decía: “El Presidente abandona Palacio”. Prío aparecía con cara preocupada. En aquellos momentos difíciles se veía ridículo enfundado en un suéter de pepillo. Lo acompañaban sus hermanos Paco y Antonio. En una de las fotos, inexplicablemente, Prío aparecía sonriendo.

Manolo pasó las páginas y empezó a leer la sección “En Cuba”:

“Había decursado, lleno de júbilo popular, el tercer domingo de carnaval. La vida nocturna habanera, en las primeras horas del lunes 10 aparecía tan tranquila como de costumbre.

”Pero no ocurría así: había quienes no dormían. Dos automóviles salieron, minutos después de las 2 de la mañana, de una conocida finca de Arroyo Arenas. Hombres armados, en traje de civil, ocupaban el primero de dichos vehículos: en el segundo, acompañado de un oficial del Ejército, viajaba un hombre trigueño, de regular estatura y con atuendo deportivo”.

—¡Tremendo hijo de puta!

Manolo siguió leyendo:

“Unas cuerdas antes de llegar al campamento de Colombia, el misterioso viajero ordenó a la escolta que lo precedía que detuviera el automóvil, y dijo a su acompañante:

”—Capitán Robaina, vamos a cambiar de máquina aquí...

”—General, pero es en esta máquina donde nos esperan...





”—Sí, pero mejor vamos en la otra.

”La orden del general Fulgencio Batista fue atendida, y una vez hecho el cambio de vehículo prosiguieron la marcha.

”Los conjurados —capitanes y tenientes de la guarnición de Columbia— recibieron con muestras de entusiasmo a su antiguo jefe, quien no podía ocultar su emoción y satisfacción”.

Manolo seguía leyendo, interrumpido continuamente por los comentarios y exclamaciones de los estudiantes presentes:

”A las 4 de la mañana se tenía conocimiento en el Palacio Presidencial de que Batista estaba instalado en Columbia. Paco y Antonio Prío corrieron a llevarle la sensacional noticia a su hermano, que dormía plácidamente en La Chata, donde pasaba el fin de semana con su familia, como acostumbraba. Minutos después de las 5, con el semblante demudado por la preocupación, llegó al Palacio Carlos Prío acompañado de sus dos hermanos y de varios miembros del gobierno y amigos.

”Ninguno ocultaba la incertidumbre provocada por la gravedad de la situación, y cada cual aconsejaba al Presidente la actitud a seguir.

”—Lo que tú debes hacer, Carlos —señaló uno—, es trasladarte a una de las provincias fieles al gobierno, y resistir hasta el final. El pueblo te seguirá...

”Surgieron de entre los reunidos muchos gritos en contrario, mientras Prío miraba con indecisión a unos y otros.

”—Eso sería un disparate —dijo Lancís.





—Si el Presidente se decide a ir al interior —terció Dieguito—, no podrá salir vivo de Matanzas.

—Señores —dijo Suárez Rivas—, hay que pensar bien antes de hacer nada”.

—¡Pero qué pendejos!

Todo el mundo hablaba a la vez. Manolo gritó:

—Sigo leyendo: “...Siete y media de la mañana. Una comisión de la Federación de Estudiantes Universitarios llega a las puertas del Palacio Presidencial. Les preocupa la situación del país. El equipo estudiantil llega ansioso de dialogar con el Presidente:

—Señor Presidente, usted sabe que en muchas ocasiones lo hemos censurado y criticado públicamente, cuando creíamos que su conducta era merecedora de ello, pero en esta ocasión la FEU viene a ofrecerle su concurso. Estamos al lado suyo por estimar que la Universidad, fiel a su tradición revolucionaria, debe respaldar con su acción los derechos democráticos...

”Prío parece conmovido por la oferta generosa, pero su respuesta es vaga. Uno de los dirigentes estudiantiles pregunta:

—Presidente, ¿va usted a encabezar la lucha?

—Sí, voy a luchar, claro...

—¿Tiene usted ya una idea de cómo va a desarrollar esa resistencia?

—Estamos estudiando la situación.

”Los estudiantes insisten:

—Presidente, hemos venido aquí a discutir la forma de resistir al golpe de Estado. En la Universidad no hay armas. Es necesario que se distribuyan a los estudiantes. ¡Queremos luchar!





”Carlos Prío emerge con dificultad de su inercia:
”—Está bien, les enviaremos las armas, las que
hagan falta...

”Los estudiantes se marchan rumbo a la Uni-
versidad.

”Suena el teléfono de larga distancia. Prío con-
testa. Después habla, con desgano:

”—Era el regimiento de Matanzas que sigue
fiel a nosotros.

”—¡Vámonos de aquí! —grita la voz histéri-
ca de Paco Prío.

”Prío se desconcierta una vez más. Por fin se
van. El oficial al mando de la guarnición de Pala-
cio pide instrucciones. Uno de los ayudantes de
Prío le responde en voz baja:

”—No pelear...”.

—¡Ave María, pero que maricones!

Y nuevamente todos hablan al mismo tiem-
po. Manolo pasa las páginas. *Close-ups* de Batis-
ta. Más fotos. El aspirante a gobernador de la
provincia habanera por el Partido Acción Unita-
ria, Alberto Salas Amaro, conversa con Batista.
En torno al general Batista se agrupan varios de
sus correligionarios. Papo, hijo del nuevo jefe del
Estado, refleja su satisfacción por encontrarse
junto a su padre. La primera reunión del nuevo
gabinete se efectuó en Columbia. Batista les diri-
ge una breve alocución. Políticos y amigos hacen
su entrada en el local. La señora esposa del ge-
neral Batista, en unión de varias amigas, llega al
campamento militar de Columbia. Las oficinas
del Estado Mayor son un hervidero.





Hacia poco que habíamos fundado la fraternidad. Tras la fachada de una entidad dedicada a actividades sociales, se agrupaban estudiantes de todos los países de América Latina. Nuestro símbolo era Bolívar y nuestro objetivo, fundir en una gran nación o federación de Estados a todos los pueblos latinos del continente. La organización tenía ciertos visos conspirativos. Sus miembros provenían de las más selectas capas de la burguesía latinoamericana. Algunos como yo eran de origen más humilde, pero el poder sufragar los gastos que implicaba asistir a aquella universidad norteamericana era como cruzar una línea divisoria de posiciones sociales.

Estábamos escindidos en dos grupos: uno mayoritario, formado por los que provenían de la alta burguesía, reaccionarios y católicos recalcitrantes; y otro minoritario, que yo comandaba, integrado por los que proveníamos de una clase media comerciante y profesional. Nos unía un fuerte sentimiento nacionalista, el idioma, las costumbres y la lejanía del hogar.

Terminé de arreglar el corbatín de mi *dinner jacket* al tiempo que oía la voz de Manolo cantarrear:

—Vámonos, vámonos, vámonos que ya la conga va a arrollar, que ya la conga va a arrollar...

Montamos en el Oldsmobile convertible de Roberto y partimos. Íbamos a salir con las tres hermanas Urdaneta. Eran hijas de un ex ministro de Pérez Jiménez que había robado millones. El señor Urdaneta compró un palacete en Biscayne Boulevard, se integró a la naciente sociedad miamense





y actualmente se dedicaba al fomento de nuevos barrios residenciales en las islas aledañas a Miami.

Yo no encontraba del todo bien salir con las hermanas Urdaneta. Pero... ¡eran tan lindas! Mi compañera de fiesta, Ana, la mayor, tenía 20 años, casi tantos como yo, con mis 22. Entre nosotros había surgido una simpatía no declarada. Esperamos en la sala a que bajaran las hermanas. Al fin aparecieron en lo alto de la escalera.

Era la tradicional fiesta de las fraternidades. Bebíamos y bromeábamos. Algunos bailaban ya. La orquesta comenzó a tocar *Autumn Leaves* y Ana y yo salimos a bailar. Me ganó su suavidad; bailamos con los ojos cerrados y solamente nos despertaba el choque con otras parejas. La música cesó y la llevé de la mano a los jardines.

Cuando regresamos, la fiesta estaba en todo su apogeo. Los hermanos de nuestra fraternidad habían tomado control de la situación y la orquesta solamente tocaba música latinoamericana. Vi a Manolo arrollando al frente de una conga y en seguida nos envolvieron y separaron. Cambiábamos de pareja continuamente. En una de las vueltas coincidimos Peggy y yo.

—Enrique —me dijo—, después del baile te espero en casa.

—Ando con Manolo y Roberto.

—Tráelos, pero hombres solos.

—¿Hombres solos para mujeres solas?

—Sí, hombres solos para mujeres solas...

Y sonrió con placer, como viviendo por adelantado.





La fiesta tocaba a su fin, cuando Ana y yo volvimos a encontrarnos. En la mesa comenzaron las primeras bromas acerca de las nuevas relaciones que habían surgido entre nosotros. Cuando dejamos a las tres hermanas, transmití a Roberto y a Manolo la invitación de Peggy.

—¡Esa americana es una bárbara! —comentó Manolo, al tiempo que se frotaba las manos.

Bajamos la capota del automóvil y enfilamos rumbo al sur. El aire de la madrugada no alcanzaba a secar nuestros rostros sudorosos. Roberto detuvo el auto frente a la gran fachada blanca. Entramos en la casa. Había varias muchachas y Roberto y Manolo se quedaron en la sala, mientras yo seguía hacia la cocina en busca de un trago. Hacía calor y salí al gran patio. Un ligero chapotear llamó mi atención, alguien nadaba en la piscina.

—¡Ven! —llegó hasta mí la voz de Peggy.

—No tengo traje de baño—le dije.

—No importa... ¡Ven! —repitió Peggy.

Me desvestí rápidamente y me lancé al agua. Mientras emergía a la superficie, un cuerpo se enlazó a mi cuerpo.

—*¡Strike two!* —dijo el narrador.

—¡Se poncha Miñoso! —exclamó Roberto.

—¡Qué va! Ese negro le sabe un mundo a la pelota —habló Manolo.

Entre dos *innings*, Manolo dijo:

—Caballeros... ya están aquí las vacaciones —siempre hablábamos de las vacaciones—. ¡Me esperan tres meses de pesquería!





—¿Y qué pescan? —preguntó Roberto.

—Chico, de todo. Pero a mí la pesca que más me gusta es la de la aguja.

—Este verano me voy a pasar unos días contigo, Manolo —le dije.

—¡Cómo no! Te vas a divertir —y se quedó pensando—: si es que Batista nos deja. Ya se han producido las primeras protestas públicas y la Universidad de La Habana está encendida.

—Bueno, pero no creo que pase de ahí la cosa —dijo Roberto—. Batista es Batista.

—Quizás tengas razón —repuso Manolo—, yo lo que quiero es que me dejen coger muchas agujas.

No pude contenerme:

—¡Coño, qué conformismo!

Manolo me miró extrañado:

—Eh... mira para éste. ¿Y tú qué has hecho? Sentí una rabia impotente.

—Nada... todavía.

Y Roberto:

—Eso dice todo el mundo, pero los revolucionarios de verdad están hechos de otra madera. Es una especie animal que está extinguida en Cuba —me miró con sorna—. ¿Renunciarías a la vida que llevas?

—¡Claro que sí! —dije yo, acalorándome—. No creas que mi padre nació rico. En su juventud no era más que un simple zapatero.

—Y el mío tabaquero —agregó Manolo sonriendo—, pero yo le he cogido el gusto a la pesca de la aguja y no estoy dispuesto a renunciar a ella.





Al revés de Manolo, yo seguía acalorándome:
—La vida que llevo no me cierra los ojos.
Ésta es una sociedad injusta y Batista ha hecho lo
que ha hecho porque hay mucha gente indolente
como tú. ¡Tú lo que eres es un insensible!

Manolo se puso serio:

—¿Pero quién carajo tú te crees que eres? Te
pasas la vida jodiendo y ahora te la quieres dar de
patriota. Tú no eres capaz ni de tirarle un hollejo a
un chino.

—¡Tú lo que eres, es un comemierda! —grité.

—¡Y tú un maricón! —ripostó Manolo.

—¡Hijo de puta!

Nos fuimos a las manos.





Primeros intentos revolucionarios

Íbamos subiendo la gigantesca escalinata de la Universidad de La Habana aquella noche caliente de agosto. Se acercaba la fecha de mi regreso a Miami. No quería partir sin dejar consolidadas mis relaciones con los núcleos estudiantiles que comenzaban a enfrentar con las armas a Batista.

Llegamos al final de la escalinata y torcimos en dirección a las oficinas de la FEU. Allí me fueron presentados distintos estudiantes que pertenecían a un Movimiento Nacionalista Revolucionario, el MNR —como ellos decían—, y que comandaba Rafael García Bárcena, un antiguo luchador estudiantil contra Machado y a quien todos llamaban el Profesor. Después llegó el presidente de la FEU y discutimos la posible ayuda que podríamos prestar desde Estados Unidos. Hablábamos a media voz, con las luces apagadas. Una puerta se abría y se cerraba regularmente, dando paso a pequeños grupos de hombres jóvenes





nes. En los intervalos se oía el clic apagado de las armas de fuego.

—Están practicando los futuros grupos de acción —me dijo un estudiante de apellido Carbonell.

Se decidió que sería importante que yo hablara con algunos de los dirigentes y posiblemente con el Profesor en persona. Bajamos la escalinata y al comenzar a atravesar la pequeña plaza, un auto emergió de la oscuridad, frenó frente a nosotros con un largo chillido de las gomas y tres hombres armados de ametralladoras nos rodearon. Nos registraron con minuciosidad y quien hacía de jefe dijo:

—¿Qué, practicando armas, eh? El día menos pensado vamos a entrar en la Universidad y no va a quedar títere con cabeza.

—Capitán Castellanos, usted está confundido —dijo uno de nuestro grupo.

—¡Confundido ni cojones! —explotó el Capitán—, sigan comiendo mierda y verán en qué termina esto.

—¿Cargamos con ellos, Capitán? —preguntó uno de los sabuesos.

—No..., esta vez no. Pero quedan advertidos. Montaron en su automóvil dando grandes portazos y se alejaron calle abajo.

Llegamos a nuestro propio automóvil y mientras montábamos, Jaime dijo:

—¿Nos habrán seguido? ¿Habrán tomado el número de la chapa? Si mi padre se entera le da un patatús.

—No seas pendejo —dijo uno.





—No lo digo por mí. Lo digo por mi familia
—insistió Jaime, mientras maniobraba para salir
de entre dos carros. Al fin torció a la derecha con
un acelerón y casi chocamos con un Buick negro
que iba pasando a nuestro lado. Alguien dijo:

—¡Es el capitán Castellanos!



Guillermito desapareció por el largo y oscuro
corredor. Estábamos en una vieja casona ha-
banera convertida en clínica. Últimamente habían
surgido infinidad de aquellas clínicas privadas.
Casi todo el mundo estudiaba medicina y al gra-
duarse no encontraban empleo. Las grandes clí-
nicas privadas eran monopolio de unos cuantos
médicos famosos y estaban fuera del alcance del
pueblo. Los hospitales públicos eran unos pocos
y sólo se tenía acceso a ellos mediante la reco-
mendación de algún político. Ante esa situación,
los médicos jóvenes habían comenzado a asociar-
se en pequeñas clínicas de tipo cooperativo.

Corrí la vista por la sala en penumbra: la anti-
gua sala era ahora salón de espera. Había bancos
contra las paredes y en una esquina un buró metá-
lico pintado de blanco. Demoraban en venir y co-
mencé a leer con dificultad los avisos pegados en
las paredes. Estaba entretenido cuando sentí la voz
de Guillermito a mis espaldas:

—Mira, Enrique, te voy a presentar al doctor
Faustino Pérez, miembro de la Dirección Nacio-
nal del MNR.

Me volví a tiempo de estrechar la mano de un
hombre joven, de mediana estatura y cara de ras-





gos finos donde se destacaban, a pesar de la tenue luz, unos ojos azules que miraban fijamente. Vestía una bata blanca y su mano cargaba un maletín de médico. Intercambiamos saludos. Iniciamos una conversación, mientras Faustino me analizaba. Debí haber pasado la prueba, porque después dijo:

—No hay mal que por bien no venga. Batista ha servido para despertarnos de la modorra en que vivíamos. Y naturalmente, Batista es tan sólo una piedra en el camino; debemos ir más lejos, establecer la justicia social de que habla el Profesor García Bárcena. Bajo la dirección de un hombre como él, que es honrado a pesar de lo que ha vivido, y con el ímpetu de nuestra juventud, ¿no cabe duda que triunfaremos! —su voz sonaba suave y apasionada en la media luz de aquella sala—. La línea a seguir es bien clara: nada de politiquería, solamente una revolución armada puede darnos el poder sin compromisos. Además, las grandes gestas de Cuba se han hecho con las armas en la mano. ¡Ahí están las prédicas de Martí para enseñarnos el camino!

Hurgó en el interior de su maletín, sacó un pequeño folleto y me lo entregó.

—Soy un martiano convencido —dijo.

Hojeé rápidamente las páginas: eran frases de Martí alusivas a la situación que confrontaba el país y seleccionadas por Faustino.

—Lo estudiaré con detenimiento —dije a manera de despedida.





Estaba todavía en la cama cuando sonó el teléfono:

—Oigo.

—¿Quién habla, Enrique?

—Sí.

—Oye, te habla Guillermito. El Profesor nos espera esta tarde, en su casa. A las 2 paso a buscarte.

—Bien —contesté y colgué.

Volví a tirarme en la cama, nada me apremiaba hasta la tarde. Cerré los ojos. Guillermito siempre me traía el recuerdo de Martha.

Eran los primeros días de clase y yo llegaba retrasado de las vacaciones. Pasaron lista y una vez nueva contestó: “Presente”.

Pero a la clase siguiente la llamaron a la pizarra. Era más bien pequeña. Pelo negro y tez trigueña. Ojos almendrados. La nariz fina. La boca, que no se cerraba del todo, dejaba entrever los dientes. Pablo, que se sentaba a mi lado, pareció captar mis pensamientos, porque comentó bajito:

—Es la hermana del Gallo. (Así le decían a Guillermito.)

Después, todo fue buscarla continuamente con la vista, encontrar sus ojos y sentir un calor avanzar por el cuerpo.

Un día le propuse que estudiáramos juntos. Aceptó. En medio del estudio conversábamos de mil cosas y nos íbamos descubriendo. Cuando definimos el concepto que cada uno tenía sobre la religión, comprendimos que un abismo se abría entre





nosotros. Cada cual trató de influir sobre el otro, pero ninguno cejaba en sus ideas. Martha era una católica formada en la rigidez de las escuelas de monjas, en la intransigencia de las misas dominicales, en el misticismo de los retiros religiosos. Yo era ateo desde los 15 años. Mis padres eran inmigrantes polacos de religión judía que se habían establecido en Cuba a fines de la década del 20. No eran religiosos ortodoxos, pero sí cumplían los rituales de las principales festividades judías.

Al acercarse mi decimotercer cumpleaños, comencé a prepararme para la ceremonia de Barmitzua. Entonces arribaría al pleno disfrute de mis derechos religiosos y sería considerado en la sinagoga como un hombre más; podría integrar el mínimo de 12 que prescribe la religión judía para abrir la *Torah*, el libro de Dios.

Me dirigía en el aprendizaje de la complicada ceremonia un viejo cantor vienés que había perdido la voz y ahora estaba a cargo de la sinagoga de Santa Clara. Le decíamos el Maestro. Era un hombre bueno e inteligente y de una cultura muy superior a la de aquellas familias de judíos rusos y polacos que habían salido prácticamente del ghetto para tomar el barco a América.

Al Maestro le planteé mis primeras dudas sobre la lógica de la religión y él usó contra mí argumentos más elaborados que los que usaba mi padre o sus amigos, quienes simplemente se refugiaban en alguna cita bíblica. Pero no logró calmar mis inquietudes y cuando me adentré en los estudios de la biología y de la física, decididamente me





aparté de la religión de mis padres y me hice ateo. Comenzó entonces una búsqueda interminable a través de los libros de historia y de las obras de los tratadistas burgueses. Buscaba algo en qué creer y cada vez que creía haber encontrado la doctrina ideal, una nueva lectura echaba por tierra la anterior.

Fue en esa época que conocí a Martha. Usé mis mejores razones para probar la debilidad de su posición. Pero todo resultó inútil y yo la quería demasiado para iniciar un amor que no tenía futuro. Ella terminó el bachillerato aquel año y se marchó a estudiar a La Habana. Yo sabía de ella por amigos comunes que me contaban sin preguntarles.

A las 2 llegó Guillermito. Tomamos la guagua en la esquina. Venía llena. Manteníamos un precario equilibrio agarrados a las barras del techo. Nos bajamos dos cuadras antes de llegar. Había una niña rubia jugando en la acera, frente a la casa.

—Es la hija del Profesor —me dijo Guillermito.

Cuando llegamos junto a ella, él le dijo:

—Oye, dile a tu padre que la Policía quiere verlo.

Ella desapareció dentro de la casa y nosotros llamamos a la puerta. Apareció una mujer joven, que al ver a Guillermito cambió la preocupada expresión de su rostro en una sonrisa:

—Qué gracioso... ¡Tenía que ser el Gallo! Pasen...

Entramos. Apareció un hombre de regular estatura, en su temprana madurez, que nos ofrecía la





mano. Su fuerte apretón denotaba entusiasmo, confianza en sí mismo. Bromeó con Guillermito y después, dirigiéndose a mí:

—He estado cambiando impresiones con los distintos compañeros que han hablado con usted. Pensamos que su ayuda puede ser útil al Movimiento. Primero: movilizando la opinión pública del estudiantado y la colonia cubana de Miami en contra de la dictadura batistiana. Y segundo: tratando de obtener recursos para la lucha armada. Nuestra estrategia ha de ser el derrocamiento de Batista por una fuerza integrada por la oficialidad joven y revolucionaria del Ejército y los estudiantes.

Sus ojos me miraron fijamente a través de los cristales de sus espejuelos, como para medir el efecto de sus palabras. Me pareció que depositaba una gran confianza en mí al contarme aquellas cosas. Continuó:

—Cuando llegue el momento, una fuerza mixta, integrada por militares y estudiantes, tomará por la fuerza los bastiones en que se apoya la dictadura. Depuraremos el Ejército hasta convertirlo en un ejército revolucionario y estableceremos un gobierno que barrerá con todas las lacras del pasado e implantará un régimen de justicia social. Será una sociedad en la cual, en lugar de ser todos proletarios, serán todos propietarios.

Veía brillar en sus ojos esa chispa recién descubierta que ya había visto en los ojos de Faustino. Había pensado exponerle mis propias ideas, pero ante sus palabras, no encontré nada original que agregar.





Tomamos café, mientras el Profesor y Guillermo hablaban de la Universidad. Yo meditaba sobre lo que acababa de oír. Sentimos que llegaban otras personas y nos pusimos de pie.





Estudiante en Estados Unidos

Era época de elecciones en la Universidad de Miami. Decidimos unirnos a varias fraternidades que gestaban la formación de un nuevo partido estudiantil. Nuestra acción fue determinada por el ofrecimiento que nos hicieron de llevar como candidato a uno de los cargos del ejecutivo, a un miembro de nuestra fraternidad. Lógicamente yo debía ser ese candidato, pues además de ser miembro de la fraternidad, era presidente del Club de Estudiantes Extranjeros. Así fui nominado.

Pronto empezaron a aparecer por toda la Universidad carteles en español. En los mítines hacían su aparición las congas, armadas de tambadoras.

El candidato presidencial de nuestro partido era un muchacho de apellido Buchanan, John Buchanan, estudiante de la Escuela de Leyes. Descubrí que había estado en América Latina y hablaba algo de español. Nos hicimos amigos. Era excepcionalmente inteligente y obviamente se preparaba





para una carrera política. Conocía a todo el mundo. Manejaba con gran habilidad la campaña.

Bajo la dirección capaz de Buchanan, ganamos las elecciones por amplio margen. Aquel triunfo trajo aparejados nuevos honores. Pronto llegué a pertenecer a más de 15 instituciones y, naturalmente, el tiempo que dedicaba al estudio comenzó a reducirse.

A través de mis nuevas relaciones dentro y fuera de la Universidad, trataba de desarrollar las tareas que me había señalado el MNR. La cosa no resultaba tan fácil.

Solíamos frecuentar un restaurante llamado El Minerva. La victrola estaba llena de discos en español y la comida era buena.

A la caída de su gobierno, Prío se estableció en Miami. Algunos de sus hombres de confianza frecuentaban El Minerva y se me ocurrió que a través de ellos podría establecer contacto con los vendedores de armas. Me repugnaba tratar con aquella gente: todo lo que tenía que ver con Prío estaba manchado. Trataron hábilmente de comprometerme políticamente a través de sus ofrecimientos de ayuda y el día que me dijeron: “Le hemos hablado de usted al Presidente —así seguían llamándole a Prío—, tiene gran interés en conocerle”, decidí dar por terminadas aquellas relaciones que no dejaban tranquila mi conciencia.

Era el día del estreno de la nueva mansión de los Buchanan. La hermosa residencia estaba situada en lo alto de una suave colina de césped verde;





estaba pintada de un rosa muy delicado con molduras y tejas blancas; tenía amplios ventanales de cristal calobar que suavizaban la luminosidad del sol floridano y a la vez guardaban el frescor del aire acondicionado. Los muebles eran de estilo y reposaban suavemente sobre las gruesas alfombras; de las paredes colgaban pinturas de autores modernos y motivos tropicales. John nos llevó a ver la biblioteca. Los Buchanan no eran ningunos improvisados. En realidad se trataba de una vieja familia de la Nueva Inglaterra, una familia con historia, una familia que había tenido la suficiente continuidad como para haber acumulado aquella biblioteca.

John había seleccionado con maestría prometedora al grupo de estudiantes que había invitado a su casa aquel día. Había una proporción importante de estudiantes latinoamericanos, pues los Buchanan frecuentaban los más exclusivos círculos de la colonia latina, según convenía a sus intereses. Allí estaban, por supuesto, las hermanas Urdaneta, con cuyo padre el Buchanan mayor tenía negocios.

Mientras recorríamos los jardines, recién plantados de las más raras variedades traídas de América Latina, alguien lanzó la idea de jugar a la pelota. Improvisamos dos equipos, uno americano y otro latino. Ganamos, mientras las muchachas nos miraban. Volvimos a la gran sala sudorosos y nos recibieron con aire acondicionado y daiquirís. Desde en medio de un grupo, Buchanan padre me gritó:

—No te puedes quejar, Enrique, me dicen que ganó el equipo latinoamericano.





Buchanan conocía a través de su hijo de mis actividades en la Universidad y, además, habíamos discutido varias veces acerca de las relaciones de Estados Unidos con América Latina.

Me tenían simpatía y me trataban en la seguridad de que con el transcurrir del tiempo yo evolucionaría de un joven idealista y nacionalista furibundo, en un práctico hombre de negocios y político distinguido, con el cual valía la pena hacer una amistad temprana. Por entre las risas, le contesté:

—Eso es para que vea que no somos tan malos.

—Nunca he dicho que sean malos, simplemente jóvenes y revoltosos; cuando dejen de hacer revoluciones y se pongan a trabajar seriamente, serán una fuerza considerable.

Todos asintieron y yo sentí en lo más hondo el dolor de aquel desprecio.

—No hacemos revoluciones porque nos gusta hacer revoluciones; lo que sucede es que cuando se agotan todas las demás vías, hay que apelar a la fuerza. Además, aquí le llaman revolución a cualquier cosa. Cuando la revolución es de verdad, entonces con una basta.

Esta vez no hubo sonrisas y Buchanan tanteó:

—¿Y a qué le llamas una revolución de verdad?

—Una revolución de verdad es aquella que no se hace para beneficio de unos pocos, sino para bien de todo el pueblo; es la que permite establecer una sociedad en la que todos tienen los mismos derechos; en que los hombres son hermanos y no





fieras que se cazan unas a las otras; en la cual hay un gobierno que defiende los intereses nacionales y no está vendido a los gobiernos de otros países.

Uno de los amigos del señor Buchanan dijo emocionado:

—¡Eso es lo que tenemos en Estados Unidos!

Y yo aproveché para agregar:

—Entonces no es malo lo que queremos. Buchanan padre se sintió aludido:

—Nadie ha dicho que sea malo lo que quieren, sino que para conseguirlo hay que actuar al respecto y ésta no es la impresión que uno recibe cada día cuando abre el periódico.

—Es cierto, pero ¿qué quiere usted? Hay que luchar contra los de adentro y los de afuera —dije.

—Te veo venir, Enrique —dijo Buchanan padre—, ahora resulta que toda la culpa es nuestra.

—No toda, señor Buchanan, pero sí parte. Hay infinidad de ejemplos que aseveran lo que digo; el caso de Cuba es el más reciente.

Buchanan me miró con disgusto:

—¿Así que Estados Unidos tiene la culpa de que Batista haya dado un golpe de Estado en Cuba?

—Pues en buena medida la tiene. Si los elementos como Batista no se sintieran alentados por los americanos, no se atreverían a marchar contra la voluntad de los pueblos; saben que a los pocos días vendrá el reconocimiento..., si es que no lo saben de antemano.

Los amigos del señor Buchanan se sentían injustamente tratados.





Eduardo Andrade, estudiante ecuatoriano, se sintió obligado a venir en rescate de los norteamericanos:

—Vamos, Enrique, no seas tan injusto; el gobierno de mi país ha sido electo por el pueblo.

—Mira, Eduardo, no seas tan ingenuo; el gobierno de tu país es tan electo por el pueblo como el de Batista; lo que pasa es que en el caso de ustedes no ha habido necesidad de hacer las cosas en forma tan aparente.

Buchanan hijo intervino por primera vez:

—Déjalo, Eduardo, tú sabes que Enrique nunca se da por vencido.

Todos rieron y yo aproveché para escabullirme. Me hice de un nuevo daiquirí, encendí un cigarro y me fui a la biblioteca a leer los lomos de los libros. En la sala, el tocadiscos comenzó a funcionar y las parejas bailaban.

Al poco rato entró John:

—¿Qué te pasa? Te he buscado por todas partes. ¿Te mortificó la discusión?

—Si supieras que sí. Son completamente injustos. Y lo peor de todo es que no se dan cuenta.

—Mira, no quiero molestarte, pero hay una cosa en la que tienen razón. Estados Unidos forzosamente tiene que ampliar sus fronteras económicas. Pero para ello debe comportarse respecto de los demás pueblos, de la misma manera que lo hace la élite dirigente de este país respecto de su propio pueblo; es decir, dirigiendo, organizando, integrándolos económicamente en nuestro campo, pero al mismo tiempo mejorando sus condiciones





de vida. Actuar de otra forma sería arrojar a todos esos países en manos del comunismo.

Yo le dije:

—No es ningún porvenir maravilloso el que ofreces a nuestros pueblos, solamente eres más sutil.

—No eres más que un idealista, Enrique.

—De todos modos, ni siquiera ha sido así en Cuba.

—No. Un militar retrógrado ha tomado el poder en contra de la voluntad de todos y somos tan chapuceros que le hemos dado nuestro apoyo por desconfiar de los elementos más progresistas. ¿Qué hemos ganado a cambio? Pues el odio de todos. Si hubiésemos sido consecuentes con nuestro sistema nacional, hubiéramos actuado exactamente al revés.

Decidí tantearlo:

—¿Y hasta dónde eres consecuente con tus propias ideas?

—Hasta donde convenga a la línea que me he impuesto.

—¿Estaría dentro de esa línea, por ejemplo, ayudamos a conseguir armas para derrocar a Batista?

Me miró sorprendido:

—¿Hablas en serio?

—Nunca he hablado más en serio.

—Cuenta conmigo —dijo con decisión—, pronto sabrás de mí.

Estábamos en el cambio de clases. Jorge Rodríguez me gritó al pasar:





—¿Vas a casa esta noche?

—Sí —le grité a mi vez.

Había hecho un hábito ir todos los viernes por la noche a casa de Jorge. Los viernes eran las peleas de boxeo por televisión. Lolita, la mujer de Jorge, preparaba una buena provisión de cerveza fría y chicharrones de puerco, acostaba temprano a los muchachos y nos sentábamos los tres a ver las peleas y a comentar las últimas peripecias de la vida hogareña, la universidad y la política.

Jorge y Lolita eran puertorriqueños. Lolita trabajaba como secretaria en una compañía que importaba productos agrícolas de América Latina y Jorge estudiaba ingeniería en la Universidad, aprovechando una beca como veterano de la Segunda Guerra Mundial, y, además, trabajaba parte del tiempo como dibujante.

Lolita puso sobre la mesita de centro las latas heladas de cerveza, las fuentes de chicharrones y aceitunas y los ceniceros limpios.

En la pequeña pantallita exhibían el último modelo del Chevrolet.

—Si yo lograra exprimir algunos dólares a nuestro presupuesto los emplearía en cambiar el auto —dijo Jorge mirando el televisor—. Ya pronto hay que pintarlo y cambiarle la vestidura; total, con unos dólares más saco uno nuevo.

—Es cierto lo que dices —asintió Lolita—, ¡si vieras el convertible que compraron los García!

Y se enfrascaron en un minucioso análisis del presupuesto familiar, tratando de hallar los dólares necesarios.





—Trabajando una hora más por la mañana podría ganar hasta diez dólares más a la semana —dijo Jorge.

—Y yo podría dar clases de español por las noches —dijo Lolita.

Las notas vibrantes de una marcha deportiva devolvieron nuestra atención al televisor: comenzaba el programa boxístico. Me arrellané en el cómodo butacón, poniendo los pies sobre la mesita; otro tanto hicieron Lolita y Jorge.

En el intermedio, mientras los comentaristas interrogaban a los boxeadores, Lolita fue a la cocina a renovar las provisiones. Yo me dirigí a Jorge:

—¿Has visto algo de lo que hablamos?

—¿Te refieres al barco?

—Sí.

He visto al hombre y está de acuerdo en principio. Quiere hablar contigo. Dice que si la empresa es seria, no le interesa el dinero, que él es un revolucionario.

—Jorge, ¿tú estás seguro del hombre?

—Segurísimo. Fueron dos años los que pasamos juntos en una torpedera en el Pacífico. En la guerra, los hombres llegan a conocerse a fondo.

Terminé la lata de cerveza:

—¿Viste el barco?

—Lo vi. Es un sobrante de guerra, pero está en buenas condiciones. Actualmente toca solamente en puertos floridianos, pero podría llevar a Cuba más de 500 toneladas de equipos sin problema.

—¿Podemos verlo mañana por la noche?





—Podemos —asintió Jorge.

Sonó el gong dando inicio al primer *round* de la pelea estelar.

—¡Lolita! ¡La cerveza, que empieza la pelea!
—gritó Jorge.

—¿Todavía despierto? —preguntó John, entrando en la habitación.

—Sí, leía...

—¿Qué lees?

—*Vidas paralelas*, de Plutarco.

—¿Qué, buscando inspiración?

Me incorporé en la cama:

—Siempre es bueno conocer el pasado; a veces se sacan buenas experiencias, ¿no crees?

—Sí —respondió John—, a veces parece como si la historia no fuese más que una repetición de los mismos hechos, pero con personajes diferentes.

John se quitó el saco y se recostó en la cama. Se zafó la corbata y se dirigió a mí con una sonrisa:

— Tengo buenas noticias para ti...

Me senté de un salto. John continuó:

—Se pueden conseguir las armas que quieran.

—¿Cómo?

—Mediante el pago correspondiente, como es lógico —dijo, tornándose serio—. Se trata de negociantes.

—¿Quién es la gente? —pregunté.

—Es gente del Ejército. Las armas aparecen como dadas de baja, pero no han sido destruidas. Como comprenderás todo el negocio es clandestino.





—¿Y cuáles son las condiciones de pago?

—Dando y dando.

Acepté el cigarro que me ofrecía.

—Fíjate —dije—, no contamos con el dinero para armar a los hombres que tenemos. La disyuntiva a plantear a tus amigos es la siguiente: o compramos un pequeño número de armas al contado a los precios convencionales o compramos una gran cantidad de armas a sobreprecio, que aseguren el éxito y pagamos al triunfar la revolución.

John me respondió:

—Supongo cuál va a ser la respuesta, pero de todas maneras transmitiré tu proposición.

—Otra cosa —dije yo—. Hay una invitación de los estudiantes de la Universidad Católica de Chile para que participemos en un festival de arte estudiantil que organizan para este verano. ¿No crees que yo sería un digno representante de nuestra Asociación? Seriamente, creo que sería una buena experiencia para mí.

—Me parece bien —dijo John—, cuenta con mi apoyo.



Mary Ann estaba en su último año de leyes. Era una americana diferente. Al igual que yo buscaba la verdad en el estudio de la filosofía. Hablábamos de esas cosas durante nuestros encuentros en la Sociedad Literaria de la Universidad, a la que ambos pertenecíamos.

—Enrique, ¿no has visto el último libro sobre filosofía? Se llama *Historia de la filosofía* y va camino de convertirse en un *best seller*.





—¿Y qué tiene de particular?

—El autor ha seleccionado a 20 filósofos cuyas obras —según él— representan la historia del pensamiento filosófico de la humanidad, desde los judíos hasta el presente, pasando lógicamente por los griegos y los alemanes. Resume la obra de cada filósofo en pocas páginas con un poder de síntesis y una claridad meridiana.

Leí el libro. Marx era uno de los filósofos. Ricard, mi compañero de escuela primaria y actual militante comunista, me hablaba a veces de él, de una forma incomprensible para mí. Pero ahora entendí la esencia de su pensamiento, que me impresionó por su lógica, aunque me pareció lejana la posibilidad de su éxito.

Compré una versión abreviada de *El capital*. Navegué sólo a través de él, como por un mar tempestuoso, sin encontrar un rumbo claro. Tendré que aprender, pensé.

Mary Ann me guió hacia el libro siguiente. Otro *best seller*: *Tres que hicieron una revolución*. Era la historia de la revolución rusa a través de las biografías de Lenin, Trotsky y Stalin. ¡Lo mejor que había leído en mucho tiempo! Era la historia más increíble contada de una forma tan humana que aquella aventura épica parecía normal y lógica.

Ya no fui el mismo, algo había cambiado.





Viaje a América Latina

—Miré por la ventanilla y vi, bien abajo, las luces de una ciudad de regular tamaño. Me volví hacia la persona sentada a mi lado:

—¿Duermes, Rolando?

—No.

—Sabes, creo que volamos sobre mi pueblo, sobre Santa Clara; según los mapas, está más o menos en la ruta de Miami a Panamá.

Rolando se asomó por la ventanilla.

—No veo nada —dijo.

Callamos. Sentí frío. Alcancé la frazada y me arropé en ella.

Había comunicado a Cuba los resultados de mis gestiones. Por otra parte, aprobaron mi viaje a Chile. Éramos una delegación de dos, aprovechando el regreso a su país, en viaje de vacaciones, de Rolando Torres. ¡Al fin conocería a América Latina...! El sueño venció mi ansiedad.

Cuando desperté, el avión descendía sobre el aeropuerto de Tocumen.





Salimos a recorrer la ciudad. Las calles estrechas y tortuosas y las casas bajas, de gruesos muros, me hicieron recordar películas de piratas. Que Panamá era una de las encrucijadas del mundo, se veía en las vitrinas de las tiendas. A medida que la mañana avanzaba, el ambiente se iba haciendo más sofocante, y la ropa más pegajosa.

Al otro día tomamos el tren hacia Colón. Atracado al muelle nos esperaba el buque en que viajaríamos a Valparaíso. En los trámites del barco se nos fue el resto del día, y en la noche, después de nuestra primera comida a bordo, fuimos con varios jóvenes más a conocer la ciudad. Las calles eran muy parecidas a las de la antigua Panamá, e igual que allí, estaban cuajadas de pequeñas tiendas, en las cuales se ofrecían mercancías del mundo entero. Los bares estaban uno a continuación del otro. El ruido de las victrolas se confundía en un solo gran ruido. Por las calles transitaban hombres que hablaban todas las lenguas. A veces pasaba una pareja. Alguna que otra vez se acercaba alguien con alguna proposición.

Entramos a un bar donde había un largo mostrador al que se sentaban 15 o 20 mujeres; los hombres venían y las sacaban a bailar. Bebimos e intimamos con nuestros nuevos amigos del barco. Después algunos comenzaron a bailar. Había una morena regordeta que pocos sacaban. La invité.

—Gracias —me dijo y se me pegó. Sentí el perfume barato mezclado con el olor del sudor.

—Esta noche no es mi noche —volvió a hablar.





—¿Por qué? —le pregunté.
—No sé. Bueno, debe ser mi color... y para que tú veas, a veces soy la más popular.
—¿Y eso cómo es?
—Sí. Cuando viene un barco noruego buscan a las negras. ¿Te gustan las negras?
—Tú me gustas. Estabas sola y parecías triste. Rió por primera vez.
—Pareces bueno.
—¿No son todos así? —le dije para provocarla.
—No, ¡son brutos! —y se puso otra vez seria. Volvimos al bar y bebimos. Alcé los ojos del vaso. Me preguntó:
—¿Vamos?
—Sí, vamos.
Fuimos caminando por las oscuras callejuelas. Había llovido y caminábamos sorteando los charcos. Llegamos a una puerta, abrió y entramos.
—Espera —susurró. Se movió en la oscuridad y se encendió una lamparita; una luz muy tenue se esparció por el cuarto; una cama, un armario, una mesa con dos sillas y una cocinita de gas. Sorprendió mi mirada.
—No es mucho.
—Qué importa —respondí.
Vino hacia mí.
Después, cuando yacía sobre ella, me dijo al oído:
—Eres bueno, ¿sabes?
—Pero, ¿cómo lo sabes? ¡Si apenas nos hemos conocido!





—Lo sé. He aprendido a conocer a los hombres, para defenderme de ellos. Soy como una fiera salvaje.

—Sin embargo, parecen gustarte los hombres. Me miró con malicia:

—Por eso te digo que soy como una fiera salvaje.

—No, tú eres una mujer... falta de cariño.

Se quedó pensativa y después dijo:

—Sí, eso soy.

Y me contó. Después, fumamos en silencio. Vi aparecer por una rendija de la puerta la primera luz del día. Me incorporé en la cama:

—Tengo que marcharme.

Me miró suplicante.

—No te vayas. Quédate unos días. ¿Eres marinero?

—Sí —mentí.

—Quédate, yo te mantendré.

—No puedo. Es imposible. Volveré pronto y te buscaré.

La tristeza volvió a su rostro. Me miraba vestirme y yo me sentía culpable.

—No me mires así —le dije, y me senté al borde de la cama. Acaricié su rostro, mientras sus lágrimas mojaban mis manos. Mis dedos eran muy blancos contra su carne. Me desprendí y sin volver a mirarla salí a la calle. Se abrió el día.

Miré por la escotilla, esperando ver un claro cielo azul surcado por blancas nubes, pero vi una masa gris oscuro que se deslizaba cercana, casi ra-





sante. Cuando mis pensamientos se ordenaron, comprendí que atravesábamos el canal.

Pasaron los días. Atrás quedó Buenaventura, en la costa colombiana, con sus almacenes, sus parques feos; sus prostíbulos, de grandes puertas y ventanas abiertas, con las prostitutas sentadas en las salas, visibles desde la calle para comodidad del cliente.

Atrás quedó también Lima, donde por primera vez tomé conciencia del indio, pequeño, tosco, ce-trino, que nutría el Ejército vestido con su uniforme de paño; o iba por la calle empujando una carretilla; o se estaba horas enteras parado junto a una columna, pensando, ¿en qué?

Valparaíso. Nos esperaban los periodistas. “Sí, veníamos al festival”. “No, no habíamos estado antes en Chile”. “Sí, traíamos un saludo”.

La familia de Rolando subió a bordo. Clase media. Gente agradable que había sido sencilla y comenzaba a hacerse complicada. Eliana, la hermana menor, estudiaba. Rosa, la mayor, no había venido, nos esperaba en la casa (después supe que estaba casada con un camionero). La madre, una mujer rechoncha, se mantenía en segundo plano. Alberto, el hijo mayor, político, orgullo de la familia, viajaba por el extranjero. Don Alberto, el padre, tenía un aspecto imponente: alto, fornido, canoso, de tez y rasgos que denunciaban un origen provinciano de español e indio. Tenía una cultura media, pero bien administrada.

Vinieron días con comidas de largas sobremesas. Todas las noches teníamos visitas. Las chicas





traían guitarras y se bailaba la cueca. Bromeábamos acerca de la nacionalidad de las canciones que cantábamos; para mi sorpresa, algunas canciones que yo conocía, resultaron ser chilenas. En las tardes salíamos a tomar 11 los jóvenes. Había mucha inquietud política y literaria. Casi todos eran social-cristianos y comencé a oír hablar de la falange chilena y de Frei. Muchos escribían versos y declamaban en las veladas de la casa de Don Alberto, que comenzaba a adquirir cierta fama de salón literario, que a él le enorgullecía. Rolando estaba enamorado de una muchacha rubia que no le correspondía y yo era compartido por mis nuevas amistades.

Nos fuimos a Santiago a tiempo de comenzar el Festival. El presidente Ibáñez vino a la inauguración y el Ministro de Educación habló en su nombre.



Sergio Mercado era un tipo interesante. Era del interior y estudiaba pedagogía en la Universidad de Chile. Me recordaba un tipo familiar de estudiante que yo había encontrado antes, en las novelas españolas. Era de mediana estatura, frente ancha y pelo negro que empezaba a clarear. Voz agradable, fácil, bien hilvanada. Ropa vestida con descuidada elegancia, planchada bajo el colchón de la cama, por falta perenne de dinero. A veces, cuando en un gesto nervioso bajaba la cabeza, se veía un cuello no muy limpio.

Sergio llevaba una intensa vida amorosa que yo leí en sus libros llenos de versos. Me pareció





que un poco enamoraba a “las niñas” para reunir material. El magisterio sería su medio de vida, pero la poesía su razón de ser. Conocí su cuarto con sábanas arrugadas que fueron blancas, una mesa pequeña, redonda, cubierta de un mantel manchado de vino; una sola silla. Había una ventana que daba a un balcón, pero una gruesa cortina desteñida casi impedía el paso de la luz.

Sergio y yo formamos una inseparable pareja. Asistíamos a aquellos actos del Festival a los que no podíamos justificar nuestra ausencia. El resto del tiempo hacíamos una verdadera vida de bohemia. En las noches cenábamos siempre en un lugar distinto, con abundancia de buen vino. Después, en la madrugada, recorríamos las peñas literarias que se formaban en los cafés de la Alameda, donde Sergio era bien conocido. Allí se reunían jóvenes de todos los credos políticos, a discutir de arte y literatura.

En aquellas madrugadas descubrí a Neruda, a Andrés Eloy Blanco... a nuestro propio Guillén. Era un joven dirigente obrero quien me decía: “¡Así que cubano!”, y repetía, “¡Así que cubano!”

Y recitaba:

*Por el Mar de las Antillas
anda un barco de papel...*

Yo asentía, pretendiendo conocer aquellos versos con sabor a Cuba, en aquella fría madrugada de Santiago. De regreso al hotel, Sergio me hablaba de algo, pero en mi mente no hacía más que repetirme:





*Por el Mar de las Antillas
anda un barco de papel...*

Sí, así era Cuba. Exactamente así era Cuba:
un barco de papel que andaba a la deriva.

Los dirigentes estudiantiles de la Universidad Católica me concertaron una entrevista con los miembros de la Federación de Estudiantes de Chile, en la cual estaban representadas todas las universidades y también todas las tendencias políticas. En el momento mismo de la reunión, los miembros comunistas se negaron a entrar a la sala. Por fin fueron convencidos. El hecho de que yo representaba una universidad norteamericana no era de su agrado, pero pretendí desconocer el incidente.

Hice una breve exposición introductoria y pronto nos encontramos discutiendo sobre los más variados temas. Hablamos de la vida norteamericana, de la acción de Estados Unidos en Latinoamérica. De la necesidad de unir nuestros pueblos. Y hablamos de Cuba y de la lucha contra Batista. Un año después me enteré que uno de los asistentes había denunciado, por subversivos, mis puntos de vista ante la Asociación de Estudiantes de Estados Unidos. Sin embargo, estoy seguro que los estudiantes comunistas allí presentes, si bien cambiaron su idea de que yo estaba vendido al oro yanqui, no pensarían que mis ideas políticas fueran tan avanzadas.

Terminó el Festival y todo el mundo se marchó. Tenía una invitación para visitar la Universidad de Concepción, y fui.





Volví a Santiago para dedicar unos días a mis amigos falangistas. Me alojé en las habitaciones del Arzobispado. Ventanales con cristales biselados. Muebles oscuros tallados en madera, pesados. Un reclinatorio que no tenía uso para mí. Traté de imbuirme de aquel ambiente, de dejarme ganar por aquella atmósfera. Quería penetrar aquel mundo que me había rondado desde la niñez, para saber cómo era por dentro. ¿Era realmente un mundo oscuro, tenebroso, como yo me lo había imaginado siempre? Sin embargo, aquellos jóvenes social-cristianos eran alegres, optimistas; hablaban de cambios sociales. Conocí curas que organizaban cooperativas y decían que Cristo había sido el primer comunista. Comíamos con ellos en largas mesas, en las que se bebía mucho vino, se fumaba cigarrillos y tabacos, se hablaba de política y se gastaban bromas. Aquella tendencia dentro del catolicismo chileno constituía una experiencia interesante, mas no llegó a ganarme. Sin embargo, medio que limó un poco mi inflexibilidad.



Se recogieron los últimos cabos y el barco comenzó a separarse, lentamente, del muelle. En el agua espesa, aceitosa, flotaba toda clase de desperdicios, afeando aquella escena que quería grabar en mi memoria. La gente se fue haciendo cada vez más pequeña, hasta hacerse irreconocible.

Desandamos el camino. Levantaba los ojos del libro y trataba de retener para siempre los paisajes. Sentía el dolor de dejar todo aquello atrás para siempre. Aquel mar, aquel cielo, aquellas costas,





aquellas montañas, aquellos barcos. Algún día me gustaría contar las cosas vividas.

Así pensaba en aquel amanecer de nuestra llegada a La Habana. Desde lo alto de la cubierta daba la impresión que los autos que iban por el Malecón podían cogerse con la mano. A la izquierda, el viejo Morro, tan familiar. La Habana parecía una gran ciudad. Se destacaban los modernos rascacielos. El movimiento era intenso, la luz deslumbrante. Mis compañeros de viaje estaban impresionados. Me felicitaban como si todo aquello fuese mío. Yo estaba orgulloso.

El barco atracó y comenzaron los interminables trámites de la aduana. Plagas de negritos. Los policías, de azul, con la corbata floja y la gorra echada hacia atrás, estaban en todas las combinaciones. En los cafés, al otro lado de la Avenida del Puerto, comenzaban a moverse las rameras y desde las estruendosas victrolas llegaban los ritmos del mambo, la guaracha y el bolero.





Asalto al cuartel Moncada

Pepe Contreras, quien también estudiaba en Miami, nos invitó a pasar el resto de la tarde en su casa, jugando al billar. La mesa ocupaba toda la sala, provisionalmente, mientras se terminaba la nueva casa que Yoyo, el padre de Pepe, construía en el reparto Biltmore. Yoyo estaba en la casa y cuando nos sintió, bajó a la sala, en pijama, con el torso descubierto.

—Muchachos, vamos a jugar al billar, les doy diez rayas a cada uno —dijo Yoyo, agarrando un taco. Era conocida su destreza con el taco en la mano y aquella aparente ventaja que nos daba no era tal.

—Oiga, Yoyo, usted lo que tiene con el billar es un vicio —dijo Manolo.

Yoyo enyesaba la punta del taco:

—Llámele vicio si quiere. Yo mejor diría cariño. Cuando era un arrancao, muchas veces que me dio la comida. ¿Y ustedes por dónde andaban, por los bayuses? Ya le he dicho a Pepe que





en los bayuses se ven cosas que no convienen a la moral.

—¿Como cuáles —preguntó Manolo.

—Como su padre, so comemierda.

Nos reímos a carcajadas. El mingo, impulsado por Yoyo, hacía de las suyas. Manolo, molesto, no se quedó callado:

—Usted lo que es un buen jodedor, y perdone la confianza.

—Chico, no te pongas bravo —reía Yoyo—, no queda más remedio que ser así. Es más, yo creo que todos los cubanos nacemos jodedores, y cuando no, termina uno pegándose un tiro, como Chibás. Yo soy un jodedor desde que tengo uso de razón. Antes me sirvió para hacerle frente con resignación a los tiempos malos y después, para llegar a ser jefe de un negociado, dueño de una magnífica residencia en el Biltmore, miembro del Club y en las próximas elecciones representante. No está mal para quien empezó de mandadero en un billar.

—Sí, papá, pero los revolucionarios no piensan así —intervino Pepe.

Por primera vez, Yoyo perdió la tabla:

—¿Revolucionarios? Revolucionario era Prío y mira lo que es hoy. Revolucionario se es mientras no se está en el poder, mientras no se está en la chupeta. La política es como cualquier otra carrera, con la diferencia de que no hay que ir a la universidad.

Manolo cuqueó a Yoyo:

—Pero Bárcena parece gente honesta.





—Me dejo cortar un huevo si cuando esa gente llegue al poder no hacen lo mismo que nosotros. Para establecer la honestidad administrativa en Cuba, habría que sustituir a todos los cubanos por suizos.

Pepe se volvió hacia mí, mientras decía:

—¿Y qué consejo tienes para Enrique, papá, que simpatiza con los revolucionarios?

—Que le van a partir los cojones por comer mierda. Está bien que uno se meta en esas cosas cuando es un muerto de hambre, pero estudiando una carrera, siendo ingeniero, ¿para qué meterse a jugar con fuego?

El mingo dio en una banda, dio en la otra y chocó con la última bola, que se deslizó suavemente sobre el verde paño hasta caer en la bolsa.

—Bueno, señores, servidos —dijo Yoyo—, cuando hayan practicado un poco más, vuelvan por aquí, para recibir su próxima clase.



Entramos en un café y nos sentamos ante una mesita de mármol gris. Pedimos Coca-Cola y cuando el camarero se alejó, Armando Hart sacó otra vez el periódico.

—El artículo que me dedica Pardo Llada es una prueba de la importancia de mi emplazamiento —dijo.

—Y una prueba también de la camajanería de ese tipo —agregó Faustino—, pretende quedar bien con Dios y con el Diablo.

—Pero lo importante es que lo hemos hecho hablar de la revolución —prosiguió Armando—. No debemos olvidar que Pardo Llada sigue tenien-





do un gran público y que todo lo que dice o escribe, llega a miles de personas. Creo que este intercambio entre él y yo es un triunfo publicitario para nuestra causa.

—Chico, yo no estoy tan seguro —volvió a insistir Faustino—, Pardo Llada no es más que un descarado y un farsante, y tener que ver con él desdice de nosotros.

Armando rió una de sus risas nerviosas:

—Qué poco político eres, Faustino, tenemos que usar todas las armas que nos sean útiles. ¿Tú que crees, Enrique?

—No, mira, yo de esto sé poco, pero me inclino por Faustino.

—Pues tú y Faustino son unos ingenuos. Nuestra lucha es armada en cuanto a la estrategia, pero en el fondo política, no se olviden de ello. En este intercambio público, además de llevar la revolución a los periódicos y de medio de desenmascarar a Pardo Llada, he logrado transmitir algunos conceptos que son importantes como orientación para los miembros del Movimiento y el pueblo. Y todo esto en forma tal, que la dictadura ha permitido su publicación, a pesar de su contenido.

Y comenzó a leer extractos de lo publicado.

—Bueno, Armando —le interrumpió Faustino—, todo eso está muy bien, pero ya es la quinta vez que lo lees y, además, vamos a llegar tarde al juicio. Vámonos.

Llegamos al edificio del Tribunal justo a tiempo para que Armando se pusiera su toga de abogado y se presentara a defender a un muchacho del





MNR a quien se acusaba de distribuir propaganda clandestina.

Faustino y yo nos quedamos en el gran patio central esperando a que terminara el juicio. Algunos individuos de aspecto sospechoso se movían por el edificio, escrutándolo todo. Alguna gente joven se acercó a nosotros para hablar con Faustino. Yo me sentía intranquilo. Miré a Faustino para comparar emociones: seguía conversando tranquilamente.

Me encontré en la calle con el doctor Allán Rosell, médico joven, miembro del MNR, uno de sus dirigentes en Santa Clara.

—Hay algo —me dijo.

De pronto todo se detuvo.

—¿...?

—No sé bien, pero hay algo. El doctor Pedrosa, que es médico militar, me dijo esta mañana en el hospital que parecía había un levantamiento en Oriente. Si me entero de algo más te aviso.

De todos modos decidí ir a casa de Allán por la tarde. Cuando llegué, me dijo:

—Ahora mismo iba a llamarte, tengo noticias—. La expresión de su rostro era grave.

Por una puerta interior pasamos a su consultorio. El aire acondicionado se sentía agradable en medio de aquellos calores de julio. En seguida llegaron Luis y Guillermito.

—¡Han asaltado el cuartel Moncada de Santiago! —soltó Allán.

La noticia cayó como una bomba. Antes de que reaccionáramos, Allán continuó:





—El ataque fue dirigido por Fidel Castro:
—¿Por quién? —no pude menos que interrumpir.

—Fidel Castro, un abogado joven, que fue candidato a representante por el partido de Chibás.

—Me suena... —

Yo lo conozco de la Universidad —dijo Guillermito—, era líder estudiantil.

—¿Y qué clase de gente es este Fidel? —insistí.

—Es hombre de acción. Frente a Batista ha mantenido una actitud combativa —explicó Allán.

—¡Pero qué sorpresa! —repetía Guillermito—, sabíamos que se estaban entrenando, pero nada más.

—La cosa fue en la madrugada, aprovechando los carnavales. ¡Casi toman el cuartel! —relataba Allán—; según el doctor Pedrosa hay más de 100 muertos.

—¿Y Fidel?

—No saben de él. Ha escapado o ha muerto. Algunos de los atacantes se han internado en las lomas.

—Si es así la lucha continúa. Deberíamos hacer algo —intervino por primera vez Luis.

—Me pregunto si el Profesor sabía algo —habló Guillermito.

—Seguro que no —dijo Allán—, de ser así lo sabríamos nosotros.

—¿Pero qué perseguía? —pregunté yo—. Suponte que hubiera tomado el cuartel, ¿y qué? Santiago es Santiago. El problema es La Habana.

—Fidel nunca ha tenido la concepción del golpe único. Siempre piensa en términos de una lu-





cha prolongada. Quizás su idea fuera la de tomar Oriente y luego marchar sobre La Habana —explicó Guillermito.

—De todos modos lo que ha ocurrido en Santiago tendrá amplias repercusiones en la lucha contra Batista —observó Allán—. De ahora en adelante la guerra será a muerte. ¡Ustedes verán como la lucha se recrudece!

Cuando salí a la calle y respiré el aire tibio de la noche, a pesar de la quietud reinante, tuve la sensación de que algo había cambiado.

David había insistido en verme. Yo no tenía mucho interés en estar con él. Era hijo de una familia hebrea que había vivido en Santa Clara y que ahora poseía una fábrica en La Habana. David había dejado los estudios y trabajaba con su padre. Su apellido era uno de los más distinguidos de la colonia judía de La Habana. Pertenecía a la élite, en la rígida estratificación social de los judíos cubanos. A pesar de vivir ahora en La Habana y de vernos con poca frecuencia, habíamos conservado una cierta amistad que revivíamos cuando yo volvía a Cuba en las vacaciones. David siempre insistía en hacerme frecuentar las sociedades hebreas y me invitaba también a las fiestas familiares que se daban cada sábado por la noche en una casa distinta, en un círculo estrecho. Conocía mis ideas políticas y luchaba contra ellas. Decía que un judío no debía mezclarse en la política interna de ningún país y ponía de ejemplo lo ocurrido en Rusia, en Alemania, en Fran-





cia. Nuestra verdadera patria era Israel. Últimamente yo trataba de evitarlo.

Me vino a buscar a casa de mi tío, en su Packard nuevo y no tuve más remedio que salir con él aquella mañana.

—Oye, qué trabajo cuesta empatarse contigo —dijo David al tiempo que me daba la mano.

—No, chico, lo que pasa es que he estado ocupado con el lío de renovar la visa. Ya regreso a Miami dentro de unos días.

Aceleró el carro, mientras decía:

—¿Y cómo van los estudios?

—Si todo marcha bien, me gradúo ahora, en enero.

—¿Y después?

—Después, no sé.

—Yo tú, me quedaba allá.

—Sería lo más práctico, pero hay otras cosas.

—La patria, por ejemplo.

—Sí, me sentiría mal si no vuelvo ahora.

—Pero, ¿por qué tú? Hay otros, déjalos a ellos.

—Mira, David, hay una cosa que en ti no se ha desarrollado: la conciencia. Ésa es la que no me deja irme por la línea más fácil. Además, por ser muchos los judíos que piensan como tú, me siento más obligado.

David no se dio por aludido.

—Pero razona, viejo. La política es asunto de los cubanos. Tú no la necesitas, vas a ser un profesional graduado en Estados Unidos. Tanto allá como aquí tendrás trabajo en seguida. Así es que en lo que se refiere al dinero, tienes una vía asegurada.





La otra cara de la moneda: los riesgos. Después que Fidel atacó el Moncada, aquí se la arrancan a cualquiera.

Andábamos ahora por la Habana Vieja. Entramos en un parqueo. David me propuso llegar nos hasta un almacén de la calle Muralla. Esa noche había una fiesta en su casa y quería invitar a unos amigos.

Cuando íbamos caminando por la estrecha acera, de uno en fondo, le dije:

—Mira, David, esta noche no puedo ir a tu casa.

—Pero, ¿por qué?

—Tengo un compromiso previo.

—Pues rómpelo.

Entramos a un gran local abarrotado de telas. Seguí a David hasta el fondo, donde empujó una puerta y entramos a una pequeña oficina con aire acondicionado. David nos presentó: el señor y la señora Stein y sus hijos Ernesto y María. Contesté algunas preguntas, hasta que David llevó nuevamente el peso de la conversación. Yo observaba a María: rubia, de cejas gruesas y ojos castaños; una nariz que no era exactamente fina, pero pequeña. Labios gruesos, que al sonreír, hacían pequeñas arruguitas en las comisuras. Cada parte de su cara no era perfecta, pero puestas todas las partes juntas, daban un conjunto armónico, vivo, lleno de fuerza. Era de buena estatura, fresca y bien formada. Mi vista se hacía pesada sobre ella y la obligaba a devolverme la mirada. María pretendía interesarse por la conversación que se desarrollaba y su risa fluía con





frecuencia. Pero su mirada y la mía volvían a encontrarse.

Nos despedimos, María y yo en el entendimiento, no hablado, de que nos veríamos esa noche. Cuando salimos a la calle, David dijo:

—No te pregunto qué te pareció María, la cosa fue muy clara.

—¡Qué cosa más grande!— Yo pensé que todo había sido muy sutil.

—Lo que es una lástima que no puedas venir esta noche —dijo David con picardía.

—Chico, si supieras que he cambiado de idea. Me da pena quedar mal contigo —y nos reímos.





Regreso a Cuba

No fue fácil terminar la carrera. El tiempo que había dedicado a otras actividades me faltó al final. Me dediqué al estudio como nunca antes y llegué a la meta como un corredor extenuado que da sus últimos pasos.

En aquellos meses, mi padre había sufrido algunos reveses económicos, y por primera vez tuve que trabajar por dinero. Eran sólo cuatro horas y de noche; el resto del tiempo estudiaba. Eché a un lado mi vida anterior y llené el vacío con el deseo de terminar, y las cartas que llegaban de María. Cuando me gradué, comencé a trabajar con un americano que había sido mi compañero de estudios. Proyectábamos viviendas y centros comerciales. Eran cosas pequeñas, que salían como churros y hacíamos buen dinero. Compré un nuevo automóvil, alquilé un apartamento para mí solo y retomé mi vida anterior.

De Cuba, sabía poco. Nuestra organización habla entrado en un período de letargo. Fidel estaba





preso. Nadie creía en Prío. Pasaron los meses y un día llegó el Profesor a Miami, exiliado.

Hacía tanto frío adentro como afuera en la calle. El Profesor estaba enfundado en un anticuado traje cruzado. Esperancita, su mujer, trajinaba en la cocina y la niña desbarataba un juguete frente a nosotros. Sentados en el sofá-cama, tratábamos de luchar contra el frío con el calor de las palabras.

—Nunca pensé que llegase a hacer tanto frío en Miami —decía el Profesor.

—A veces se producen grandes heladas que acaban con los vegetales y causan pérdidas por millones de dólares. Lo sé porque en esos casos contratan a los estudiantes para cosechar de noche a la luz de los reflectores.

—Afortunadamente no tengo nada sembrado dentro del apartamento —bromeó el Profesor—. Deberían mudarse de aquí. Por el mismo precio quizás podemos conseguir un apartamento con calefacción.

—No es necesario, pronto acabará el invierno —y cambiando la conversación—: ¿Has visto algo sobre mi trabajo en la Universidad?

—Sí, volví a hablar con el decano. No dice ni, que sí, ni que no. Creo que nos está entreteniendo. La cosa es no quedar mal con nadie. Ellos son así.

—Bueno, no te preocupes, ya encontraremos como vivir, aunque sea comiendo vegetales helados.

Poniéndome serio:

— Todavía no me ha contestado sobre las armas que ofrecieron vendernos.





—Es que las cosas han cambiado. Hemos sufrido algunos reveses: la gente habla mucho y la Policía oye y actúa. Hemos decidido cambiar nuestra táctica. Los elementos civiles de la organización se limitarán al trabajo político, mientras que la acción armada queda a cargo de los militares que conspiran con nosotros.

—Pero eso es peligroso para el poder civil.

—No habrá problemas. Se trata de militares jóvenes, que fueron mis alumnos y son mis fieles seguidores.

—Bueno, si usted lo dice.

—Sé que no has quedado convencido.

—La verdad es que no.

—No te preocupes, confía en mí.

—Bueno.

Esperancita trajo el café cubano. El Profesor continuó:

—Prío quiere verme.

Me miró para medir mi reacción. Comprendí cuál era su decisión, pero de todos modos dije:

—Naturalmente, usted no aceptará.

—¿Por qué no? Siempre es conveniente saber en qué andan los demás.

Comencé a sentir cierta mortificación.

—Prío no anda en nada serio. Tratarlo es como perder calidad.

—Eres demasiado absoluto en tus ideas —dijo el Profesor sonriendo—, en política hay que ser flexible hasta el punto de no ser maleable.

—Tengo mucho que aprender, pero hay algunas cosas que nunca entenderé.





— Yo diría que sí. Pero no te preocupes, tiempo hay de sobra.

Dedicaba mucho tiempo al Profesor. Eran pocos quienes venían a verlo. Yo trataba de hacerle grata su estancia en Miami. Hacíamos pequeñas incursiones a los alrededores; o llevaba algún amigo a conocerlo. Algunas veces íbamos a un bar que quedaba cerca de su casa y charlábamos largas horas acerca de los problemas de Cuba, mientras bebíamos cerveza.

Una noche, bebíamos en el bar.

—Se le hace largo el tiempo, ¿verdad? —le dije.

—Sí, pero desde que empecé a escribir, la cosa es más llevadera.

—¿Y qué escribe?

—El Redescubrimiento de Dios, así ha de llamarse este libro.

—¿Y el título refleja literalmente el contenido? —pregunté, con la esperanza de una negativa.

—Sí —contestó.

—Pero... ¿cómo puede usted creer en Dios?

—¿Y por qué no?, aunque mi Dios no tiene religión específica. Lo venero lo mismo en una iglesia que en una mezquita.

—Perdóneme, pero creer en Dios es estar en la oscuridad —insistí con preocupación.

El Profesor reía con ganas:

—Voy a terminar por decepcionarte.

No contesté. Bebía en silencio, y no se me ocurría nada que decir. El Profesor se sintió obligado a darme una explicación sobre el contenido del libro. Yo escuchaba sin oír.





Algún tiempo después vino Armando Hart. Batista acababa de amnistiar a todos los acusados de delitos políticos. Fidel estaba en la calle y quería hablar con el Profesor. Era hora de volver.

El Profesor se marchó. Yo quedé sumido en mis reflexiones. En mi mente luchaban pensamientos contradictorios. Por un lado, estaba decepcionado y vacío y quería olvidarme de todo. Por otro lado, una abstracta sensación de deber, me instaba a volver.

Una mañana, me levanté y me dije: “es hoy”. En pocas horas hice los preparativos y esa misma tarde tomé el avión a Cuba.





La búsqueda revolucionaria

—Nos vemos en la tienda de Luis.

—Bien —contesté y colgué el teléfono.

Me fui caminando por la calle Colón, compré un periódico en la esquina y seguí hasta la tienda. Luis y los dependientes estaban ocupados atendiendo a varios clientes y me senté en un taburete y me puse a leer. Al poco rato llegó Allán, nos dimos un fuerte abrazo, se sentó en el suelo y comenzó a hablar:

—El MNR está liquidado. El Profesor descansa cada vez más en los militares. Tiene la concepción del *putsch*.

—Ya lo había notado cuando estuvo en Miami —respondí—. Y tú, ¿qué tienes en mente?

—He meditado largamente sobre todo esto. Mi conclusión es que la insurrección armada, por sí sola, no es el método correcto. Hace falta algo más, hay que incorporar a las masas a la lucha. Y a este respecto, creo que los únicos que tienen un sentido perdurable y una estrategia que a la larga se





impondrá, son los comunistas. Rusia se ha convertido en un coloso. La revolución ha triunfado en China. En diez años más, el mundo entero estará construyendo el socialismo. ¿Qué te parece?

—No sé, me parece utópico lo que dices. No tengo suficientes elementos de juicio. Ahora, no cabe duda de que los comunistas son gente seria. ¿Te has hecho miembro?

—No, todavía no. Estoy discutiendo con ellos, conociéndolos mejor, leyendo algunas cosas. ¿Quieres conocerlos?

—¿Por qué no? No se pierde nada con ello.

Al otro día fui con Allán a casa de un abogado que era miembro del Partido. Allán nos presentó y el abogado dijo:

—Conozco a su padre, aunque el encuentro no fue en las circunstancias más gratas. Yo defendía a varios obreros con los que estaba en conflicto.

—Si se entera de que he estado aquí me va a pelear por andar en malas compañías —bromeé.

Nos sirvieron café en un despacho repleto de libros. Allán tomó la palabra:

—Enrique, como yo, militaba en el MNR. Acaba de regresar de Estados Unidos, donde se graduó de ingeniero. Hemos hablado de cómo están las cosas y tiene interés en hablar con ustedes.

—Bueno, en realidad no es mucho lo que tengo que decir, más bien lo que tengo que hacer es escuchar. Mi forma de pensar se podría resumir así: en tres años, la insurrección armada no ha logrado nada efectivo frente a Batista. ¿Qué le falta? Me parece que es correcto lo que dice Allán:





no ha logrado incorporar a las masas a la lucha. Pero, ¿cómo hacerlo? Me interesan los puntos de vista del Partido.

El abogado estuvo un buen rato meditando antes de contestar.

—Nuestra estrategia de lucha es y será siempre la línea de masas. No creemos que una organización paramilitar sea la vía. A través del trabajo político en los sindicatos y entre los intelectuales, debemos crear una presión tal, que obligue a los que ostentan el poder a dar una salida política a la actual situación. Esa salida puede ser la de unas elecciones a las cuales todos los partidos puedan concurrir. Es en ese clima donde nuestro Partido puede ser más efectivo, más determinante. Porque es bueno señalar que en nuestro trabajo no se puede perder la perspectiva.

Fijó su vista en mí, como cediéndome el turno.

—No creo que Batista esté jamás dispuesto a ceder un ápice de su poder. En cualquier elección libre, el pueblo barrería con él. Repito que creo que hay que organizar a las masas, pero para la acción armada.

Rápidamente habíamos llegado a un punto muerto. El abogado así lo comprendió, porque dijo:

—Bueno, no creo que tengamos que decidirlo todo hoy. Es necesario que la discusión prosiga, que conozca más profundamente nuestros puntos de vista. ¿Le gustaría leer algunos de nuestros materiales?

—Como no.





Dirigiéndose a Allán, el abogado dijo:

—Llévalo a ver al doctor Menéndez.

Al otro día, Allán me llevó a ver al doctor. Menéndez vivía en una de esas viejas casas que tanto abundan en Santa Clara. Un pasillo de entrada con la sala a un lado, después la saleta y a continuación, el patio lleno de macetas y enredaderas. Atrás, los cuartos, la cocina y el comedor.

El doctor nos recibió en chinelas de tela. Tras los gruesos cristales de sus espejuelos, tenía unas pupilas pequeñas, que decían haber leído mucho. El doctor hablaba pausadamente, con una voz bien timbrada y pronunciando con cuidado, mientras se mecía suavemente en su sillón de mimbre. La conversación se asemejó mucho a la del día anterior con el abogado. Me prestó algunos libros, muy ajados, y quedamos en volvernos a ver para discutirlos.



Era mediodía y hacía mucho calor. Joaquín propuso:

—¿Vamos al Frío?

—Vamos.

El Frío era el único bar con aire acondicionado de Santa Clara. Era elegante ir allí. Empujamos la puerta y nos recibió un frescor agradable. Estaba oscuro y se oían las guitarras del trío. Cuando nos acostumbramos a la oscuridad fuimos hasta la barra y nos encaramamos en las banquetas. Joaquín pidió un Cuba Libre y yo un jaibol de cognac con *ginger-ale*. Nos quedamos oyendo el trío, que tocaba canciones de Sindo Garay.





Joaquín Argüelles trabajaba en la Esso y ganaba buen dinero. Era un romántico. Su carácter afable y su desinterés personal le granjeaban la simpatía de todos. Éramos muy amigos desde hacía varios años.

—¿En qué piensas? —preguntó Joaquín.

—Es una idea que no me abandona. Es necesario tomar un rumbo.

—¿Y los comunistas, qué?

—Chico, la cosa no cuaja. Lo de ellos es algo a largo plazo. Además, tienen un estilo de trabajo que no encaja con nuestro temperamento. Se trata de gente inteligente y honesta, pero por más que hurgo en el problema, me parece que todavía la humanidad no está lista para una doctrina tan avanzada. Temo dedicarme a algo que no tenga posibilidades de realización, cuando hay cosas menos ambiciosas, pero más inmediatas, que sí pueden mejorar la condición del hombre.

El camarero trajo nuevos tragos.

—La batalla no se puede dar entre libros, sino en la calle. De todo lo que hablé con ellos, hay dos cosas que se destacan, una buena y otra mala. Lo bueno es la importancia que le dan al papel de las masas; lo malo, que no entienden la importancia de la lucha armada en estos momentos.

—Entonces..., ¿qué vamos a hacer?

—Se me ocurre que no queda más remedio que organizar nuestro propio movimiento político.

—¿Nosotros? —exclamó Joaquín sorprendido.

—¿Por qué no? Comprendo que la tarea no es fácil. Todo depende de que logremos o no movilizar al pueblo. Mira, yo veo las cosas así.





”Cuba es un país de grandes posibilidades agrícolas, por lo tanto, su desarrollo debe partir de la agricultura. O sea, que con la riqueza que nos proporcione una agricultura moderna, debemos fomentar el desarrollo industrial. Ahora, hay un problema. Y es la forma en que está distribuida la tierra actualmente. Menos de mil familias poseen cerca de la mitad de la tierra, mientras que cientos de miles más viven sobre la tierra sin poseerla. Quiere esto decir que los beneficios de la agricultura van a unas pocas manos y que la inmensa mayoría de los campesinos apenas tienen para vivir.

”¿Qué se impone? Una reforma agraria. Tan sólo con repartir la tierra ociosa e intensificar los métodos de explotación ganadera, para reducir su área, habría para darle un par de caballerías a cada agricultor. Naturalmente que el minifundio no es ninguna solución tampoco, puesto que dificulta el empleo de métodos modernos. Pero aquí podemos crear asociaciones para el uso común de los equipos e inclusive de la tierra.

”¿Qué ventaja tendría todo esto? Pues aumentar el poder adquisitivo de por lo menos la mitad de la población. Y al aumentar el mercado interno, podríamos incrementar grandemente la industria de consumo nacional, para empezar”.

—Oye, tiene mucha lógica lo que dices, pero, ven acá, ¿de dónde sacaste todo eso? —dijo Joaquín en lo que yo bebía un trago y encendía un cigarro.

—Eso es para que veas que no he estado perdiendo el tiempo. Estoy leyendo mucho ahora. Pero bueno, continúo. Nuestra bandera de combate debe





ser la reforma agraria. Por lo tanto, la punta de lanza de nuestro movimiento debe ser el campesinado. No debemos despreciar la fuerza de la ciudad y trataremos de incorporarla con nuestro programa.

Joaquín ardía de entusiasmo.

—¿Cuándo le metemos mano? Ahora sí que veo la cosa posible.

—Primero tenemos que seleccionar un grupo gestor. Este núcleo inicial tendrá que redondear estas ideas que te he expuesto, que son todavía muy embrionarias. Cuando tengamos nuestro programa listo, haremos pública nuestra intención y comenzaremos a engrosar nuestras filas en una organización de tipo militar. Ahora tenemos que escoger a los otros.



La arañita se mecía suavemente al compás de la leve brisa. Los rayos del sol de la tarde, que entraban por la ventana, daban en el hilo en que estaba suspendida, arrancándole destellos. Algo que escapaba a mis sentidos ocurría a veces, porque la arañita ascendía, recogiendo su hilo. Después volvía a bajar hasta situarse casi sobre mi cabeza.

Yo yacía tendido en la cama y llevaba un buen rato observándola.

—Así ha empezado más de uno que yo conozco —oí que decía la voz de mi madre. Me volví hacia ella sonriendo:

—Has llegado tarde, ya lo mío no tiene remedio.

Se sentó al borde de la cama y puso su mano sobre mi pierna:





—Están preguntando por ti.

—¿Quiénes son? —pregunté.

—No los conozco, pero por el tipo sé que son revolucionarios. Son jóvenes.

—¿No te dijeron el nombre?

—Sí, pero no entendí bien. Enrique...

—¿Qué?

Su mano acarició mis piernas:

—¿Por qué has de insistir en meterte en estas cosas? Me haces sufrir tanto. ¡Si te matan yo me muero! Tienes que pensar en mí.

—¡Ave María, otra vez! Ya te he dicho que pierdes el tiempo. Olvida un poco tu egoísmo de madre y piensa en los demás. Lo único que logras con tus sermones es mortificarte y mortificarme.

—Hablas así porque no tienes hijos. Cuando tengas uno entonces me comprenderás. Por eso quiero que te cases pronto, para que se te quiten estas cosas de la cabeza. María es una buena muchacha y conocemos a sus padres desde que llegamos a Cuba. Es gente muy buena.

Pasé de la ira a la risa:

—Pero mira que tú tienes cosas, vieja. Lo mismo me amenazas con morirme que quieres casarme. Pero no te hagas ilusiones, me parece que ya no puedo cambiar.

—No digas eso. Estoy muy nerviosa. Ya ni siquiera...

La interrumpí:

—No, por favor, Mami, no sigas, ¡suéltame un rato!





Me levanté y comencé a vestirme apresuradamente.

—¿Adónde vas? —me preguntó con la voz quebrada.

—Por ahí, donde podamos hablar tranquilamente. Donde no estés tú atormentándome.

Dos lágrimas corrieron por sus mejillas y era como si me quemaran por dentro.

Ya en la calle, José Arroyo me dijo:

—Oye, sentimos haberle dado ese disgusto a tu madre.

—No te preocupes, ya se le pasará —contesté.

—Mi madre también es así. Todas las madres son así —sentenció el que venía con José.

Fuimos a un café frente al parque Vidal. José dijo:

—El asunto es el siguiente: estamos recorriendo toda la Isla. Nuestro propósito es crear un nuevo Directorio Revolucionario al estilo del que existió contra Machado. Hasta ahora, la lucha contra Batista ha sido un fracaso. El motivo es que, de una forma u otra, la cosa ha estado controlada por los políticos. Ha llegado el momento de que el estudiantado no tan sólo llene las filas, sino que dirija, que asuma su responsabilidad histórica. El gordo Echeverría y los demás compañeros de la FEU hemos tomado este asunto en las manos, pero para una pelea a muerte. Hemos hablado con alguna gente aquí en Santa Clara. Nos sugirieron que te viéramos. Es necesario que te incorpores.

—Parece que a todos nos ha picado el mismo bichito —dije sonriendo—, nosotros también esta-





mos tratando de organizar algo nuevo, pero sobre una concepción distinta. Ahora lo nuestro está en una fase muy inicial y no vale la pena hablar todavía de ello. Pero de todos modos no pienso incorporarme a ninguna otra organización.

”Los otros días estuvieron por aquí Faustino y Armando, y nos reunimos en casa de Allán Rosell. Ellos están organizando el Movimiento 26 de Julio, que dirige Fidel. Les dije lo mismo que a ustedes. Ahora, voy a ser sincero, si yo decidiera unirme a algún otro movimiento lo haría al 26 de Julio. Está más avanzada su creación y, además, ya tiene historia. Fidel ha demostrado que no tan sólo habla sino que hace, y eso, en estos momentos de frustración, es importante. ¿No han hablado con Fidel?

José se rascó la cabeza:

—Mira, nosotros conocemos a Fidel y no creo que podamos trabajar con él, tenemos métodos distintos. Por otra parte, Fidel está fuera de la Universidad y lo nuestro es netamente estudiantil, aunque aspiramos a sumar a todo el pueblo.

—Yo no conozco a Fidel —dije—, pero me inspira confianza el hecho de que Faustino y Armando estén con él. Y a ellos sí los conozco bien. Pero, bueno, el tiempo dirá.

Discutimos largamente. Eran más de las 10. Hacía rato que la banda municipal se había marchado y el parque comenzaba a quedarse vacío.

Nos separamos con un apretón de manos.

Martha estaba en Santa Clara. La visité en su casa algunas tardes. Hablamos de lo común que





nos unía y evitábamos hablar de lo que nos separaba. Comenzamos a salir juntos.

Una noche, fuimos al cine con unos amigos. Volvimos tarde, por las calles desiertas. Los otros caminaban delante, mientras Martha y yo íbamos rezagados. Llegamos junto a la puerta de su casa; ella abrió y entró en el vano de la escalera. Los demás siguieron de largo y se detuvieron en la esquina, esperando a que yo me despidiera. Martha apenas se distinguía en la oscuridad. Sentí que aquél era el momento. Ascendí el peldaño que nos separaba y cuando me incliné sobre ella, su boca me esperaba. Fue un roce muy tenue de los labios. Los suyos estaban húmedos, y pude apreciar el sabor de su boca. Nos miramos en la oscuridad. Todo era borroso, pero yo imaginaba la expresión de su cara. Nos tomamos las manos. Sentimos afuera los pasos impacientes. Ella se separó. Cuando llegó al primer descanso de la escalera, le dio la luz que venía de arriba. Ella desapareció, pero yo retuve aquella imagen.



Estaba sentado en un sillón de la sala leyendo el periódico. La noticia del día era la huelga azucarera. Todo había comenzado como un problema sindical más y se había convertido en un potente movimiento de huelga que amenazaba la propia estabilidad política de la dictadura. Cualquier acción del Gobierno generaba nuestras protestas, pero, por otra parte, aquella espontaneidad no lograba encauzarse en forma contundente. Los distintos grupos revolucionarios le dieron su apoyo,





pero no eran lo suficientemente fuertes para dirigir la huelga.

Un automóvil paró frente a casa. A través de la cortina de la ventana vi que era el Ford de Joaquín. Éste entró agitado.

—Acaban de llevarse presos a Quintín Pino y otros más del 26. ¡Tremenda paliza que les dieron!

—A ver, cuéntame qué ha pasado.

—Fue hace un momento. La gente del 26 organizó un mitin de apoyo a la huelga, frente al parque. Llegó la Policía y sin más ni más, empezó a repartir toletazos. Hay varios heridos. A Quintín lo tumbaron en el suelo y se lo llevaron arrastrando. ¡Ha sido una verdadera salvajada!

Me sentí muy mal, sentado en la tranquilidad de mi casa:

—Joaquín, ¡mañana nos incorporamos al 26 de Julio!





Incorporación al Movimiento 26 de Julio

Gustavo Arcos dirigía el 26 de Julio en Las Villas. El Movimiento estaba en plena fase organizativa. Gustavo y Guillermito (que se habían incorporado de los primeros) recorrían la provincia tratando de crear núcleos en cada pueblo. La tarea no resultaba fácil, la acción represiva de la dictadura iba en aumento. Algunos estaban decepcionados por el fracaso de intentos anteriores. La corrupción del régimen ganaba a otros.

Aquella mañana, Allán Rosell y yo seríamos aceptados en el Movimiento y pasaríamos a formar parte de la Dirección Provincial. La reunión era en casa de la novia de Guillermito: una quinta en las afueras del pueblo. Tuvimos que esperar, mientras juzgaban a un mulato gordo a quien acusaban de indisciplina. Por fin, el gordo fue ratificado como jefe del Movimiento en Sagua (no había otro), después de una dura reprimenda

Allán y yo fuimos entonces llamados a la reunión y presentados a los demás, a quienes ya co-





noíamos. Quintín estaba allí, sin saber que su acción había sido la causa de mi ingreso. El primer punto de la orden del día era la organización de las brigadas juveniles. Se trataba de los grupos que se dedican a la acción armada y al sabotaje. Allán y yo discrepamos de los puntos de vista de Gustavo. Los demás miembros de la Dirección estaban confundidos entre nuestras razones y la autoridad de Gustavo.

Llevábamos cerca de diez horas discutiendo y era tarde en la noche. Gustavo, desesperado ante nuestra intransigencia, planteó el carácter militar de la organización e impuso su criterio.

Al otro día fui citado a casa de Quintín, donde Gustavo quería hablar conmigo. Cuando llegué me encontré a Allán, que también había sido citado.

—¿Sabes para qué nos han citado? —pregunté a Allán.

—No —respondió—, pero estoy seguro que tiene que ver con nuestra actitud en la discusión de ayer.

Al poco rato llegó Gustavo y nos encerramos en un cuarto.

—Los he llamado —comenzó— para notificarles la decisión que he tenido que adoptar ante el cariz que va tomando la situación. Este año es decisivo en la lucha contra Batista. Fidel ha dicho: “en el 56 seremos libres o seremos mártires”. Al aumento de la actividad revolucionaria irá aparejado un aumento en la persecución policiaca. Por ello se hace necesario tomar medidas especiales para garantizar el funcionamiento de la Dirección





Provincial. Cada día será más difícil reunirnos. He pensado que pronto llegará el momento en que tengamos que vernos en un automóvil en marcha. Actualmente somos ocho miembros y como en un carro solamente caben seis, es necesario eliminar a dos. Dado que ustedes han sido los últimos en ingresar, a partir de este momento dejan de pertenecer a la Dirección Provincial. Ahora bien, hay muchos otros cargos de importancia que desempeñar y esperarnos que su entusiasmo no decaiga y sepan comprender esta medida necesaria.

Allán y yo nos mirarnos sin saber qué hacer.

Allán no pudo contenerse:

—Mira, Gustavo, está claro el motivo que te hace hacer ese planteamiento tan descabellado. No soy ningún muchacho para que juegues así conmigo.

Se levantó y se fue. Gustavo miraba al suelo.

—En cuanto a mí —le dije—, siento decirte que tendrás que soportarme todavía. Tus métodos son la negación de tus ideas. He de combatirte dentro del Movimiento, como un militante más. Yo me quedo.

Me incorporé al grupo que trabajaba en finanzas y propaganda. Éramos unos pocos. Nos reuníamos en la bodega del chino Chong. En la trastienda, dentro de un *closet*, se guardaba el viejo mimeógrafo, que casi siempre estaba roto. También operábamos desde la botica de Santiago Riera. Allí llegaban los paquetes impresos con los manifiestos que escribía Fidel desde México. Los esperábamos con ansiedad. Santiago nos decía “llegó la





cosa”, y nos pasaba al fondo, donde se amontonaban las tongas contra la pared. Saboreábamos cada una de las palabras y nos quedábamos con el deseo de leer más. Fidel reflejaba fielmente lo que sentíamos. Cada manifiesto era un nuevo impulso al trabajo. Salíamos entonces a la calle forrados de papeles, sujetando los pliegos al cuerpo con la faja del pantalón. Después íbamos a la casa de los simpatizantes, o simplemente de los que sabíamos que no nos denunciarían, a repartir la propaganda. Era ése el momento propicio para pedir dinero. Nos daban una peseta, a veces un peso, nunca más. En una oportunidad, alguien me dio 50 pesos; ¡fue casi una noticia!

En aquel entonces, casi todos eran estudiantes. Comenzaban a sumarse otras capas de la población: algunos obreros, dependientes del comercio, profesionales recién graduados. Había en todos una característica común: la juventud. Los mayores nos miraban con cierta sorna, no exenta de simpatía, y cuando eran familiares nuestros: con preocupación. Pero para todos éramos unos locos idealistas, metidos en algo utópico, en lo que ninguna persona sería nos acompañaría. Andar con nosotros era como andar entre muchachos.

Así transcurrieron los primeros meses después de mi regreso. Martha y yo hablábamos de casarnos. Era necesario buscar trabajo. No pude encontrar nada en Santa Clara y me fui a La Habana.

Comencé a recorrer las firmas de ingenieros y las compañías constructoras. Siempre había pen-





sado que me sería fácil encontrar trabajo, con mi diploma de una universidad norteamericana, pero, para mi sorpresa, no fue así. Existía más oferta que demanda. Había que conectarse o bien conseguir que algún político lo palanqueara a uno para un cargo en el Estado. Por otra parte, los graduados en el Norte no contaban con la simpatía de sus colegas graduados en Cuba.

Después de varias semanas de entrevistas y esperanzas frustradas, logré, gracias a la recomendación de un amigo de Joaquín Argüelles, conseguir trabajo en la Shell. Era bastante menos de lo que yo había ambicionado: una plaza de auxiliar de ingeniería con 150 pesos al mes. La cosa era empezar a hacer algo; después, ya veríamos.

Trabajaba en La Habana de lunes a viernes y los fines de semana iba a Santa Clara. Pasaba todo el tiempo con Martha. Había llegado el momento de definir nuestra situación. Ante mi negativa de convertirme al catolicismo, ya Martha se conformaba con que nos casáramos por la iglesia.

—Si no crees en la religión, ¿qué te importa casarte por la iglesia y después olvidar que lo has hecho? —decía ella.

—Pero no sería honesto actuar así —respondía yo—. Además, si no estamos de acuerdo en estas cosas, ¿qué sucederá cuando vengan los hijos? Cada uno tratará de influir sobre ellos y aunque digamos que dejaremos que elijan libremente su religión, bien sabemos que no seremos imparciales.





—Sí, es verdad, no hay solución a medias.

Pasaron algunas semanas más. Una de las veces que vine a Santa Clara, Martha me dijo:

—Enrique, he estado conversando con el padre Núñez, mi confesor, y él considera que es necesario introducir nuevos elementos que nos ayuden a salir de este estancamiento en que nos hallamos. ¿Aceptarías conversar con él sobre nuestros problemas?

—¿Por que no? Acepto. La próxima semana, cuando vuelva, iremos a verlo.

Fuimos un sábado por la tarde a la iglesia de la Pastora. El padre Núñez nos esperaba a la entrada y nos llevó a un pequeño saloncito de estilo gótico. Nos sentamos alrededor de una mesita, Martha y yo de un lado, el padre del otro. Era un hombre como de 40 años, de barba recortada y lentes montados en una gruesa armadura moderna. Sus gestos eran desenvueltos; la expresión de su rostro, mundana. Aquel cura andaba en motocicleta y jugaba a la pelota con sus alumnos. Martha había escogido bien.

—Martha me ha hablado mucho de usted. Tenía grandes deseos de conocerlo —dijo.

—Gracias —contesté sin comprometerme.

—Pero vayamos al grano. Dos jóvenes se han encontrado, se aman y quisieran casarse, pero la religión los separa. ¿Cómo es posible, si la religión existe para unir a los hombres? Usted, Enrique, dice no creer en Dios. Yo estoy seguro que usted sí cree. Lo que sucede es que usted lo conoce por otro nombre. Su Dios y nuestro Dios son el mismo, no hay más que uno. Usted es ingeniero,





ha estudiado las ciencias y sabe que del caos surgió el orden. ¿Cómo? ¿Por qué? Hubo un origen, hubo algo que aún rige nuestro mundo. ¿Qué es? Nosotros lo llamamos Dios. Usted podrá llamarlo de otro modo, pero es lo mismo. Entonces, ¿por qué no llamarlo Dios y venerarlo a nuestra manera?

—¿Quién puede decir cuál fue el origen? Ciertamente no sería de la manera que dice la *Biblia*. Es como un cuento.

—Hijo mío, la *Biblia* usa de la parábola.

—No es así como la enseñan ustedes. Pero hablemos de cosas más terrenas. ¿Cómo pueden unos hombres acaparar la verdad de la vida e interpretarla para otros? No reconozco en usted nada que me haga pensar que es el representante de Dios. Usted es tan ser humano como yo. Todo es falso: las ideas y las instituciones que las representan. Había hablado con apasionamiento, quizás si hasta con odio.

Se hizo el silencio. Martha miraba sus manos sobre la mesa. El padre Núñez meditaba. Yo miraba por la ventana abierta las hojas de los árboles, que empezaban a tornarse violeta a la luz del atardecer. El silencio se prolongaba. Comencé a notar el ruido de las golondrinas que volvían para dormir. La voz del padre Núñez me sustrajo de la realidad:

—Hay algo que no se puede explicar; que se tiene o no se tiene: y es la fe. Tener fe es tener confianza, es creer, es sentir que hay algo superior a nosotros, tan grande, que nuestros sentidos no





son capaces de captarlo en toda su magnitud. Pero que, sin embargo, sabemos que está ahí, actuando. Es necesario que llegue a tener fe, que la sienta. Para ello tiene que imbuirse del espíritu de la religión, de sus enseñanzas, de sus ritos. Tiene que dejarse permear por la religión para llegar a sentir la fe. Algunos la han sentido de golpe, para otros, ha sido un proceso.

—Mire, yo dudo que pueda llegar a tener fe. Creo comprender lo que usted entiende por fe, y si es eso, no quisiera jamás sentirlo. La razón quedaría desplazada. Sería como... vivir en penumbras.... El padre hizo un gesto como para interrumpirme, pero al fin no dijo nada. Yo callé y se hizo otra vez el silencio.

Había oscurecido y estábamos sumidos en las sombras.

—Se ha hecho de noche sin darnos cuenta —dijo el padre y se levantó para encender la luz.

—Es tarde ya —dije poniéndome de pie—, debemos irnos.

—Vuelva la próxima semana.

—Volveré —mentí.

Salimos y nos fuimos caminando por las aceras estrechas, sin hablar. Cuando llegamos a su casa, Martha se despidió:

—Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Volví a mi casa pensativo. Al otro día era domingo y fui temprano a ver a Martha. Toqué a la puerta y me esperó al pie de la escalera. Miré a su cara y supe la respuesta.





Fijamos la boda para el 23 de junio. Comenzaron los preparativos. Martha vino a La Habana y después de mucho buscar encontramos un pequeño apartamento: una salita-comedor, un cuarto, un baño y una cocina donde apenas cabía una persona; un balconcito que daba al edificio de enfrente. La única naturaleza que se distinguía fuera del hormigón, era el cielo, allá en lo alto. Sacando medio cuerpo fuera del balcón e inclinándose hacia la izquierda se veía un pedazo de calle, por donde pasaban velozmente los automóviles. Todo a media cuadra de mi trabajo.

Un día, iba por la calle, cuando un automóvil se detuvo a mi lado. Era David.

—Vamos, te llevo.

Subí.

—¿A dónde vas? —me preguntó.

—Salía del trabajo —dije, para no comprometerme.

—¿Por qué no vienes conmigo? Comes en casa y después salimos a dar una vuelta. ¿Qué te parece?

—Bien, no tengo nada que hacer.

David me contó que se había casado. Yo, a mi vez, le conté que me casaría pronto.

—¿Con quién? —preguntó.

—Con Martha.

—¿La de Santa Clara?

—Sí.

—Creo que es un error.





—¿Por qué?

—Es mucho lo que tienes que sacrificar a cambio. Tu familia jamás aceptaría ese matrimonio. Y después que pase la ilusión del primer momento, te arrepentirás.

—No, estoy enamorado.

—Piénsalo bien.

—Ya lo he pensado.

Llegamos al apartamento de David. Era moderno y amueblado con gusto. Su mujercita era linda y vacía. Bebimos y charlamos de nimiedades, mientras preparaban la comida.

—Enrique —dijo David.

—¿Sí?

—¿Qué te parece si invitamos a María y nos vamos los cuatro a Tropicana? ¿Te atreves a pasar esa prueba?

Guardaron silencio, mientras yo decidía. Viejos sentimientos dormidos despertaron y salieron a flor de piel. ¡Cuánto me gustaría volver a verla! Pero ¿para qué? Lo nuestro estaba liquidado. Yo me casaba dentro de unas semanas. Pensé en mi madre, a quien le gustaba María. Todavía no había dicho en casa que me casaba con Martha. No me atrevía.

—Me gusta la idea —dije, tratando de parecer irónico.

David fue al teléfono y llamó a María.

—Pasaremos a buscarla después de comida —dijo, con cara de muchacho travieso.

Cuando nos acercamos a la casa, María vino al encuentro de la máquina. Vestía un vestido azul





pálido que combinaba muy bien con su pelo. Bajé para abrir la portezuela.

—Hola —me dijo.

—¿Qué tal?

María no sabía que yo me casaba. David y su mujer nos decían cosas para provocarnos, haciendo ruborizar a María. Fue una noche difícil, la que al fin pasó, no sin antes quedar citados para el domingo.

No fui a Santa Clara ese fin de semana para salir con María. Me preguntaba si la quería todavía y comparaba mis sentimientos hacia ella con los que sentía por Martha. El sábado me llamó Manolo invitándome a una pesquería. Acepté y me fui con él, sin llamar a María.

A la semana siguiente fui a Santa Clara. Aquella noche me disponía a salir y mi madre me miraba vestirme.

—¿Vas a casa de Martha?

—Sí.

—Haces mal en entretener a esa muchacha.

—¿Por qué? Si la quiero.

—¿Y en qué va a terminar todo esto?

Me decidí:

—En matrimonio.

—No hablas en serio...

—Sí, hablo en serio. Nos vamos a casar muy pronto.

—No puedes, no puedes. Tú sabes que no puedes —lloraba.

—Esto es un asunto decidido y lo mejor sería que te resignaras.





—No, ¡jamás! Prefiero morirme antes.

—No vas a morirte, ni yo voy a renunciar a Martha por culpa de un fanatismo estúpido.

Mi padre, que estaba en la sala, había oído los sollozos y se había acercado. Parado en la puerta, había escuchado nuestras últimas palabras.

—No puedo creer lo que oigo —dijo—. Tú, mi hijo, no puedes ser capaz de causarnos esta pena. Dime que todo ha sido un capricho, un amor de juventud.

—No, no puedo engañarlos. He meditado largamente sobre el alcance de este acto y estoy dispuesto a arrostrar las consecuencias.

Mi padre se sentó en la cama, tomó la cabeza entre las manos y por primera vez lo vi llorar. No pude resistir la visión de aquel hombre duro llorando y los sollozos se abrieron paso en mi garganta. Llorábamos los tres. Al fin pude dominarme, me levanté y me fui.

La noche que nos casamos, no dije nada a mis padres. Fueron unos pocos familiares de Martha y, por mi parte, solamente invité a Joaquín.

Un día, cuando ya llevábamos algunos días en La Habana, recibí una llamada de María.

—Enrique, ¿puedo verte?

—Como no, ¿cuándo?

—¿Ahora por la mañana?

—Bueno. ¿Te parece bien a las 10, en la cafetería de al lado de la Shell?

—Sí.

Llegué antes. Me senté al mostrador, mirando a la calle. En seguida llegó María y sentí el viejo calor. Se sentó junto a mí.





—Me han dicho que piensas casarte... —dijo sin mirarme.

—No, ya me casé.

Viró la cabeza para que no viera su cara. Yo no hallaba qué decir. Nos despedimos con frases torpes. Sentí que se iba una parte de mí.





El llano







Conspiración en La Habana

El movimiento de la gente llamó mi atención. Levanté la vista del buró: los oficinistas se arremolinaban junto al reloj marcador, era hora de almorzar. Marqué mi tarjeta y salí a la calle. Caminar los pocos metros que me separaban de mi casa fue suficiente para empapar el cuello de mi camisa. Saqué la llave y abrí la puerta. Lo primero que vi fueron tres hombres sentados en el sofá de la sala: Armando, Faustino y alguien a quien no conocía. Me lo presentaron como a Carlos Franqui, el periodista de *Carteles*, que iba a trabajar en el Movimiento en una idea que luego me explicarían.

Martha vino de la cocina, donde batallaba con el almuerzo. Discutimos la posibilidad de almorzar todos en casa, pero no había comida suficiente y decidimos ir a comer fuera. Ninguno tenía carro y entramos en el Club 23, que quedaba cerca. En la media luz del bar bebían y hablaban con vistosas mujeres los altos empleados de las oficinas cerca-





nas. Seguimos hasta el comedor y nos acomodamos en una mesa apartada.

Mientras estudiaban el menú, yo observé a Franqui. Era un hombre de menos de 40 años, delgado. Tenía un rostro de campesino, pero no totalmente tosco. Un pelo descuidado, unos ojos escrutadores que a veces se quedaban fijos demasiado rato, y un bigote generoso. La cara cetrina. Vestía con descuido, pero no mal y sus gestos eran cortos y bruscos, como si siempre se quedaran truncos. Hablaba como gesticulaba. Dejaba caer una frase y un rato después la retomaba, pero no en el mismo punto donde la había dejado.

Traté de quitar los ojos de Franqui, pero no antes de que él notara que lo observaba. No supo qué hacer y dijo:

—¿Y qué dice Julio Iglesias? —Iglesias era el presidente de la Shell.

—No sé, lo veo poco y cuando lo veo, él no me ve a mí.

—Iglesias es socio de Batista —insistió Franqui—. Se ha hecho millonario en poco tiempo.

Vino el camarero y tomó la orden. Faustino dijo dirigiéndose a mí:

—Oye, ya es tiempo de que dejes la luna de miel. No basta con que los compañeros se reúnan en tu casa. Más bien pareces un simpatizante que un miembro activo. Tienes que incorporarte de lleno. Ya es un motivo de broma entre nosotros que cada vez que llega uno a tu casa te encuentra en piyama.

Todos rieron. Yo respondí:





—Es cierto, sí. Claro que estoy dispuesto a reincorporarme activamente. ¿Qué es lo que hay?

— El asunto es éste —continuó Faustino—, es necesario hacer un periódico. Un periódico, además de permitirnos divulgar nuestros propósitos, serviría para cohesionar el Movimiento; le daría tarea a mucha gente que ahora no encuentra la forma efectiva de ayudar. Franqui es la persona que hemos escogido para dirigir ese trabajo. Él tiene experiencia y además cuenta con una serie de relaciones que van a facilitar la parte material. Tu papel consistirá en colaborar con él.

—Estoy a la disposición de Franqui —dije yo. Armando intervino:

—Es necesario encontrar un nombre de impacto para el periódico. Tiene que ser una palabra que en sí misma lleve un mensaje. Faustino y yo hemos pensado en Aldabonazo. Aldabonazo tiene el impacto de la cosa de Chibás. Además, su nombre refleja nuestra intención: es un llamado.

—A mí ese nombre no me gusta —dijo Franqui—, está muy ligado a la ortodoxia y a lo que ella significa. A mí me parece que el nombre debe reflejar más la razón de ser del Movimiento. Yo propongo que el periódico se llame Revolución.

—No sé, pero Revolución me suena muy genérico —intervine yo a mi vez—. Hay que buscar un nombre más original, una palabra nueva —de mis lecturas recientes tenía fresco el nombre de *Iskra*, la chispa, el periódico de Lenin—. Quizás La Llama o La Llamada.





Cada uno argumentó sus puntos de vista durante todo el tiempo que duró el almuerzo. Por fin, Faustino decidió que se llamaría *Aldabonazo*, en contra de las vivas protestas de Franqui.

Así se llamó el primer número, pero los siguientes se llamaron *Revolución*, en una decisión medio por la libre de Franqui.

Franqui y yo intimamos rápidamente. Nos veíamos mucho con motivo del periódico, pero también porque nos gustaba mutuamente la compañía del otro.

Se había conseguido una *multilith* para imprimir el periódico. El equipo se guardaba en el garaje de una casa apartada, alquilada al efecto. Con mucha dificultad se consiguió un compañero que estaba dispuesto a habitar aquella casa con su familia. Cuando el periódico estaba, entraba una máquina al garaje y cargaba a puerta cerrada.

Una tarde llegó Franqui a casa, con una mueca en la boca. Supe que algo grave había pasado.

—La Policía ha cogido alguna gente que trabaja en la distribución del periódico. Entre ellos hay quien sabe donde es que se imprime. Hay que mudar inmediatamente la *multilith*, antes de que cojan la casa.

Hizo una pausa para tomar aire, lucía agotado:

—He estado en varios lugares, pero nadie acepta guardar la máquina. No sé qué vamos a hacer.

Analizamos varias posibilidades, pero las desechamos. Franqui se incorporó y se dirigió a la puerta. Me miró en medio de una de sus largas pausas. Al fin dijo:





—No queda otro remedio, ¡la guardaré en casa!
—Pero eso es peligroso, tú vives en pleno Santos Suárez.
Nueva pausa y luego, con decisión:
—¡No hay tiempo que perder!
Y se fue.

Hablábamos siempre de la necesidad de tener un programa.

—Tener un programa es como arribar a la mayoría de edad política —decía Armando.

—Un programa significaría el respaldo de mucha gente que hoy duda de nuestra madurez —decía yo.

—Además, la existencia de un programa nos comprometería ante el pueblo —decía Faustino.

—Por otra parte, un programa nos permitiría ir formando ideológicamente a los miembros del Movimiento —alegaba Franqui.

Se decidió que nos diéramos a la tarea de escribir el programa. Cuando estuviese listo, lo presentaríamos a Fidel para su aprobación y entonces lo haríamos público antes de su llegada a Cuba. Armando quedaba responsabilizado con la parte filosófico-política; Franqui, con la cultura y los problemas sociales; Mario Llerena, con la educación, y yo, con la reforma agraria. Faustino nos había informado que dos economistas del calibre de Felipe Pazos y Regino Boti, trabajaban en una tesis económica del Movimiento.

Con la ayuda de Sabadí, un ex marino expulsado por sus ideas políticas, Paco Chavarry y Hé-





tor Rodríguez Llompart, dos estudiantes universitarios que pertenecían al Movimiento, me di a la tarea de buscar la colaboración de algunos economistas reconocidos. Pero ante el conocimiento de nuestra militancia revolucionaria éstos rehuían cualquier contacto. Decidí acometer solo la tarea, a pesar de nuestra escasa preparación en materia económica.

Trabajábamos en casa. Armando pensaba en voz alta y cuando venía, no nos dejaba trabajar a los demás. Hacía poco que se había casado con Haydée Santamaría, que a veces venía con él. Yeyé —como le decíamos todos— era nuestro ideal de la mujer revolucionaria. Había estado en el Moncada, donde cayeron su hermano y su novio. El trabajo de Llerena avanzaba y venía todas las noches a leernos lo que tenía escrito. Martha, quien entonces estaba en estado, se quedaba invariablemente dormida.

Franqui, que había militado en el Partido Comunista, era el más desarrollado políticamente. Planteaba los problemas que más nos hacían pensar. Una mañana, mientras lo acompañaba a tomar la guagua en la esquina, me dijo:

—El fin último de la revolución debe ser establecer una sociedad comunista. Hasta que no acabemos con la propiedad privada, no lograremos acabar con los vicios de la actual sociedad. Tendremos que nacionalizar las fábricas y la tierra, la educación; llevar de verdad al poder a las masas. Cualquier otra cosa intermedia no es la verdadera revolución.





En aquella mañana dominical no había tráfico en la calle Infanta. Para mis oídos, acostumbrados al fragor del tráfico intenso, aquel silencio era como un vacío. Todo estaba como en suspenso. Algunos padres sacaban a pasear unos niños endomingados, a casa de los abuelos, ajenos a los cambios que Franqui propugnaba y que, sin embargo, de realizarse conmocionarían sus vidas.

A ambos lados de la calle se levantaban altos edificios cuyos propietarios todavía dormían la mañana, o se preparaban para ir a nadar al club. Al otro extremo de la cuadra estaban las oficinas de la Shell, donde en días de semana se trabajaba para extender los intereses de los inversionistas ingleses. En la cuchilla de Infanta y 23 estaba la Ambar Motors y en los altos las oficinas de su dueño, el italiano Barletta, un pequeño Estado dentro del Estado.

Toda aquella calma, todo aquel equilibrio, todo aquel balance saltarían hechos añicos si algún día, lo que decía Carlos Franqui se hacía realidad. Se me puso la carne de gallina ante el pensamiento de lo que podría pasar. Pero, bueno, aquello era un sueño. Con derrocar a Batista e instaurar un gobierno honrado que diera tierra a quienes no la tenían y trabajo a los humildes y defendiera los intereses nacionales, ya podríamos darnos por satisfechos. Los americanos no permitirían mucho más.

Mientras, la tensión iba en aumento. El año tocaba a su fin y Fidel había prometido venir antes de que terminara. Algunos compañeros habían





marchado a México para incorporarse a la fuerza invasora; entre ellos, Faustino. Armando estaba clandestino. El sabotaje arreciaba. Ante la cercanía del desenlace, el entusiasmo revolucionario también iba en aumento.

El cable trajo la noticia de la detención de Fidel en México y la ocupación de las armas. Se decidió que Franqui fuera a México en su condición de periodista, para ver qué ayuda podía movilizar a favor de los detenidos.

Cuando Franqui volvió, lo acosamos a preguntas, Fidel ya estaba en libertad. Franqui había hablado extensamente con él y nos contaba sus impresiones. ¿Qué clase de hombre era Fidel? ¿Cómo pensaba? ¿Cuáles eran sus ideas políticas?

Fidel era un revolucionario cabal. Vivía para la revolución las 24 horas del día. Pero..., ¿cuál era concretamente su doctrina política? Eso no había quedado claro. Fidel solamente hablaba del próximo desembarco en Cuba, del levantamiento que se produciría entonces, de la lucha, de las armas. Su personalidad era desbordante, la conversación marchaba por donde él quería. Sí, le había llamado la atención a Franqui el hecho de que Fidel llevara una medalla religiosa al cuello. ¿Era Fidel religioso? Ni Armando ni Franqui pudieron contestar la pregunta.

—Quizás lleve esa medalla a manera de amuleto o como un recuerdo de familia —aventuró Franqui.

Estuvimos de acuerdo en que era necesario vigilar este aspecto.





Franqui dijo:

—Desde que se fue Faustino, algunos de los grupos de acción andan por la libre.

—Parece un mal inevitable que la gente de acción siempre tienda a desconocer la autoridad civil —argumenté yo.

—Es que se sienten utilizados. Piensan que ellos son los que corren los riesgos. A nosotros, por ejemplo, nos llaman los intelectuales.

—¿De veras? ¡Pero eso es injusto!

—Injusto o no injusto, eso es lo que dicen.

Mi voz sonó tímida:

—Algo debiéramos hacer...

Y Franqui:

—Yo sé dónde conseguir las bombas.

—Bueno, ¡vamos!

Cogimos la guagua en la esquina. Al bajar por la calle 12 vimos el mar, tras el Malecón. El sol acababa de ponerse. Llegamos a un edificio con la pintura desconchada por los nortes y bajamos unos escalones hasta el apartamento del sótano. No se veía a nadie y tocamos a la puerta. Ésta se abrió y apareció Fico en calzoncillos. Entramos rápido. La atmósfera era densa, los pisos de granito llenos de colillas. A través del humo de los cigarros se veían cuatro o cinco jóvenes, también en ropa interior, sentados a una mesa cubierta de niples y alambres. Sobre las camas, yacían decenas de bombas, de todos los tamaños,

Fico explicaba con orgullo.

— Aquéllas son las patas de elefante, del tipo que se usa para volar las torres de electricidad. Y





estas chiquiticas son de percusión, explotan por contacto—. Estaban pintadas de amarillo y reposaban sobre la frazada azul.

Los jóvenes que estaban sentados a la mesa vinieron hacia nosotros y se sentaron en las camas. Yo no apartaba la vista de las bombas amarillas, que se movían con los gestos de los que hablaban. Los muchachos contaban sus últimas anécdotas. Sólo salían de noche, pues todos ellos eran buscados por la Policía. Desde allí se surtían varios grupos de acción.

Un jovencito flaco, con la cara llena de granos, hacía la historia de alguien que se había apenado. En medio de las risas tomó una de las bombitas amarillas y la lanzó al aire. Varios brazos se alzaron para atrapar la bomba. El que la cogió volvió a lanzarla, y así varias veces.

Sentí el sudor aflorar a los poros. Miré a Franqui, que dijo:

—Bueno, Fico, queremos un par de niples. Vamos a hacer un trabajito esta noche.

Cuando estuvimos otra vez en la calle ya estaba oscuro, y respiré con agradecimiento el aire fresco:

—¡Están locos estos cabrones!

—Esos juegos son su válvula de escape —dijo Franqui.

La guagua llegó en seguida.

—¿Se te ocurre algún lugar? —preguntó Franqui.

—No... es temprano, hay mucha gente en la calle.





—Podríamos ir a un cine...

—Siempre registran. Mejor sería en algún comercio.

Subieron dos policías de uniforme que se sentaron detrás de nosotros.

—Mejor nos quedamos en la esquina —dijo Franqui bajito.

Nos bajamos en Línea y fuimos caminando hasta el parquecito que está en Línea y E. Nos sentamos en un banco.

—Ese garaje que está ahí enfrente es de un batistiano —dije.

—Está muy iluminado. Lo bueno sería pasar en carro y tirar la bomba.

—También podríamos ponerlas aquí en el parque, pero esa pareja de enamorados nos ha visto. Tenemos que esperar a que se vayan.

Franqui se puso de pie:

—Nos estamos haciendo sospechosos. Mejor es que nos separemos y que cada cual ponga la bomba por su lado.

Nos marchamos en distintas direcciones. Di varias vueltas y ningún lugar parecía apropiado. Tenía las manos manchadas con la tinta del periódico que envolvía la bomba. Me pareció que las calles se vaciaban y yo andaba solo. Cualquiera que me viera sabría que había sido yo.

Cogí una guagua y me fui a casa.

Cuando el programa estuvo listo, fue acordado que yo viajara a México para presentarlo a Fidel y discutirlo con él. Con el pretexto de asistir a





la boda de un íntimo amigo y antiguo compañero de la Universidad, logré un permiso en el trabajo, e, incluso, una carta de recomendación para las autoridades mexicanas. A duras penas, el Movimiento reunió el dinero para el viaje. Alguien consiguió un abrigo largo, pues ya estábamos a finales de noviembre.

En el aeropuerto, con el maletín lleno de papeles subversivos, me parecía que todos me miraban.

Por fin abordé el avión y me sentí más tranquilo. En Ciudad de México alquilé un hotel discreto. Después fui en taxi a una de las dos direcciones que me habían dado para establecer contacto. Cuando por fin dimos con el lugar me enteré que ya no vivía allí la gente que yo buscaba. Nadie en la vecindad pudo darme razón del paradero de los antiguos vecinos.

Comencé a preocuparme: solamente me quedaba una posibilidad de establecer contacto con Fidel en aquella ciudad inmensa, donde yo no conocía a nadie. Debido a que aún estaban recientes las acciones de la Policía contra los exiliados cubanos, decidí dar algunas vueltas para despistar a posibles seguidores. Cambié de taxi varias veces y en una ocasión, en que tomé un taxi de turistas, acepté que me llevara a ver las ruinas de Teotihuacán. Fuimos por un terreno desértico, con casas de adobe a ambos lados de la carretera. Pasaban los indios. Yo iba absorto en mis pensamientos y prestaba poca atención a lo que en otras circunstancias hubiera despertado mi interés. Las ruinas





estaban llenas de indios que vendían toda clase de artículos. Se veían muchos turistas americanos.

Regresamos al caer la tarde y el chofer me propuso visitar un prostíbulo. Le dije que no y me miró extrañado por el espejito de la máquina. Le di la dirección que me quedaba, en el Pedregal. Según se iba la luz del sol, así arreciaba el frío. Yo había dejado el abrigo en el hotel y ahora tiritaba con todo el cuerpo. Era noche cerrada y aún no habíamos encontrado el lugar. Se sucedían calles con nombres de elementos: Fuego, Aire, Agua. Mi ansiedad crecía. El chofer planteó volver, pero yo insistí en que siguiera buscando. Con las luces del auto alumbró un número sobre una cerca de piedra. Allí era. Todavía no respiré tranquilo. Después de varios viajes del portero, vino una mujer con acento cubano cuyo rostro no podía ver en la oscuridad. Le dije quien era y a que venía, y por fin se abrió la verja de hierro y pude entrar.

En la oscuridad no pude apreciar las características de aquella casa, pero al entrar, al conjuro de la luz eléctrica, me impresionó la riqueza de aquella sala. Nos sentamos en un ángulo de la vasta estancia. La mujer que me había recibido se identificó entonces: era Lidia, la hermana de Fidel. En seguida apareció una mujer bellísima que resultó ser Orquídea Pino, la esposa de Fofó Gutiérrez, un ingeniero mexicano simpaticante de la revolución y dueño de aquella casa.

Me llovieron las preguntas. ¿Cómo estaba Cuba? ¿Había mucho entusiasmo revolucionario? ¿Se levantaría mucha gente al llegar Fidel? ¿Triunfaríamos?





Mi análisis los decepcionó un poco. Otros compañeros que venían de Cuba eran más optimistas que yo. Discutimos. Luego me contaron de los momentos difíciles que habían vivido cuando las detenciones. La Policía mexicana había ocupado parte de las armas. Persistía el peligro de nuevas detenciones. Fidel y los demás miembros de la expedición se hallaban ocultos.

Llegó Melba, a quien conocía de Cuba. También me acosó a preguntas y enfatizó la peligrosidad del momento. A cada rato sonaba el teléfono y Orquídea corría a contestar. Reinaba un gran nerviosismo que yo atribuía a la posibilidad de que la Policía asaltara la casa. Aquél había sido un cuartel de Fidel.

Expuse a Melba el motivo de mi viaje y la necesidad que tenía de ver a Fidel para entregarle los documentos y recibir su autorización para publicarlos de inmediato. Melba me dijo que iba a ser difícil que yo viera a Fidel en aquellas circunstancias, pero que de todas maneras tenía que tratar el asunto con Gustavo Arcos, que estaba a llegar.

Gustavo llegó muy tarde en la noche, acompañado de Fofo. Se repitió una vez más la escena de las preguntas sobre Cuba. Cuando Gustavo supo a qué yo había venido, me dijo que iba a resultar imposible ver a Fidel. Es más, yo debía regresar a Cuba en seguida. El contacto con Fidel debía ser el mínimo, para evitar una nueva detención y así frustrar el cumplimiento de la promesa de desembarcar en Cuba antes de que terminara el año. Ya





casi era diciembre. Batista había sobornado a la Policía mexicana y aquella casa estaba vigilada. Para colmo, tenían retenido allí al presunto autor de la denuncia de las armas. Había que decidir esa misma noche qué hacer con él.

Melba, Gustavo y yo nos sentamos alrededor de la mesa. Las pruebas parecían irrefutables. Se decidió ejecutar al traidor. El problema estaba en cómo desaparecer el cadáver. Después de considerar distintas ideas, Gustavo propuso:

—¡Lancémoslo desde un avión!

—Pero aún así el cadáver caerá en alguna parte —dije yo—, y aunque se desfigure el rostro, puede que lo identifiquen por las huellas digitales. Quizás podamos encontrar un lago.

Discutimos nuevamente y no decidimos nada. Había que turnarse en vigilar al prisionero, pues ya por la tarde había tratado de forzar una ventana. Gustavo hizo la guardia y yo me acosté en un sofá de la sala.

Cuando amaneció, Fofó me despertó, era hora de marcharnos. Me despedí de todos. Reinaba una gran tensión. Cuando íbamos en el auto, Fofó me dijo:

—Es la vida de 82 hombres lo que está en juego.

Comprendí que ya Fidel había partido, pero no dije nada. Fofó arregló lo del pasaje y me pude ir esa misma tarde. Cuando llegué a La Habana, Aldo Santamaría me esperaba en casa:

—Acaba de llegar el aviso. ¡Fidel está en camino!





—La presión sobre Fidel es muy grande —dijo Franqui—, es necesario hacer algo aquí en La Habana.

Del grupo expedicionario quedaban unos pocos. La mayoría había muerto o estaba prisionera. La rebelión en Santiago también estaba liquidada, después de varios días de heroica lucha. En el resto del país no había pasado casi nada, pero Batista había desatado una ola represiva que tenía paralizado a lo que quedaba del Movimiento.

—Si logramos hacer un sabotaje sonado, levantaríamos la moral de la gente —dije yo.

—En el laboratorio del Colegio de Belén hay fósforo vivo —afirmó Paco Chavarry—. Quizás podamos robarlo. Conozco algunos estudiantes allí.

Paco y Héctor lograron hacerse de un frasco de fósforo vivo. Lo repartimos en pequeños pomitos con agua que luego ocultamos en las latas de arroz y azúcar de la cocina.

Eran los días de Navidad y los comercios estaban abarrotados de público. Reinaba el espíritu navideño y la mayoría de la población habanera vivía al margen de la tragedia que se desarrollaba. Decidimos incendiar las principales tiendas de La Habana. Escogimos un sábado, que era el día de mayor afluencia de público. La hora: 5:45 de la tarde, 15 minutos antes de cerrar. Entre Héctor, Paco, Franqui, Sabadí y yo, organizamos cinco grupos, que actuarían en cinco tiendas diferentes, a la misma hora.





Nos reunimos en nuestro pequeño apartamento. Repasamos nuevamente el plan de acción. Repartimos el fósforo vivo y la gente fue saliendo a pequeños intervalos. Yo debía quemar el Ten-Cent. Martha insistió en acompañarme; como estaba en estado, no despertaríamos sospechas. El Ten-Cent estaba lleno. Todo el mundo cargaba paquetes. La música indirecta tocaba villancicos y del techo colgaban bolas de colores. Recorrimos varios departamentos, buscando una oportunidad, pero donde quiera había alguien. Miré el reloj: las 5:40, debíamos actuar. Nos acercamos a una mesa baja sobre la que había una gran pila de alfombras de baño. Martha me cubrió, como si pretendiésemos escoger una. Ya yo había desenroscado en el bolsillo el pomito con fósforo vivo e introduje la mano en el montón de alfombras, vaciando su contenido. Nos erguimos y salimos caminando, esperando en cualquier momento sentir una mano sobre el hombro. Pero nadie se fijó en nosotros y pudimos salir a la calle. Nos paramos en la esquina, como si esperásemos el ómnibus. Al poco rato se armó el correcorre. En medio de la agitación cogimos la guagua.



Poco a poco, la corriente revolucionaria volvió a tomar fuerza. Un día, al volver a casa, me encontré a Faustino y a un joven de aspecto serio y reposado: era Frank País. Faustino venía de la sierra para reorganizar el Movimiento. Fidel, con un puñado de sobrevivientes, quedaba en la montaña al principio, como un símbolo.





El Movimiento de Resistencia Cívica

—Debemos mudarnos de aquí. Esta casa ya la conoce demasiada gente. Ha habido muchas detenciones últimamente y la Policía cada vez usa torturas más salvajes para arrancar confesiones. Lo de estos días fue monstruoso. ¿Te acuerdas de un abogado joven, un tipo muy gordo él, que vino hace poco aquí con Pepe Prieto?

—No —me contestó Martha—, no me acuerdo bien.

—Bueno, de todos modos, la cosa es que se personó en una estación de Policía a interesarse por el compañero nuestro, detenido. Ventura entró en sospechas y lo detuvo a él también. Le hicieron de todo y por último le pusieron una plancha de metal sobre el cuerpo y le entraron a mandarriazos. Así le fracturaron todas las costillas y le produjeron una hemorragia interna que le causó la muerte.

— ¡Son unos verdaderos bárbaros!





—Tuvieron que enterrarlo con el sarcófago abierto, pues el cadáver estaba tan hinchado que la tapa no cerraba.

Otros recuerdos preveleían en la mente de Martha.

—Pero hemos sido tan felices aquí.

—Sí, Martha, pero en estos tiempos esos valores no cuentan, tenemos que buscar otro apartamento.

Después de mucho buscar, encontramos uno, moderno y mucho más amplio, en el Nuevo Vedado, a media cuadra de mi hermana Silvia. Reunía todas las condiciones: tenía dos entradas y estaba en una calle relativamente apartada.

Fui a ver al administrador del edificio en que vivíamos para decirle que nos mudábamos. Mientras arreglaban los papeles, el señor Fontanillas alzó la vista y me dijo:

—Ahora puedo decírselo. Varios vecinos han denunciado que en su apartamento se celebran reuniones clandestinas; sobre todo, la familia que vive al lado suyo. Ella es hermana de un capitán de la Policía, que a veces la visita. Yo he tratado de calmarlos, diciéndoles que usted es un joven que tiene muchas relaciones, dada la índole de su trabajo en la Shell. A usted no había querido decirle nada para no preocuparle. De todos modos me puse de acuerdo con el portero para que si algún día venía la Policía, le avisara a tiempo y le brindara la llave del elevador de servicio.

Y con una sonrisa de complicidad dijo:

—Yo fui revolucionario en tiempos de Machado.

Nos mudamos al otro día. Ni siquiera le dimos tiempo a la Compañía de Electricidad a que





instalara la luz. Esa misma noche, con el apartamento a oscuras vino Faustino a verme. Mientras conversábamos, los ojos de Faustino se fueron habituando a la oscuridad y entonces me dijo:

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Yo he estado aquí antes...

—¡No, no puede ser!

—Sí, estoy casi seguro.

Faustino llamó a Lilliam Mesa, que había venido con él:

—Lilliam, ¿no te resulta conocido este apartamento?

—Sí, tengo la impresión de que hemos estado aquí antes.

—¡Ya sé! —dijo Faustino—, aquí vivía Pepe Llanusa y tuvo que irse porque la casa se “quemó” al llamar la atención de la Policía. Sobre todo que Ventura vive por aquí cerca y pasa por esta calle todos los días.

Martha, que se había acercado, dijo con desconsuelo:

—¿Y ahora qué vamos a hacer? Después que pasamos tanto trabajo.

Pensé en lo que significaría una nueva mudada y decidí:

—¡Pues aquí nos quedamos! Y que sea lo que Dios y Ventura quieran...

Remberto Junquera era uno de los miembros más entusiastas del Movimiento de Resistencia Cívica de La Habana. La Resistencia Cívica era una





organización paralela al 26 de Julio que había surgido en Oriente y en la cual se agrupaban todos aquellos que por diversas razones no se decidían a militar de lleno en el 26. La Resistencia estaba integrada fundamentalmente por profesionales, mujeres, hombres de negocios. Sus principales funciones eran las de recaudar fondos, prestar sus casas para reuniones o para esconder compañeros perseguidos y repartir la propaganda.

Mario Llerena había sido el primer dirigente de la Resistencia Cívica en La Habana, pero al ser descubiertas sus actividades, marchó al exilio. Para sustituirlo, fui yo el designado por Faustino.

Remberto, hojeando una guía telefónica, dijo:

—Es necesario bautizarte con un nombre de guerra. Todos nosotros tenemos uno. ¿Qué se te ocurre, tienes alguna preferencia?

—No, ninguna.

—Hay varias maneras de buscar un nombre. Por ejemplo, tú trabajas en la Shell. Busquemos en la S... Aquí está. Busquemos ahora en la misma línea de la columna de al lado: Ángel Sierra. Bueno, Enrique, a partir de hoy eres Ángel Sierra a todos los efectos de la Resistencia Cívica.

Me gustó el nombre, lo usé durante todo el tiempo que duró la lucha.

Aquel día, Remberto me dejó a una cuadra del lugar de la cita. Fui caminando por la acera buscando el número. Era un edificio de apartamentos de tres pisos. No observé nada sospechoso en los alrededores y entré. Cada cita clandestina era como un gallo tapado que uno se jugaba. Uno





nunca sabía cuando al abrirse la puerta lo recibiría la Policía. Éstos acostumbraban, cuando cogían una de nuestras casas, permanecer en ella durante varios días. Y como no siempre era posible dar aviso a todos los compañeros que aquella casa se había convertido en una trampa, alguno que otro caía inocentemente en las manos del enemigo.

Mientras subía las escaleras sentí el miedo de siempre. Toqué a la puerta y pasaron siglos. Se abrió el postigo, después la puerta: descansé el cuerpo en tensión: era Porro. Adentro había demasiadas personas. La mujer de Porro vigilaba la calle desde atrás de las cortinas. Esperé en el estudio a que terminara una reunión que se desarrollaba en una de las habitaciones. Porro era arquitecto y el estudio estaba lleno de maquetas y dibujos. Absorto miraba un dibujo cuando Porro vino por mí y me llevó ante Faustino, Armando y Yeyé. Cambiamos algunas frases familiares y entonces Faustino fue al grano:

—Te hemos citado aquí para presentarte al ingeniero Ray. Es una persona de importancia, por sus relaciones y los recursos con que cuenta. Nos ha ayudado en el pasado, pero ahora se incorpora de lleno. Hemos pensado que donde puede ser más útil es trabajando contigo, en la Resistencia, pues hay que reforzar el trabajo en ese frente.

—Me parece una buena idea. Sé quien es Ray. Una vez fui a pedirle trabajo y no me lo dio. Ahora me toca a mí emplearlo. Son cosas de la revolución.

Pasaron a Ray. No se acordaba de mí. Entramos en materia. Ray tenía muchas ideas y parecía





muy entusiasta. Había organizado algunas acciones por su cuenta y ahora estaba refiriendo lo que aportaría al Movimiento, cuando se abrió la puerta y se asomó la mujer de Porro:

—Hay un movimiento extraño en la calle. Una perseguidora ha dado varias veces la vuelta a la cuadra.

Todo el mundo empezó a hablar al mismo tiempo. Faustino impuso el orden. Había dos alternativas: tratar de saltar a la azotea del edificio de al lado, o salir uno por uno a la calle, a ver qué pasaba, pues siempre existía la posibilidad de que fuera una falsa alarma. Se optó por la segunda alternativa. Alguien debía ser el primero. Pensé esperar a que otro se brindara, pero mi conciencia me empujó a ofrecerme. Bajé las escaleras con el cuerpo contraído, como si se me pusiera duro por dentro. Cuando llegué a la salida, bajé los últimos peldaños, esperando sentir en el cuerpo los impactos de las balas. Caminé sin mirar a los lados y cuando llegué a la esquina, Remberto no estaba. Dos cuadras más lejos, mientras esperaba la guagua, se acercó el carro de Remberto y me recogió. Él también había visto la perseguidora.

Después supimos que la alarma había sido infundada.

Carlos Franqui se dirigía continuamente a la ventana, mirando por las persianas:

—¿Tú sabes que Ventura vive por aquí?

—Sí, lo sabía. Me lo dijo Faustino.

—Hay que tener cuidado, Ventura es un tipo muy hábil.





—No te preocupes, a mí no me conoce.

—Si caigo preso otra vez, me mato antes que soportar las torturas.

Traté de desviar la conversación:

—Ayer estuvo aquí tu mujer, con Carlitos. Hacía tiempo que no lo veía, está grandísimo. ¿Te acuerdas cuando era un niño de brazos lo bien que se daba conmigo?

—Sí, ha crecido Carlitos.

Se dirigió nuevamente a la ventana:

—No tienes idea de lo que son capaces. El día del ataque a Palacio, estando yo preso, se volvieron unos corderos. Hablaban de que sus jefes los obligaban a hacer lo que hacían. Hablaban en voz alta, para que los oyéramos. Pero cuando cayó la noche y se supo que el ataque había fracasado, se ensañaron con nosotros. A mí me sacaron al patio varias veces y me rastrillaban las armas. Ya yo lo que quería era morirme.

—Y para colmo de males, tienes úlceras. Todavía no estás bien. Tienes que cuidarte. Lo mejor sería que te fueras al extranjero un tiempo y te recuperaras, después podrías volver. Así como estás ahora no puedes ayudar mucho y viviendo en la clandestinidad nunca podrás curarte.

—No, si estoy mejor. No es necesario que me vaya al extranjero, mi lugar está aquí. Ven acá, ¿conoces a la gente donde voy a parar?

—No, la casa la consiguió Arnold; se trata de un antiguo amigo suyo. Además, se les informó de tu estado de salud y ellos están dispuestos a cuidarte.





—¿Viste la casa? ¿Tiene buenas salidas? Espero que ese amigo de Arnold no esté chequeado.

—Mira, Carlos, la casa se buscó con todo cuidado. Arnold conocía bien las condiciones. Por otra parte, no hay mucho donde escoger, después de lo de Palacio, no hay mucha gente que brinde su casa para esconder a un perseguido.

Se sintió el ruido de una máquina que llegaba. Carlos corrió a la ventana:

—¡Se ha parado una máquina frente al edificio! Me asomé yo también.

—Es la nuestra, vámonos.

Bajamos las escaleras. Franqui miraba a ambos lados. Entramos a la máquina y partimos. Cuando íbamos llegando, le dije a Franqui:

—Tenemos que inventarte un nombre. ¿Cuál quieres?

—Di tú, cualquiera me viene bien.

—Te llamaremos Félix Capote —dije, recordando de alguna parte aquel nombre.

Parqueamos en la acera opuesta. Cruzamos la calle y penetramos en un viejo edificio. Subimos hasta el segundo piso y tocamos a la puerta. En seguida abrieron, seguramente nos habían visto llegar.

El joven que nos abrió dijo:

—Adelante, yo soy el amigo de Arnold Rodríguez.

Penetramos en la sala. Señalando a Franqui, dije:

—Éste es el compañero Félix Capote, que viene a quedarse aquí.





Aquel joven nos miró asombrado. “Algo está mal”, pensé, y pregunté preocupado:

—¿Qué pasa?

—Félix Capote me llamo yo —dijo el joven.

La marea revolucionaria subía día a día. En la Sierra, Fidel obtenía sonados triunfos para las armas rebeldes: La Plata, Palma Mocha, Uvero.

En homenaje a la fecha del 26 de Julio se produjeron los ataques a Estrada Palma, Bueycito, Minas y San Pablo de Yao. Algunos nombres comenzaron a hacerse legendarios: Juan Almeida, Guillermo García, Ernesto Guevara. La sierra, además de símbolo comenzaba a alcanzar, como método de lucha contra la tiranía, al llano.

En las ciudades, la lucha se recrudecía también. Cientos de compañeros se habían inmolado ya. Al sólo nombre de Ventura o Carratalá, se estremecían las familias cubanas.

El Movimiento había definido la táctica del momento: huelga general apoyada por la lucha armada. Se trabajaba hacia ese objetivo, cuando llegaron las primeras noticias:

“Frank País ha sido asesinado en una calle de Santiago. La ciudad se ha declarado en huelga”.

En días sucesivos, nuevas ciudades fueron uniéndose al movimiento de protesta. El cadáver de Frank era una bandera. Holguín, Camagüey, Santa Clara, Matanzas, fueron declarándose ciudades muertas. El paro espontáneo había llegado hasta las mismas puertas de La Habana. Tan sólo en la capital, la vida parecía indiferente ante la muerte.





Al final de la calle estaba la casa. Toqué y me identificaron a través de las persianas. Cuando entré vi a Faustino sentado alrededor de una mesa con varios compañeros. Tenía el rostro demacrado: hacía apenas unos días que había sido puesto en libertad, después de una huelga de hambre en la cárcel. Me invitó a sentarme y continuó la exposición que mi llegada había interrumpido.

—Nadie mejor que nosotros mismos sabe que no estamos listos para la huelga general. La organización del Movimiento es muy deficiente todavía y nuestro control efectivo sobre los centros de trabajo, muy débil. Sin embargo, la muerte de Frank ha logrado lo que nuestra organización no podía: paralizar a todo el país, a excepción de La Habana. Si logramos paralizar La Habana, la huelga sería completa y Batista caería en pocas horas. Quien conozca las dificultades de la lucha en La Habana y las características de esta ciudad, donde el Gobierno cuenta con todos los recursos del poder, sabe que el éxito no resulta fácil. Es más, si fracasamos, corremos el riesgo de perder todo lo que hemos construido hasta ahora. He ahí la disyuntiva: o dejamos pasar este momento en que el pueblo se ha ido por delante de nosotros, en espera de estar mejor preparados, o nos jugamos el todo por el todo a favor de la huelga. Quisiera oír la opinión de los compañeros al respecto.

Todos los presentes se pronunciaron a favor de apoyar la huelga. Faustino continuó:

—Bien, es un criterio unánime. Ahora tenemos que fijar una fecha para conocimiento de todo





el pueblo y ese día apoyar la huelga con las armas que tengamos a mano.

Se estimó que era necesario un mínimo de tres o cuatro días para crear las condiciones. La fecha escogida fue el lunes 5 de agosto. Nadie debía volver al trabajo después del fin de semana. El objetivo principal debía ser paralizar el transporte. Faustino fue impartiendo instrucciones a los distintos compañeros. A mí me dijo:

—En cuanto a ti, tienes mucho trabajo por delante este fin de semana. La Resistencia Cívica debe desempeñar un papel importante en lograr que nadie vaya al trabajo el lunes. Ésa es la consigna para ustedes. Pero hay algo más que debemos lograr, dadas las relaciones que ustedes tienen con los dirigentes de las organizaciones cívicas. Es necesario que éstas emitan un manifiesto en el cual se pida la renuncia de Batista.

Me quedé atónito.

—Faustino, ¿tú sabes lo que estás pidiendo? Las organizaciones cívicas están buenas para pedir la armonía entre los cubanos, ¿pero te imaginas a los dirigentes de las asociaciones religiosas, de las instituciones culturales, del Club Rotario, pidiendo la renuncia de Batista?

La mirada de Faustino penetraba en mí, como tratando de inyectarme la posibilidad de la idea. Después, con una sonrisa:

—No quiero volver a verte hasta que traigas el manifiesto.

—Esto es como una despedida para siempre —dije yo.





Quando me disponía a marcharme, me acordé.
—Oye, Faustino, conozco alguna gente del sector de comunicaciones, ¿quieres que les hable? Faustino dijo que sí.

Convoqué una reunión de los dirigentes de la Resistencia. Expuse las instrucciones recibidas de Faustino. Acordamos la forma de transmitir la consigna de huelga y todo el mundo se dio a la tarea.

Después, llamé por teléfono al doctor Raúl Velasco, presidente del Colegio Médico y de las Organizaciones Cívicas. Cuando salió al teléfono:

—Doctor...

—Dígame.

—Le habla Sierra.

—Sí, dígame, Sierra.

—¿Lo puedo ver en seguida en su casa? Es urgente.

—Sí, venga.

Quando llegué a su casa, Velasco me esperaba intranquilo. Se imaginaba algo gordo. Pasamos a su despacho. Me preguntó:

—¿Qué pasa?

—La Dirección del Movimiento ha decretado la huelga para el lunes que viene. Es necesario que ustedes emitan un manifiesto en el cual se pida la renuncia de Batista.

—¿La qué? ¿La renuncia? ¡Ustedes están locos! ¡Eso es imposible! Estoy seguro de que nadie estará de acuerdo.

En esos momentos hablé como Faustino:

—Ahora o nunca, no hay tiempo que perder.

Velasco se pasaba las manos por la cabeza:





— Ya es la tarde del viernes, la mayoría de la gente debe estar fuera de La Habana.

”Repito que estoy seguro que no obtendremos nada, pero de todos modos trataré de reunir al Comité Ejecutivo para plantearle el asunto”.

—Mire, doctor, no basta con plantearle el problema, es necesario que usted haga el mayor esfuerzo por obtener el manifiesto. No olvide que a usted lo consideramos como a uno de los nuestros.

—Yo solamente quiero lo mejor para Cuba.

—Por eso mismo, usted cuenta con nuestra simpatía. Su participación en este asunto es una garantía para nosotros.

—Ah... pero desgraciadamente no todos piensan así. Hay quienes me combaten porque ven en mí un competidor. Tal es el caso de Miró, por ejemplo. Yo puedo asegurarles que no me mueve ninguna ambición personal. Si algún día el mejor destino de la Patria exige que ocupe alguna posición pública, lo tomaría como un verdadero sacrificio, ¡créame!

—No, si se lo creo. Usted, aunque no lo sepa, es un revolucionario y en estos momentos debe actuar como tal... Sabemos que con su prestigio y su habilidad obtendrá el manifiesto.

—Tenga la seguridad que haré todo lo que esté a mi alcance y que si fracaso, es que otros no han querido

No fue hasta el sábado por la mañana que pude reunirme con García, el de las comunicaciones.

—García, la Dirección del Movimiento me ha comisionado para que solicite tu apoyo para la huel-





ga. El dominio que ustedes tienen del sector permitiría paralizar las comunicaciones del país.

—No lo creas, hay otros a quienes hay que sumar para lograr ese propósito: los telefónicos. Ellos manejan parte de la red de comunicaciones. Si ellos van a la huelga, nosotros vamos también.

—¿Por qué condicionar la participación de ustedes a la de ellos?

García meditó alguna respuesta lógica:

—La participación de ellos sería una garantía de éxito.

—¿Nos podrías facilitar el contacto?

—¡Cómo no! Yo personalmente te llevaré a ver a Rubiera, el secretario general del sindicato. Llámame esta tarde.

Tenía un recado. Velasco quería verme en el apartamento del doctor Pérez Fernández a las 2.

Pérez Fernández en persona me abrió la puerta y me llevó a un despacho con aire acondicionado, donde me esperaba Velasco. Después de los saludos, Velasco dijo:

—Malas noticias. Se niegan a emitir el manifiesto. Alegan que eso sería la liquidación de su papel mediador en la crisis nacional. Además, no pude reunir ni siquiera a la mitad de los delegados.

Me senté en un sillón bajo el peso de la noticia. Cuando se había vertido la sangre de Frank, aquella gente se iba de fin de semana fuera de La Habana, pensé, pero dije:

—La razón que usted me da no es valedera. Las organizaciones han actuado, o mejor dicho, no





han actuado, bajo el influjo del miedo. La respuesta es inaceptable y sé que Faustino la rechazará.

—Son muy duras sus palabras. Usted debe comprender que no pueden pensar igual los miembros del 26 de Julio que los miembros de las organizaciones cívicas. Tampoco tienen lo mismo que perder.

—Eso es verdad. Nosotros podemos perder la vida, ustedes la tranquilidad.

—No hay que ponerse así, podemos seguir tratando...

—Yo voy a ver a Faustino y después les aviso.

Faustino no quería saber de otra cosa que no fuera la entrega del manifiesto. Así se lo hice saber a Velasco, quien quedó en volver a reunir a los representantes de las organizaciones.

Mientras, García me informaba que al otro día por la mañana, Rubiera nos esperaba en el Club Telefónico, en Guanabo. Por la noche me reuní en casa de Junquera para chequear el trabajo de la Resistencia. Toda La Habana sabía ya que la huelga sería el lunes, pero no todos estaban dispuestos a correr el riesgo de faltar al trabajo o no abrir las puertas de su negocio u oficina. Todo el mundo planteaba la necesidad de paralizar el transporte como justificación para no ir a trabajar. Eran pocos los que estaban dispuestos a declararse abiertamente en huelga. El Gobierno había amenazado con despedir a todo aquel que faltara al trabajo.

Al otro día era domingo. Salimos a media mañana hacia Guanabo. El mar se veía muy azul,





salpicado de pequeñas manchas de espuma. La temporada de playa estaba en su apogeo y había bastante tráfico en la carretera. Llegamos al Club. En la barra, los hombres bebían cerveza y jugaban al cubilete. Por el vasto patio interior desfilaban preciosas mujeres con pantalones muy ceñidos. La victrola tocaba a todo volumen. La gente hablaba en voz alta. Se oían risas y también gritos de niños. Al fondo recostado en una silla de extensión, un hombre trigueño, de fino bigote, me extendió la mano: era Rubiera. Lo rodeaban cuatro o cinco personas. Cuando vio que yo los miraba, dijo:

—Son de confianza, puedes hablar.

Le expuse la necesidad que había de que el sector telefónico se fuera a la huelga. Era necesario paralizar las comunicaciones. El movimiento de unas caderas distrajo la atención de Rubiera. Después, con un guiño de picardía, dijo:

—La verdad es que nosotros no tenemos mucha fe en el éxito de la huelga. Nosotros sabemos lo que es organizar una huelga y en tres días no hay Dios que lo haga...

—Pero en esta ocasión existen condiciones especiales: la muerte de Frank País, la cantidad de ciudades muertas...

—Pero La Habana es diferente. La Habana es muy grande y cuesta mucho trabajo moverla. No es como un pueblo chiquito, donde todo el mundo se conoce.

Dos mujeres en trusa pasaron saludando. Rubiera continuó:





—¿Por dónde iba? Ah... sí, decía que un dirigente sindical tiene una gran responsabilidad con la masa que dirige. Yo no puedo embarcar a los trabajadores telefónicos. Ellos confían en mí. He sido su dirigente durante muchos años.

—García está dispuesto a ir a la huelga —dije yo.

García aclaró, con una sonrisa forzada:

—Solamente si van los telefónicos.

—En realidad, quienes deciden esta huelga son los guagüeros —dijo Rubiera—. Si ellos van a la huelga... ¡vamos nosotros también!

A punto de perder la paciencia, dije:

—¡Esto es lo de nunca acabar! Los guagüeros dirán que lo decisivo es que se vaya la luz y que, por lo tanto, si van los eléctricos a la huelga, también irán ellos.

Rubiera reía a carcajadas:

—¡Muy bien! ¡Muy bien! Magnífico chiste.

Y se quedó mirando el trasero de una gorda que se había agachado a recoger algo que había caído al suelo.

Comprendí que perdía el tiempo y me abrí camino por entre el molote de gente que se divertía. Una vez más, me reuní con Velasco en casa de Pérez Fernández. El ambiente había mejorado.

Comprendí que había una solución. Entramos al ya familiar despacho y cuando estuvimos sentados, Velasco dijo:

—Ha habido que librar una gran batalla, pero hemos salido triunfantes. ¡Hemos logrado el manifiesto!





Dije emocionado:
—¡Éste es el golpe definitivo! ¿Dónde está el manifiesto?

—Se está redactando —aseveró Velasco. Había un ligero cambio en su rostro.

—¿Pasa algo? —pregunté, poniéndome en tensión.

—Hay un problema... El acuerdo es de entregar el manifiesto solamente, si el lunes amanece paralizado el transporte. De otro modo, los representantes no confían en el éxito de la huelga.

—¡Pero eso es una mierda!

Nadie habló. Yo esperé hasta calmarme. Entonces me despedí y fui a informar a Faustino. Nuestros compañeros del movimiento obrero habían trabajado arduamente durante el fin de semana, tratando de asegurar la huelga. El sindicato de los guagueros estaba dividido. De todos modos, Faustino había dedicado especial atención a la preparación de los grupos de acción, que debían tirotear cualquier vehículo que saliera a la calle el lunes.

Tarde en la noche, llegué a casa de mi hermana, extenuado. Decidí dormir allí, por si acaso. Mi actividad en los últimos días había sido muy aparente. Al otro día era la huelga y había que tomar todas las precauciones.

La luz del día, que entraba por las persianas abiertas de la ventana, me despertó. Abrí y cerré los ojos hasta acostumbrarme a la claridad, a la vez que mi mente se despejaba. Cuando comprendí que





era la mañana de la huelga, me enderecé de un salto en la cama. A través de la ventana y por entre los árboles se divisaban trechos de la calle 26.
Vi pasar las guaguas.





La lucha en Las Villas

Fumaba un cigarro tras otro. La escena me recordaba las páginas de humorismo de las revistas, en que aparecen los futuros papás haciendo antesala en el hospital y el piso lleno de colillas. Sin embargo, ese recuerdo no hizo menos seria para mí la situación. La madre de Martha trataba de leer, sin conseguirlo. Nos miramos para infundirnos ánimo, pero no lo logramos y seguimos en silencio.

De pronto se abrió la puerta de la habitación y apareció la enfermera:

—¡Felicidades, es un varón!

Traté de controlar mis emociones, pero las lágrimas corrieron por mis mejillas y ya no me importó que me vieran llorar. Sentí que a partir de aquel momento podía morir, sin que mi existencia se perdiera en el olvido.

Tenía Frank muy pocos días —le llamamos Frank País— cuando la Shell me trasladó a Santa Clara en calidad de ingeniero asesor técnico en las





provincias centrales del país. Mi trabajo consistía en visitar las industrias de la provincia y asesorarlas en el uso de los productos Shell. La Compañía me había dotado de un automóvil y podía moverme libremente, según mi criterio. Tenía la ventaja de trabajar en una empresa que el pueblo consideraba batistiana, debido a las vinculaciones que existían entre Batista y Julio Iglesias, el presidente de la Shell. Cuando llegaba a cualquier lugar, me identificaba como ingeniero de la Shell y no tenía problemas. Siempre llevaba chucherías que la empresa repartía como propaganda. A veces, cuando el Ejército bloqueaba las carreteras con sus registros, yo obsequiaba a los soldados con un almanaque, o un lapicero, y pasaba los materiales clandestinos sin mayores consecuencias. Me miraban como a uno de los suyos. Aquello facilitaba extraordinariamente el trabajo.



Llegué a Santa Clara después de ocurrido el levantamiento de Cienfuegos. Visité a los dirigentes del Movimiento en la provincia. Ya no había nada que hacer. Era otro intento que fracasaba, pero que, al mismo tiempo, allanaba el camino.

Finalizando el año, la Policía logró arrancar a un miembro del Movimiento la confesión de quienes eran sus dirigentes en la provincia de Las Villas. Todos fueron detenidos y el Movimiento quedó sin cabeza. La Dirección Nacional decidió que yo asumiera la jefatura de la provincia en el cargo de Coordinador. Como el delator conocía a fondo la organización del Movimiento, decidí que haríamos una reorganización sobre la base de caras nuevas.





Nadie podría conocer a nadie que no fuera un eslabón directo en su trabajo conspirativo.

No resultaba fácil encontrar la gente para cubrir los cargos de responsabilidad. Una cosa era comprar un bono, repartir una proclama, pero otra, ocupar una jefatura. El castigo para lo primero podía ser el encarcelamiento, hasta la tortura, para lo segundo, la muerte. La lucha en 1958 era difícil; teníamos ya miles de mártires. Con sus detenciones, la Policía acababa de quebrar el Movimiento. Había que pensarlo dos veces para aceptar un cargo.

Con gran esfuerzo fuimos cubriendo las distintas posiciones. Había escogido entre los antiguos cuadros a tres compañeros para que actuaran como mis auxiliares directos: Guillermito Rodríguez, mi cuñado, y dos muchachas: Teresita Caballero y Aleida March. Conocían cada rincón de la provincia. Descansando fundamentalmente en su criterio, designamos para dirigir la sección de Acción a Víctor Paneque, *Diego*, que se había “quemado” en Holguín y ahora luchaba clandestinamente en Santa Clara. Era un ex soldado que había estado preso por desafecto al régimen. De procedencia campesina, su cultura era escasa, pero como los campesinos, combinaba la superstición, la desconfianza y la tozudez, con una gran luz natural. Era un hombre valiente, de un aspecto recio que inspiraba confianza.

En Finanzas, Joaquín Argüelles, y en Resistencia Cívica, *Totó* Gómez Lubián, un médico que no temía ocupar el cargo. Su hijo *Chiqui*, de 21





años, estudiante de medicina y poeta, había presentado la muerte.

*La dama blanca besó mi frente
con beso casto, beso de hermano.
Besa la frente la dama blanca
a los que deben morir temprano.*

El 26 de mayo de 1957, *Chiqui* había muerto destrozado por una bomba.

En Propaganda, designamos originalmente a un compañero que resultó ser más escurridizo que una anguila a la hora de correr algún riesgo. Después nos mandaron a un negrito, estudiante de ingeniería, que se había “quemado” en La Habana y a quien llamamos Bonifacio. En cuanto al responsable obrero, su designación quedó en espera de que el responsable nacional de ese frente, *Mario* —David Salvador—, lo designase.

Con anterioridad, todo el mundo iba a Santa Clara para hablar directamente con el coordinador provincial. Ahora restablecimos el nivel intermedio: la zona. La de Sagua, con sus términos aledaños; la zona de Remedios, que comprendía también a Caibarién y Yaguajay; Sancti Spíritus, que incluía a Trinidad; la zona de Cienfuegos, y la zona central de Santa Clara.

Yo sólo trataba con los jefes de zonas. Era muy rígido en cuanto a que no se conociera quién era yo. No era solamente la Policía quien trataba de establecer mi identidad, sino los propios miem-





bros del Movimiento, acostumbrados a estar siempre “en la viva”.

El movimiento guerrillero de la provincia era incipiente y estaba concentrado en las lomas del Escambray. Era comandado por el Directorio Revolucionario. En la región llana del noroeste operaba, en condiciones muy difíciles, una pequeña guerrilla del 26 de Julio, al frente de la cual estaba un obrero azucarero de apellido Bordón.

La organización del Movimiento era muy endeble. Se trabajaba en forma anárquica y todo dependía de contactos personales casuales. La reorganización del Movimiento en la provincia se haría sobre la base de seleccionar a los más capaces para las responsabilidades principales. Pasarían a un plano secundario quienes estuviesen “quemados”, hasta que se “refrescaran”. Castigaríamos severamente a quienes hablaran más de la cuenta. Paralelamente debíamos incrementar el sabotaje y comenzar los atentados a las figuras del régimen ya los chivatos, como una forma de romper la moral del enemigo. Asimismo había que intensificar el trabajo en el sector obrero, mejorar la distribución de la propaganda y aumentar la recaudación de fondos.

Construiríamos una verdadera organización secreta.

Por la ventanilla entreabierta del automóvil se colaba el aire fresco de la madrugada. Me ayudaba a combatir el sueño. Estaba durmiendo poco últimamente. Las reuniones clandestinas se prolongaban hasta altas horas de la noche. Además, tenía





que realizar mi trabajo regular: visitar las industrias que usaban nuestros productos. No podía descuidar esto, que era mi fuente de ingresos, al mismo tiempo que la fachada tras la cual escondía mis actividades clandestinas.

Hoy quería llegar temprano para visitar los dos ingenios azucareros de la zona y la tenería del pueblo. Almorzaría en el restaurante frente al mar, que era famoso por sus mariscos, y después dedicaría el resto del día a reunirme con los dirigentes del Movimiento.

Aquélla sería una reunión polémica. Había problemas en la zona. El coordinador, a quien llamábamos el Guajiro, argumentó que el teniente Masvidal, de la Guardia Rural, había implantado el terror en la región; que tenía paralizado al Movimiento. Masvidal, en tres meses, había asesinado a más de 20 jóvenes, obreros y estudiantes del pueblo y los ingenios

Pero si bien todo aquello era cierto, la Dirección Provincial no podía aceptar que la acción represiva de un Masvidal paralizara la acción insurreccional, pues con cien Masvidales la dictadura podría liquidar el movimiento revolucionario. Por cada golpe de Batista, nosotros debíamos dar dos, al precio que fuese. La lucha siempre debía ir en aumento, en forma sostenida. Un bache podría significar perder impulso, una regresión. Los crímenes de Masvidal, en lugar de temor, debían engendrar odios más profundos.

No cabía duda que la situación resultaba difícil. El Guajiro hacía lo que podía. Pero su actitud





era derrotista. Veía en Masvidal un azote casi sobrenatural. El Guajiro, personalmente, era un muchacho valiente. Últimamente, ante la escasez cada vez mayor de hombres dispuestos a correr riesgos, él intervenía en la mayoría de los sabotajes. La tensión nerviosa estaba al quebrarle.

Nosotros también le habíamos presionado duramente y el Guajiro estaba cogido entre nuestras demandas y la imposibilidad de tomar la ofensiva sobre el teniente Masvidal.

Yo iba dispuesto a quitar al Guajiro: sería lo mejor para él y para el Movimiento. Un hombre nuevo movilizaría nuevos recursos; quizás si la propia inexperiencia le hiciera acometer tareas que el Guajiro consideraba imposibles.

En la noche todavía oscura me pareció ver un punto rojo. Se encendía y se apagaba. Comencé a disminuir la velocidad. Debía ser el intermitente de algún carro. Sería alguien que había sufrido un desperfecto o estaba ponchado. A lo mejor me pedían ayuda y tenía que parar y perder tiempo. Quería llegar temprano. Lo mejor sería seguir de largo. Comencé a divisar una mole borrosa. Pretendería no haber visto la señal y seguiría de largo. Era un camión. Sin embargo, si hacía señas, debía parar. Era de leche, pintado de amarillo. Más de una vez me había visto yo en la necesidad de pedir ayuda y entonces fulminaba con la vista a quienes pasaban de largo. La carretera estaba bloqueada: había dos hombres parados y un bulto en el suelo. Frené detrás del camión de la leche y apagué el motor.





Bajé del automóvil. Los dos hombres me miraron, pero no dijeron nada. Me acerqué y vi tendido en el pavimento a un hombre grande, que vestía pantalón y camisa de mangas cortas, sin zapatos. Las medias oscuras contrastaban con la piel blanca de sus piernas. Los ojos estaban abiertos y las pupilas brillaban a la luz de los faroles del camión. Comprendí que aquel hombre era cadáver.

Había algo familiar en aquel cuerpo sin vida, que atraía mi mirada. No podía apartar los ojos de aquel rostro. Rojos verdugones cubrían los pómulos y la frente. Por la boca, de labios muy hinchados, asomaban algunos dientes y faltaban otros.

Di unos pasos y me apoyé en el guardafango del camión. Los hombres me miraron extrañados. Uno preguntó:

—¿Lo conoce usted?

—No... —mentí—, es la visión de la muerte.

—Sí, no es nada agradable.

Después, el otro dijo:

—Parece que lo arrollaron y siguieron de largo.

Yo sabía la verdad. Alcé los ojos y vi la primera claridad en el cielo. Contra la línea del horizonte comenzaban a perfilarse las palmas reales. Tomé conciencia de los ruidos de la vida, que despertaba.

—¿Quién será? —dijo una de las voces.

Y su nombre se iluminó en mi mente: el Guajiro. Uno de los hombres volvió a hablar:

—Avisamos al pueblo con una máquina que pasó ya hace rato.

No quise iniciar una conversación y contesté con un gruñido. Mirando a la cara del Guajiro quise





recordarlo como era en vida. Quise imaginar una muerte heroica, pero tan sólo me asaltaron ideas terrenas. Ahora el sol empezaba a salir. Había nubes en el cielo y el sol las teñía.

Al poco rato llegaron un carro fúnebre y un automóvil del cual bajaron varios hombres. Sobre una camilla colocaron el cadáver, cada vez más hinchado; los rasgos empezaron a borrarse. Lo metieron en el carro fúnebre y la pequeña caravana partió. Yo los seguí a distancia.

El pueblo dormía todavía. Las calles vacías. Los carros se detuvieron frente a un edificio viejo con la fachada pintada de amarillo. Entré y me senté en una silla. Las ideas bailaban en mi mente y no se ordenaban.

Vi pasar al padre del Guajiro, despeinado, con la barba sin afeitar. Después volvió y cuando pasó a mi lado me vio, pero siguió de largo y se detuvo en el marco de la ancha puerta de entrada. Su silueta se recortaba oscura contra el cielo claro. Me acerqué sin saber qué decirle y su voz quebrada llegó hasta mí:

—¿Por qué, Dios mío, por qué?

El olor dulzón de la caña molida se esparcía en la atmósfera. Venía en la brisa, desde los ingenios. A ambos lados de la carretera se veían los campos donde los macheteros parecían langostas que devorasen las verdes cañas. Precisamente, en esa zona, el tráfico de carretas y camiones de caña era más intenso, donde la carretera estaba más maltrecha. A pesar de los esfuerzos que hacía, no





lograba evitar caer en uno que otro bache y sentía como en carne propia los crujidos del automóvil.

A mi lado, Teresita leía el último número de la *Carta Semanal* del Partido Socialista Popular (PSP).

“La oposición política, por su parte, contribuye a la confusión y a obstaculizar la lucha contra la tiranía con su desunión y con la dispersión de sus tácticas. De una parte, están los que aceptan la convocatoria electoral del gobierno y rehúsan hacer cualquier esfuerzo por cambiar su carácter antidemocrático, por lograr garantías y derechos que le dieran un carácter solucionador. De otra parte, están los que se niegan a acudir a cualquier tipo de elección si previamente no dimite el gobierno y todo lo fían a la acción armada guerrillera por sí sola, o al contragolpe, al terrorismo y al *putsch*, o, inclusive, a la mera abstención pasiva. En otra posición están los que entienden que es posible dar un primer paso con unas elecciones verdaderamente solucionadoras, rodeadas de garantías —que serían efectivas por la movilización nacional—, y sostienen que, en todo caso, esa solución o el derrocamiento del gobierno, si éste cierra en definitiva las vías electorales, ha de venir por la movilización unida, arrolladora, de las masas, como acaba de ocurrir en Venezuela”.

—¿Es eso lo que dice el manifiesto de los comunistas? —pregunté, mientras maniobraba para evitar un bache, lo que en definitiva no pude lograr—. ¡Mira como está la carretera! Ni se sabe





los años que hace que no la arreglan. ¡Se lo roban todo! ¿Tú crees que esta gente va a soltar el jamón en unas elecciones, porque los comunistas quieren? Pero, ¡qué ingenuidad!

Sólo después supe que esta línea del Partido era cuestionada por muchos de sus propios militantes.

—Me plantearon que quieren conocerte y hablar contigo.

—¿Para qué? ¿Para repetirme lo que dice el manifiesto? No, diles que no tengo tiempo.

—Mira, Enrique, yo creo que debes verlos de todas maneras. Siempre es bueno intercambiar opiniones.

—Bueno, ya veré, yo te aviso. Ven acá, ¿viste lo de Bordón?

—Sí, estuve hablando con la gente de Sagua. Ellos se quejan de que Bordón es un indisciplinado, que no les hace caso y que lo que quiere es andar por la libre.

—Yo creo que lo que debemos hacer es mover a Bordón hacia el centro de la provincia y ponerlo directamente bajo el mando de la Dirección Provincial.

—Ésa sería la mejor solución, pero hay que convencer a la gente de Sagua, porque ellos lo que piden es la expulsión.

—Bueno, convéncelos y después tú y Diego entrevistense con Bordón.

Atravesamos Palmira. Volvimos a conversar:

—¿Y qué te parece lo de Faustino? —preguntó Teresita.

—¡Que fatalidad! ¡Caer en manos de Ventura!





—¿Y a quién han designado para sustituirlo?

—A Marcelo Fernández. Su nombre de guerra es Zoilo.

Nos acercábamos a Cienfuegos.

—Teresita, ¿estás segura de que este médico que vamos a ver es el hombre que necesitamos?

—Seguro, es lo mejor que queda en Cienfuegos, después de lo del 5 de septiembre.

—¿Tú crees que acepte la coordinación de la zona?

—Yo creo que sí. Mira, dobla por esta calle, allí donde está parqueado aquel carro rojo y blanco está la consulta.

Parqueamos frente a la consulta. Sobre la pared, se leía en una placa: Dr. Serafín Ruiz de Zárate. Enfermedades de la Piel. Era cerca del mediodía y solamente quedaba un turno por atender. La recepcionista transmitió el nombre de Teresita y contestó que el doctor nos atendería pronto. Nos sentamos a leer unas revistas. Entró y salió el último turno y pasamos nosotros. En un despacho elegante nos recibió un hombre joven, de aspecto agradable. Teresita nos presentó:

—Serafín: el compañero Sierra, de quien ya te he hablado.

Nos dimos la mano y nos sentamos. Tomé la palabra:

—Doctor, como usted sabe por Teresita, estamos reorganizando la provincia. Hemos creado cinco zonas, una de las cuales es la de Cienfuegos. Ahora, en estos momentos, esta zona carece de jefatura. Después del levantamiento del 5 de septiem-





bre, el Movimiento en Cienfuegos no ha logrado recuperarse. Esta ciudad es demasiado importante para permitir que pase más tiempo sin que el 26 de Julio vuelva a estar activo. Es necesario designar lo antes posible la nueva dirigencia. Teresita y otros compañeros lo han propuesto a usted para coordinador de la zona. Si bien yo no lo conozco, tengo en alta estima el criterio de quienes lo proponen y hago mía la proposición.

Ruiz de Zárate meditó sus palabras antes de contestar:

—Agradezco la confianza que depositan en mí, pero no puedo aceptar

Se hizo un silencio, que yo rompí:

—¿Pero cuál es la razón? Debemos discutir...

—Para hablar francamente: estoy desencantado. Creo que es imposible hacer nada que no sea simples hechos aislados. Siempre hay quien se acobarda, siempre hay quien traiciona y sólo los mejores actúan y mueren. El levantamiento del 5 de septiembre aquí en Cienfuegos fue una gran experiencia para nosotros. Fuimos engañados y abandonados a nuestra suerte. La dictadura se cebó en el pueblo de Cienfuegos, ante la vista de toda la nación. y nadie levantó un dedo. Yo militaba en el 26 de Julio y alenté al pueblo a combatir. ¿Con qué moral voy ahora a pedirle que se inmole nuevamente?

Su voz se quebraba. Hubiera preferido quedarme callado, pero tenía que hablar:

—Pero si todos reaccionaran como usted, Cuba todavía sería una colonia española. Los destinos





de los pueblos no se deciden en una batalla, sino en un proceso más largo. Al final triunfaremos.

Me hundí en el asiento. Me habían parecido un poco altisonantes mis propias palabras.

—No, no insista, por favor, mi decisión es firme. Me ha costado mucho esfuerzo volver a levantar mi consulta. Voy a dedicarme a mi trabajo y a mi familia.

Nuestras esperanzas se venían al suelo. Teresita se dirigió a Ruiz de Zárate:

—La verdad es que me sorprendes, Serafín. Estaba segura de que aceptarías. Nadie como tú conoce a la gente de la zona y siempre fuiste tan entusiasta. Ahora tendremos que empezar de nuevo.

Serafín se sentía apenado:

—Lo siento, pero es una decisión irrevocable. Eso no significa que no ayude en lo que pueda. Lo que no quiero es ocupar un cargo de responsabilidad. Hay otros compañeros valiosos que quizás acepten la dirección. Pueden hablar con Osvaldo Dorticós, por ejemplo. Es un hombre de prestigio. Ahora mismo acaba de ser designado decano del Colegio de Abogados, en sustitución de Miró, que se ha exiliado.

—¿Lo conoce usted bien? —pregunté a Serafín.

—Más que bien. Es mi vecino y además mi amigo personal.

—¿Qué tú crees, Teresita? —insistí.

—Si lo dice Serafín.

—Bueno, vamos a verlo.

Serafín marcó un número.





—¿Está el doctor Dorticós? Póngalo al teléfono, por favor... ¿Osvaldo? Tengo un caso para ti, ¿podríamos verte ahora...? Bien, vamos para allá.

Y dirigiéndose a nosotros:

—Dorticós nos espera en su oficina.

Nos recibió un hombre de regular estatura. Vestía de cuello y corbata. Se expresaba con mucha facilidad y su dicción era impecable. Me inspiró confianza. Le impusimos del objeto de nuestra visita. Dorticós fue rápido en su respuesta:

—No creo que yo sea el hombre que ustedes buscan. Naturalmente que estoy dispuesto a colaborar. La dificultad está en el tiempo. Debido a la índole de mi trabajo, y ahora más, al ocupar el decanato del Colegio de Abogados debo viajar con frecuencia a La Habana. El decanato del Colegio es en estos momentos un cargo de gran importancia política, debido al papel que desempeñamos en las organizaciones cívicas. Es necesario utilizar esa posición en contra del Gobierno y dedicarle toda la atención. A mí me parece que el coordinador del Movimiento debe estar disponible todo el tiempo. Hay que buscar otro compañero que reúna mejor que yo las condiciones necesarias.

Se me ocurrió:

—¿Aceptaría usted dirigir la Resistencia Cívica?

—Ya usted ve, eso se adecua mejor a mis posibilidades. Acepto. Pero ahora lo importante es encontrar un coordinador. ¿No se te ocurre nadie, Serafín?





—Estoy pensando...

—¿Qué te parece el doctor González Abreu? Es un hombre entusiasta, siempre ha estado contra Batista y el 5 de septiembre se portó bien.

—No sé qué decir —habló Serafín—, parece un poco ambicioso. Pero, por otro lado, no hay mucho donde escoger.

Intervino Teresita:

—No está mal la proposición. Es verdad lo que dice Serafín, pero si Julito González Abreu acepta, estoy segura que levanta el Movimiento en la zona. Lo que hay es que mantenerlo en cintura.

—Bueno, citen al hombre y hablemos con él —dije yo.

Nos fuimos todos a casa de Serafín. Era casi las 2 de la tarde. Mientras comíamos un bocadito, llegó González Abreu. Rebosaba vitalidad. Hablamos y aceptó. Un poco demasiado rápido para mi gusto. Luego, entre todos convencimos a Serafín para que aceptara el cargo de Tesorero. Finalmente se barajaron nombres para responsables de Acción, Propaganda y Obrero.

Cuando enfilamos la carretera, de regreso a Santa Clara, la quietud del atardecer me reconfortó de las tensiones del día.





Huelga del 9 de abril

—¡Enrique! —sentí que decía muy quedo Martha.

Sacudí la modorra del sueño:

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—¡Tocan a la puerta!

Traté de articular mis pensamientos. Al fin pregunté:

—¿Qué hora es?

—Las 2 de la madrugada.

Volvieron a tocar.

—¡Seguro que es la Policía! Ellos son los que vienen a esta hora —dije y miré a mi alrededor, con la esperanza de encontrar una salida. Recordé entonces que sólo había una; aquel apartamento era una ratonera. ¡Bien que se lo había dicho a Martha! Pero a ella le gustaba tanto. Traté de recordar si había algo comprometedor en la casa. No, no había nada que yo recordara.

—Bueno, voy a abrir —me levanté, y Martha se sentó en la cama.



Corrí el cerrojo y abrí la puerta. Desde la oscuridad del pasillo se alargó una mano:

—Buenas, por aquí...

Era Marcelo. Detrás de él entraron Frank Carbonell y Marcia. Vino Martha:

—¡Qué susto nos han dado! Creíamos que era la Policía.

Ahora todos reímos, con alivio. Preguntamos por amigos comunes. Quisieron ver al niño, que dormía. Martha y Marcia se fueron a la cocina a hacer café. Carbonell bajaba algunas cosas del automóvil. Nos quedamos Marcelo y yo conversando. Marcelo venía de la sierra.

—Cuéntame —le dije.

—Todo marcha bien. Se han ultimado los últimos detalles. Aquí traigo copia del manifiesto con los 21 puntos, que fija la estrategia final de la lucha. La situación del Gobierno se va haciendo insostenible. En Oriente, a excepción de las grandes ciudades, el resto de la provincia está en nuestras manos. Si logramos extender esa situación al resto del país, habremos triunfado. En cualquier momento, a partir de ahora, puede decretarse la huelga general. Yo te avisaré a través de un mensaje cifrado. Trae papel y lápiz para explicarte la clave. Tienes que aprendértela de memoria.

Traje papel y lápiz. Cuando memoricé la clave, destruimos los papeles. Marcelo dijo:

—Cuéntame ahora cómo anda Las Villas.

—Aquí las cosas han mejorado, pero la provincia está lejos de parecerse a Oriente. Tenemos prácticamente cubiertos todos los cargos dirigen-





tes y nuestras filas han engrosado. La recaudación ha sido un éxito: nos vamos acercando a los 70 000 pesos. Estuve en La Habana hace unos días y le entregué a Faustino 20 000 en efectivo.

—Se habrá puesto contento.

—¡No digo yo! Pero hay un problema: no tenemos armas. Faustino nos prometió algo. Yo le he prometido a las zonas y éstas a los municipios; pero los acontecimientos se van desencadenando con mucha rapidez y dudo que estemos preparados para cuando llegue la huelga.

—Hay que ser optimista. Tú verás como todo se resuelve satisfactoriamente. Esta vez sí que no fallaremos. ¿Y cómo está Diego?

—Bien. Ha hecho un gran trabajo. La situación en la provincia es muy tirante; sobre todo, en Santa Clara. Desde que comenzamos los atentados, la gente anda erizada. Los batistianos han comprendido que no estamos jugando a la insurrección, como la gente de Prío. Naturalmente que la respuesta es terrible. Cada día son más los compañeros que aparecen baleados o mueren torturados. A veces asesinan a cualquier inocente. Tratan de paralizarnos por el terror, pero la gente va perdiendo el miedo.

—¿Y cómo van las relaciones con las otras organizaciones?

—Chico, ni bien ni mal. Cada uno anda por su lado y recela de los demás. Lo cierto es que ha sido un fallo del Movimiento no haber organizado un frente en el Escambray. Hoy, ese territorio es del Directorio.





Martha y Marcia sirvieron el café.

—Ahora estamos tratando de levantar la guerrilla de Bordón —continuó—. También estamos fomentando una guerrilla en las lomas de Yaguajay. Dicen que el terreno es quebrado y se presta. Pero, en definitiva, poco podemos hacer si no contamos con algunas armas para empezar. Oye, ¿y qué me cuentas de la sierra?

—Chico, formidable. Tú no te imaginas lo bien que uno se siente allí. Hay un gran espíritu de lucha y reina el entusiasmo. Se está formando un verdadero ejército revolucionario. Ya hay compañeros con gran experiencia combativa y algunos de ellos se han revelado como verdaderos estrategas. Además, Fidel dedica mucho tiempo a la formación de los hombres. ¡Qué diferencia entre el soldado rebelde y el soldado de la tiranía! Nuestros hombres se preocupan mucho de la población campesina. Nadie toca lo que no es suyo. Cada cosa que se toma se paga. Se castiga severamente cualquier abuso. Gracias a esa actitud, la población campesina nos presta su apoyo ilimitado. Ya son muchos los campesinos que integran nuestras filas. Hay compañeros como el Che, que son muy industriosos y han construido talleres, hospitales, escuelas.

—¿Y cómo es el Che? ¿Es verdad que es comunista?

—El Che es un gran compañero. Yo cada vez que puedo converso con él. Es muy inteligente. Es un hombre de ideas izquierdistas, pero no creo que sea comunista. Es cierto que simpatiza mucho con





ellos y los defiende. Lo que pasa es que el Che no conoce la historia de Cuba. Estoy seguro de que cuando vaya conociendo mejor a nuestro país cambiará algunos conceptos que tiene actualmente.

Sin darnos cuenta, amanecía.

—Vamos a dormir, aunque sea un par de horas.

Las mujeres en la cama y el resto en el sofá y en el suelo, nos acostamos a dormir. Al poco rato sentí la respiración acompasada de los que dormían. Yo seguía despierto.



Estábamos en casa del abogado Armando Díaz, miembro de la Resistencia Cívica. Díaz decía:

—Nos ofrecen 1000 pesos, dicen que es todo lo que pueden dar.

—No los aceptes. Ni uno menos de 5 000. Ahora más que nunca necesitamos dinero. ¿Has leído lo ocurrido en Miami? La Policía americana ha ocupado varios cargamentos de armas destinados a Cuba. Parece que había una combinación entre la Policía y los vendedores. Después que cobraban venía la Policía y ocupaba las armas.

—¡Qué hijos de la gran puta! —dijo Diego, que estaba presente.

—Lo malo es que los hechos están al desencadenarse —continué yo—. Las cosas no pueden seguir mucho más tiempo así. La tensión es inaguantable. Todo el mundo espera la huelga de un momento a otro. Nadie está concentrado en el trabajo, al contrario, no se hace otra cosa que hablar de esto. El estado de efervescencia que hemos creado en la nación no puede sostenerse por mu-





cho más tiempo. O se produce un desenlace pronto, o el entusiasmo decae y el mejor momento pasa.

—¿Y qué espera la Nacional para decretar la huelga? —intervino Díaz.

—Las armas, viejo, las armas. Y ahora, ¡puf!, se esfumaron las armas. De todos modos, la táctica que hemos fijado es en el supuesto de que no recibiremos ninguna ayuda —me volví hacia Diego—: Eso no quiere decir que no tratemos por todos los medios de obtener las armas que ha introducido la Organización Auténtica por Caibarién.

—El problema es que Panchito Hernández se ha ido para La Habana, a ver a Faustino —dijo Diego.

—¡Ese cabrón lo que es, es un buen politiquero! —exploté—. Desconoce nuestra autoridad para ir ante Faustino. Pero tú conoces al guajiro que las tiene enterradas, ¿no es así?

—Sí, pero dice que no entrega las armas sin autorización de Panchito.

El timbre de la puerta nos interrumpió. Diego y yo nos ocultamos en una de las habitaciones. Al poco rato la puerta se abrió y entraron Díaz y Frank Carbonell, quien dirigiéndose a mí, dijo:

—Traigo esta carta para ti, de Marcelo.

Todo el mundo prestó atención, mientras yo rompía el sobre. La carta decía:

“Te adjunto el acuerdo tomado por el Comité Nacional de Huelga, según habíamos considerado. Espero ya Las Villas estén organizadas de acuerdo con los planes discutidos...”

”La situación está muy favorable a nosotros. El clima se ha transformado en clímax...”.





Venía una relación de números.

Descifré los números: la huelga sería el 9 de abril a las 11 de la mañana. ¡No había tiempo que perder!

—Diego, ¡métele mano a las armas! Si el guajiro no habla por las buenas, ¡que hable por las malas! Pero esas armas tienen que estar aquí mañana mismo. Yo salgo inmediatamente a recorrer la provincia para dar las instrucciones finales.



Parqueamos lejos del lugar de la cita y fuimos caminando hasta la casa. La sala estaba convertida en un taller de sastrería y había varios hombres trabajando. Martínez y Samuel se levantaron y vinieron a nuestro encuentro. Pasamos a una habitación contigua.

—La huelga es el 9, a las 11 de la mañana —inicié la conversación—. Se supone que a esa hora haya un aviso por radio, pero, aunque no lo hubiese, la huelga va.

Los ojos de Martínez y Samuel, brillaban.

—¿Y las armas? —atinaron a decir.

—No hay armas —dije yo.

—Otra vez... —empezó Samuel y se calló.

—No ganamos nada con lamentarnos. Yo pienso igual que ustedes. Sin embargo, ésta es la orden y hay que cumplirla. De todos modos habíamos previsto esta posibilidad. Vamos a revisar una vez más el plan de acción.

Una morena vieja, la madre de Martínez, trajo el café. Me sonrió con simpatía, sin saber que





conmigo andaba la muerte. Aparté de mi mente aquellos pensamientos y empecé:

—Hay que tener localizados al mayor número posible de miembros de las fuerzas armadas: policías, soldados y guardajurados. Hay que saber dónde viven, qué lugares frecuentan habitualmente. Cada compañero del Movimiento debe tener asignado un miembro de las fuerzas armadas a quien debe atacar y desarmar en el momento de iniciarse la huelga, haciéndose así de las armas que pueda. A continuación deben bloquearse las calles, interrumpiendo totalmente el tránsito. Deben volcarse los automóviles; los ómnibus atravesarlos en la calle, de manera que no puedan transitar libremente los vehículos de la dictadura. Eso los obligará a moverse a pie, dándonos más fortaleza a nosotros. Al mismo tiempo, grupos armados tomarán los lugares clave de la ciudad, desde los cuales se domine las vías de acceso principales, de manera que con pocas armas y mediante la táctica de francotiradores, podamos mantener en jaque a fuerzas muy superiores.

”Recuerden que la idea no es desplegar una batalla para tomar la ciudad. Para eso no tenemos fuerza. Debemos guardar las pocas balas que tenemos para hostigar al enemigo a través de los francotiradores. Nuestro objetivo es desarrollar una serie de pequeñas acciones de apoyo a la huelga. Que la gente simplemente no pueda ir a trabajar; y mantener esa situación durante varios días. Si logramos mantener las ciudades paralizadas, la vida económica detenida, ello será suficiente para derrocar la dictadura. ¿Hay alguna pregunta? ¿Alguna duda?





No hubo pregunta alguna. Nos estrechamos las manos sin más palabras y salimos. La vida fluía normalmente en las calles. Iba mirando las caras: nadie se imaginaba lo que venía.

Era un edificio que estaba en el callejón de Los Ángeles. Subí hasta el primer piso y toqué el timbre. En seguida se abrió la puerta y apareció el rostro sonriente de Níco Núñez Jiménez. Lo seguí por el estrecho pasillo, que hacían más estrecho aún los estantes llenos de libros situados a lo largo de las paredes. En la pequeña sala había un hombre fornido, con aspecto de estibador, que me fue presentado como Armando Acosta, responsable obrero del Partido Socialista Popular en Las Villas. Me llamó la atención su aspecto físico y su carácter abierto. Era muy distinto a los intelectuales comunistas que yo había conocido. Después de intercambiar algunas frases, pasamos al comedor, donde nos sentamos alrededor de la mesa.

—La huelga es el 9 a las 11 de la mañana —inicie la conversación.

—Sí, por eso queríamos hablar con usted —dijo Acosta—. Creemos que es necesario unir nuestras fuerzas con vistas a la huelga.

—Estoy de acuerdo. Mientras más seamos mayores posibilidades de éxito tendremos. Ahora, quedan algunos problemas prácticos por resolver; el principal es: ¿cómo ponemos en contacto nuestros hombres, en tan corto tiempo?

—Eso no es mayor dificultad —sonrió Acosta—, nosotros conocemos a todos los dirigentes del





26 en cada centro de trabajo. El problema está en cómo integrar el mando de los comités de huelga.

—En eso no veo que pueda haber problema. Simplemente que cada cual movilice los hombres con que cuenta y si surge alguna dificultad, que discutan y se pongan de acuerdo. Mientras los objetivos sean los mismos para ambas organizaciones, no tienen por qué surgir dificultades en la base.

—Estamos de acuerdo. Hay otra cosa: estimamos que debe emitirse un manifiesto dirigido al pueblo, convocando a la huelga y firmado tanto por el 26, como por el Partido Socialista Popular.

—Bueno, en eso sí que no estoy de acuerdo. Creo que eso sería un error. Me parece que la participación del PSP debe efectuarse en una forma discreta, sin anunciarla públicamente y que sea solamente del conocimiento de nuestros cuadros obreros y dirigentes. Por lo menos en esta etapa. Hacer otra cosa significaría restar la participación de toda una serie de gente, que cuando vea el nombre del PSP al lado del 26 de Julio, les da una embolia. Además, eso sería darle armas al enemigo para que nos ataque.

—Sí, pero no sería justo mantener marginada a nuestra organización —insistió Acosta.

—Pero si yo no he planteado que ustedes se marginen. Al contrario, planteo que se incorporen en la medida de sus fuerzas. El grado de participación de cada cual se sabrá después. Ahora lo importante es derrocar a Batista.

Establecimos varios centros de mando en Santa Clara. La idea era no mantener concentrada en





un mismo lugar a toda la Dirección Provincial, ante el peligro de que fuese descubierta y quedara el Movimiento sin cabeza. Hubo, sin embargo, un aspecto fundamental al cual no prestamos la atención debida: las comunicaciones. En el fragor de la lucha, nuestros hombres, divididos por barrios, quedarían incomunicados. Asimismo, la falta de un sistema eficiente de comunicaciones nos impediría evaluar en cada momento la marcha de los acontecimientos y, por lo tanto, las medidas a tomar.

Apenas el día antes habíamos logrado introducir en la ciudad las armas que habíamos ocupado a la Organización Auténtica. Se guardaron en la panadería de Luis Hernández, en la calle San Miguel. Las armas empezaron a limpiarse y armarse, pero aún en el momento de la huelga, no todas estaban listas y no pudieron usarse.

Dos noches antes, había ocurrido un hecho desafortunado. Bordón, que en el plan general de acción debía entrar en Santa Clara el día de la huelga, desconociendo la proximidad de la fecha, decidió atacar, por su cuenta, el cuartel de Quemados de Güines para proveerse de armas y parque. El cuartel no pudo ser tomado y en lugar de obtener más parque, se gastó casi todo el que había, por lo que no se arriesgó a atacar Santa Clara; se desvió hacia la Carretera Central, a la altura de Manacas, e interceptó allí el tránsito.

La ciudad amaneció en calma la mañana de la huelga. Daba la impresión de que la actividad estaba por debajo de lo normal. La tensión era muy grande y la gente parecía como si esperase algo. A





media mañana fui a pie hasta el lugar escogido para mí. Todo el mundo tenía instrucciones precisas. Diego tenía el mando directo de la acción.

Minutos después de las 11 se oyeron los primeros disparos. La acción tenía lugar en el barrio Condado, cerca precisamente de donde yo me hallaba. Luego vimos ascender en el aire una negra columna de humo. Se estaba quemando el garaje de San Miguel y Central. Pensamos que el plan se desarrollaba según habíamos previsto. Yo estaba desorientado por lo que ocurría en los alrededores y pensaba que ésa era la situación general.

El Ejército se replegó a los cuarteles, pues temía una gran acometida por parte nuestra. Sobrestimaba en demasía nuestras fuerzas. Sobre las 12:30 llegaron los primeros informes que indicaban que en la mayoría de los barrios no estaba pasando nada. Las milicias no salieron a la calle. Comenzamos a tomar medidas tendentes a movilizar las escuadras de milicias que fallaron. En muchos lugares no concurrieron los jefes de escuadra y al no haber quien los mandara, los hombres se dispersaron. Desgraciadamente, cuando esa situación fue de nuestro conocimiento, ya habíamos perdido un tiempo precioso. La ciudad había estado prácticamente en nuestras manos, sin estarlo. En realidad, la ciudad, durante dos horas, fue tierra de nadie. El Ejército se metió en sus cuarteles y nosotros, ante la incomunicación de los barrios, no descubrimos a tiempo las fallas que se iban produciendo en el plan. Cuando reaccionamos, ya era tarde. El





enemigo no había estado cruzado de brazos y cuando constató, al igual que nosotros, la realidad de la situación, salió a la calle con tanques. Tomaron la ofensiva. Nosotros perdimos la ventaja inicial. Cuando el Ejército calibró nuestra debilidad, perdió el miedo. Entonces se concentraron en Condamo con el objetivo de eliminar los focos de resistencia...

Por la tarde, cuando se apagaron las últimas llamas, recibimos los partes de Sagua, en los cuales nos decían que la ciudad estaba tomada y pedían ayuda. Aquéllas fueron las horas más amargas: saber que Sagua estaba tomada y no poder hacer nada para auxiliarlos. Fueron horas de impotencia, de interrogaciones. ¿Qué hacer? ¡Nada!



“Sagua la Grande, mayo 1, 1958.



”Sr. Coordinador.

”Santa Clara

”Señor:

”Habiendo recibido las órdenes de huelga general el día 8 de abril de la jefatura provincial del Movimiento, hubimos de reunirnos el compañero Coordinador y el que suscribe, ultimando y dejando preparados todos los detalles y sellados los objetivos y hombres para los mismos.

”Llegadas las 11 a.m. del día 9 de abril, nuestros hombres se lanzaron a las tareas asignadas, y a las 11 y 30 a.m., se habían paralizado todas las labores, así como cerrado todos los establecimientos e industrias.





”Los grupos de acción laboraron activamente. El grupo ‘C’ penetra en el patio de los ferrocarriles, desarmando al soldado que custodiaba las plantas móviles de la Compañía Cubana de Electricidad, procediendo inmediatamente a quemarlas; quedando inservible una de las dos que prestan servicio.

”Inmediatamente este grupo se trasladó a los talleres de los propios ferrocarriles, donde se encontraba el grupo ‘D’ para ayudarlo y reforzarlo. Entre ambos destruyeron por el fuego dos automotores y lanzaron por la plataforma una locomotora, perforando seguidamente el tanque de abastecimiento de petróleo e intentando darle candela; pero el petróleo no ardió. También fue destruido un extintor. Rápidamente se trasladaron a los talleres de carpintería de los mismos ferrocarriles, procediendo a quemarlos totalmente.

”De allí pasaron al taller de madera propiedad del señor Francisco Linares, procediendo a quemarlo, quedando destruido totalmente. También se quemó una fábrica de muebles de un señor de apellido Acosta. De los compañeros que actuaron en estas labores resultaron muertos tres y heridos dos. Más tarde, no habiéndose podido rescatar a los compañeros heridos, los mismos fueron ultimados a las 4:30 de la tarde por un cabo y tres números de la Infantería del Regimiento 3, Leoncio Vidal. El resto de los grupos, combinados, tomaron el edificio de La Villa de París, sosteniéndolo toda la tarde y la noche; teniendo que evacuarlo al día siguiente con la ayuda del grupo ‘A’, que había tomado el Hotel Unión.





”El grupo ‘A’, a las 11 a.m. del día 9, procedió a inutilizar las tuberías que alimentan la destilería El Infierno, por medio del fuego. Inmediatamente se trasladó al acueducto de la Isabela, donde por medio de la rompe-roca, se destruyó la caseta, sufriendo algún desperfecto la tubería, por haber sido bien puesta la ‘pata de elefante’. Este grupo se trasladó a la casa del señor Alberto Beguiristáin, donde se requisaron varias armas, para después tomar el edificio Hotel Unión, hasta el otro día, en que prestó su ayuda para evacuar el edificio de La Villa de París.

”El grupo ‘B’, por informes obtenidos a medias de los compañeros que fueron a esos trabajos, se sabe que al llegar la hora convenida, aquellos compañeros que estaban señalados por el Buró Obrero, paralizaron las labores y atacaron al único soldado que estaba allí en ese momento, pues los demás estaban almorzando, dándole muerte y dejando precipitadamente el Central, sin haber realizado los sabotajes ordenados. Fueron perseguidos por un soldado y un civil, habiendo muerto en la fuga el chofer de la guagua donde se iban los compañeros. El compañero, teniente de milicias, Julio Vega, una vez realizado en parte el trabajo asignado, abandonó a los compañeros y no reportó a sus superiores, prácticamente desertando. Los otros se unieron a los que habían tomado el edificio del Colegio de los Jesuitas.

”El grupo ‘E’, a las 11 a.m., procedió a volar las dos maestras del acueducto de Sagua, no lográndolo por la inexperiencia de los compañeros





con los explosivos. Después, se unió con los demás grupos que habían tomado el Colegio.

”El grupo ‘F’ no pudo realizar su trabajo de inutilización de las subplantas por falta de equipo bélico, por lo que en combinación con otros grupos, tomaron el Hotel Telégrafo y Agencias Comerciales, S.A.

”El grupo ‘G’, al mando personal del compañero Samuel, tomó el edificio del Colegio Jesuita, situando rápidamente francotiradores, Al medio día se sostuvo fuego con un camión del Ejército, que hubo finalmente de retirarse. Más tarde, el edificio fue prácticamente rodeado, pues el Ejército se apostó en el Rincón Martiano, la Unidad Judicial, la carretera de Resulta y el Reparto Oña. Durante la noche del día 9, varias veces, hubimos de sostener fuego, pues las tropas intentaban avanzar sobre nosotros, siendo rechazadas por nuestras avanzadas que se situaron en el Reparto Oña, sobre la creche Santa Teresita, en las márgenes del río y detrás del Colegio Médico Municipal. Por la finca La Pastora, una avanzada tuvo tomada durante el día la emisora de radio, arengando al pueblo a la lucha y manteniendo a raya a la fuerza pública.

”El grupo ‘H’, denominado ‘grupo de cuchillo’, procedió a picar las gomas de los vehículos, que en el momento de la huelga, se encontraban en la calle. Durante todo el día 9 se designaron grupos especiales de requisa, habiéndose obtenido algún resultado en esto, aunque se carecía casi por completo de parque.





”El grupo de Sitiecito procedió a quemar la estación de ferrocarril y un automotor que llegaba en ese momento procedente de Santo Domingo. Siguiendo la orden de sabotaje, acto seguido le dieron candela a un millón y medio de arrobas de caña del central Corazón de Jesús.

”El día 10, a las 8 a.m., llegó al puerto de Isabela de Sagua una unidad de la Marina de Guerra con 150 marinos. Teniendo conocimiento de que en el resto de la Isla no habían secundado el movimiento, y que el jefe del Escuadrón había notificado que iban a bombardear los edificios tomados, después de reunirnos y discutir ampliamente la situación, se acordó evacuar y tratar de llegar a unos montes por la parte de la costa. Se dio orden de abandonar los edificios. Rápidamente abandonamos la población con los refuerzos llegados de Santa Clara pisándonos los talones. Pasamos al otro lado del río, cambiando algunos disparos con el Ejército. Los hombres que se encontraban en el Colegio de los Jesuitas, lo abandonaron, uniéndose a los que acababan de cruzar el río, formándose columnas de guerrillas a ambos lados del camino vecinal, para así avanzar más rápido. En ese momento apareció una avioneta de enlace tirando granadas de mano, muchas de las cuales no explotaron y teniendo necesidad de elevarse por el fuego graneado que le hicieron tres compañeros que tenían dos Springfield y un 44.

”Después de haber avanzado en esa forma varios kilómetros, se aparecieron dos aviones de bombardeo B-26. Afortunadamente, se había llegado a





Monte Lucas. Los aviones procedieron primero a bombardear el monte y después, a ametrallarlo. En el bombardeo sufrimos dos bajas. Llegó en ese momento la infantería, pensando que por el ataque de la aviación, ya todo estaba listo. Se lanzaron en *jeep* y camiones, encontrándose con un nutrido tiroteo. Se entabló un corto combate en el cual tuvimos seis bajas: habiendo tenido el Ejército dos muertos y un teniente herido en la boca, grave. Quedó demostrada la superioridad del Ejército en armas. Después de esto no intentaron penetrar en el monte, sino que empezaron a ametrallarlo, mientras que nuestros hombres se dividían en grupos de 10 y 12, para así burlar mejor la persecución de la avioneta, que se mantuvo tras ellos hasta el anochecer. Más tarde supimos que el compañero Antonio Chávez había sido asesinado por la espalda cuando iba de regreso a Sagua, sin haberle ocupado absolutamente nada sospechoso y sí despojándolo de una sortija y una cadena de oro. Esto lo hicieron con todos los compañeros muertos.



”Esa noche los grupos descansaron, caminando toda la noche para salir de la zona, pues era muy fácil bloquearnos entre la carretera del Uvero, el camino vecinal que da a la salina Frenes, el río y el mar, que ya había sido tomado por la Marina. De ese modo no tendríamos escapatoria ninguna, ya que la diferencia en hombres y, sobre todo, en armas y parque, era abrumadora.

”En los días subsiguientes, los grupos fueron disolviéndose, regresando unos a Sagua y los más, a otros lugares donde tenían familiares o amigos.





”Por último, se ha determinado, que la próxima vez, si no se nos entregan armas, no volveremos a pelear. ¡Está bueno ya!

”Samuel

”Capitán de Milicias

”Martínez

”Coordinador Zona de Sagua”.





Se impone la sierra

Éramos cuatro hombres encerrados en la habitación llena de humo. A través de los cristales de la ventana se veía la carretera, por donde transitaban pocos vehículos.

—Nos hemos quedado solos, la gente no quiere ni mirarnos a la cara —dijo Orlando Bosch.

—Díganmelo a mí, que estoy pasando las de Caín para encontrar dónde esconderme —comentó Diego.

—El fracaso de la huelga le ha hecho un daño terrible al Movimiento. Nos va a costar mucho trabajo recuperarnos de ésta —hablé yo—, debemos analizar los errores cometidos y rectificarlos.

—El problema es que sin armas no se puede pelear —alegó Diego.

—Las armas son importantes, pero no son lo único —dije yo—, ahí tienen el ejemplo de Sagua. Saqué los papeles del bolsillo:

—Quiero leerles algunos párrafos de la última circular de la Dirección Nacional. Se dan como





razones del fracaso de la huelga la falta de organización, la forma sorpresiva en que se convocó la huelga, la escasez de armas, el haber concedido un papel pasivo a los obreros y la dificultad en las comunicaciones. Dice:

“La huelga general se mantiene como estrategia final correcta. Pero de inmediato vamos al incremento de la acción armada que nos permitirá levantar la moral revolucionaria [...] Ya gran parte de la provincia de Oriente está bajo nuestro dominio [...] El Frente Obrero Nacional se creó como un organismo de unidad de todos los sectores. En realidad fuimos demasiado estrictos en permitir el ingreso de otros factores, lo que originó ciertas reservas en otras zonas sindicales. Se ratifica lo expresado por Fidel en marzo 26: ‘todos los obreros tienen derecho a participar en los comités de huelga’ ”.

—Se habla de la unidad y se dice:

“La Dirección Nacional está dispuesta a hablar en Cuba con los dirigentes de cualquier organización opositora, para coordinar planes específicos y producir hechos concretos tendentes al derrocamiento de la tiranía”.

—Después viene una relación de distintos cambios de cuadros. Se crea un comité ejecutivo de la Dirección Nacional en la sierra y se ponen las milicias bajo el mando del Ejército Rebelde.

—El poder se concentra en la sierra —comentó Bosch.

—Sí, el fracaso de la huelga es el fracaso del llano—dije yo—. Y por último:





”Habiendo logrado aplastar el movimiento de huelga, el régimen se encamina a tratar de hacer lo mismo con las Fuerzas Rebeldes. En estos momentos, miles de soldados se concentran en Manzanillo, Bayamo, Santiago de Cuba, Guantánamo y otros lugares, con vistas a desatar una ofensiva en gran escala. Todos debemos realizar el mayor esfuerzo para hacer llegar armas, equipos, medicinas y ropas a los combatientes. La consigna es: ¡Todos a rechazar la ofensiva militar de la tiranía!”

Nadie habló, bajo el peso de la preocupación. Retomé el hilo de la conversación:

—Lo que han hecho Fidel y Raúl en Oriente demuestra que las guerrillas pueden ser más que un símbolo. Mientras la huelga fracasaba en las ciudades, los únicos éxitos logrados eran de índole militar. Eso indica que es posible crear un ejército revolucionario más poderoso que el de Batista. Debemos cambiar nuestra táctica en el sentido de enfatizar la lucha en las lomas. Las Villas tiene grandes posibilidades. Si desarrollamos los frentes del Escambray y de Yaguajay, éstos podrían llegar a unirse y cortar la provincia en dos. Entonces sí pondríamos a la dictadura en un grave aprieto. Es más, podemos pedir que nos manden a un comandante de experiencia. Quizás al mismo Raúl, o Almeida.

—¡Oye, eso sería un cañonazo! —exclamó entusiasmado Bosch.

—¿Tú qué crees, Diego? —pregunté.

—No veo otro camino. En estos momentos, el Ejército persigue a Bordón; lo están cercando.





Yo creo que debemos mover a Bordón hacia el Escambray y con las armas que podamos recoger en las ciudades, fortalecerlo a él y al frente de Yaguajay.

—No va a ser tarea fácil lo que dices. ¿Cómo piensas hacerlo? —pregunté.

—Como guerrilla organizada no puede ser. Los iremos sacando por grupos, vestidos de civil. Los trasladaremos en máquina hasta Cienfuegos y por allí cogerán la loma.

Intervino Guillermito:

—Por otro lado, hay que darse a la tarea de reorganizar el Movimiento. Hay que depurar a todo el que falló. Aunque en estos momentos el miedo está provocando una verdadera autodepuración. Hay que buscar gente nueva. Prácticamente hay que empezar otra vez.

—Ahora hay que ayudar a Fidel con lo que tengamos, pero después que pase el peligro vamos a plantear a la Nacional que todo el dinero que recaude Las Villas se dedique a sostener sus propios frentes de combate —y dirigiéndome a Bosch—, tú quedas encargado de preparar, con los pescadores de Caibarién, las condiciones para un desembarco de armas. Yo, por mi parte, después que tengamos reorganizado el Movimiento, pienso dar un viaje a Miami. Allí conozco alguna gente. Estoy seguro que podemos conseguir las armas.

Por la ventana se veía todo negro.

—Bien, ¡manos a la obra!

Fuimos saliendo de uno en uno. Por la carretera, patrullaban las perseguidoras.





Neno me entregó la carta. Decía:

”Amigo Neno

”Me alegro que cuando recibas estas líneas te encuentres bien. Yo bien Neno. La presente es para decirte que yo estoy esperando noticias de ustedes porque yo creo que ustedes se orvidan facil de nosotros porque como todos ustedes viven tan comodo y duermen en buen corchon, resuerven cuando a ustedes les conviene y por lo tanto voy a Santa Clara para que Diego me de el ingreso para la Sierra Maestre porque yo no soy el hombre que ustedes necesitan aquí en la loma. A mi el cuento no me gusta porque ustedes me han llenado esto de ombres que estan sin ropa y sin nailo y sin zapato y por lo tanto yo no puedo accetar esto.

”Yo voy para donde está Diego para que tu o otro jefe venga para aquí. Quiero el me de el traslado para la Sierra Maestre que allí es donde estan los rebolusionario de berda no de lengua y de deo.

”Sin mas

”Capitán Regino Machado”.

Le devolví la carta a Neno.

—Llévasela a Diego y que suba a ver a Regino. Dile que lo espero el domingo a las 10 de la mañana en la clínica, para que me informe.

Neno me llevó a través de los consultorios vacíos. Por una puerta lateral entramos al salón de operaciones. Había escasa luz.

—Ponte cómodo —dijo Neno—, tan pronto llegue Diego lo paso hasta aquí.





Me senté en una banqueta de hierro que me recordó las de los salones de dibujo. Como por oleadas me llegaron recuerdos de la Universidad. Algunas caras pasaron por mi mente. Mi pensamiento siguió vagando, sin posarse en nada fijo. En medio del salón estaba la mesa de operaciones; sobre ella, las lámparas enormes. Alguna vez había pensado en estudiar medicina, pero la idea del dolor humano me había hecho desistir. No podía ver sufrir a la gente. Pensé en Regino Machado, un obrero de una tenería de Santa Clara. Lo habíamos hecho jefe del frente de Yaguajay. Diego decía que era bueno. Regino decía en su carta que nosotros vivíamos cómodo, que dormíamos en buen colchón. Era verdad. ¿Era eso lo que pensaban de nosotros los obreros como Regino Machado?



Me imaginé cómo serían las lomas en tiempo de lluvia. El fango. La ropa mojada se pega al cuerpo y produce una sensación tan desagradable. ¿Y cuando llega la hora de dormir? Todo está mojado. ¿Y cuando le entran a uno ganas de cagar? Todo está mojado. Pero hay gente que está acostumbrada a eso. Todo es cuestión de costumbre. Si algún día tengo que irme para la loma, me acostumbraré igual. También los obreros están acostumbrados a vivir como viven. Pero no del todo, porque quieren vivir mejor. Yo quisiera que vivieran mejor. Para Regino Machado, la loma no es tan dura: él está acostumbrado como obrero. ¿Y yo? Creo que me acostumbraría. Resistiría. Pero Regino Machado está allá y yo estoy aquí, y siento una vaga sensación de culpabilidad. Pero tampoco estoy cruzado de bra-





zos. Es mayor el peligro aquí que allá. Estoy indefenso, metido en este salón de operaciones, que está limpio y seco, pero que está en medio de Santa Clara. Los hombres de Regino vagan en la lluvia: no tienen *nylon* para taparse; sus pies se hunden en el fango y los zapatos quedan atascados y quizás siguen descalzos. Yo no puedo andar descalzo. Nunca he podido. Me hieren hasta los más pequeños guijarros. ¿Podría andar descalzo por las lomas? Me siento culpable. No, son otros los culpables. Yo soy hermano de Regino Machado. Peleo a su lado por los mismos ideales...

—¿Estás soñando? —siento la voz de Diego.

—No, pensaba boberías. ¿Cómo te ha ido?

—No muy fácil. Regino está en movimiento. El Ejército está a la ofensiva; quieren liquidar aquel foco.

—¿Resistirá Regino?

—Le he dicho que dada su debilidad, lo que debe hacer es moverse constantemente.

—¿Están muy mal?

Leyó de un papel:

—Treinta y tres hombres. Faltan 18 uniformes y cinco pares de botas. Tienen: 16 escopetas, cinco rifles, una tercerola y lo demás, revólveres. Casi no tienen balas.

—¿Hablaste con Regino sobre la carta?

—Sí.

—¿Pudiste llevarle algo?

—Sí, jarabe de pico.

Guillermito estaba en Miami. Durante más de cinco años había sido uno de los dirigentes del





movimiento revolucionario en Las Villas. Primero en el MNR, después en el 26 de Julio. Su situación llegó a ser insostenible. La Policía lo buscaba y él era muy conocido. Planteó irse a las lomas. Nosotros estimamos que sería más útil en Miami, como delegado para la adquisición de armas. Teníamos un acuerdo: nadie podía abandonar el país sin la autorización del Movimiento. La batalla había que darla dentro y sólo se iba al extranjero en misión revolucionaria. Aun así, Guillermito no quiso irse. Logramos convencerlo con la condición de que volvería en uno de los primeros embarques.

Llevábamos un rato volando por sobre la cayería del sur de la Florida. El mar tenía distintos colores, según el fondo. Iba desde un azul casi negro hasta un amarillo lechoso, pasando por un fino verde aqua. Después vino la tierra firme, aunque pantanosa. Y después los Everglades, con sus pinos como los de Pinar del Río. Cada vez se veían más casas y carreteras por donde transitaban diminutos automóviles. Por fin estábamos sobre Miami y el avión descendió en un amplio giro.

Volví a ver el familiar espectáculo de los funcionarios americanos de inmigración, en sus uniformes caki claro. En las páginas del pasaporte descubrieron que yo había sido estudiante en Estados Unidos.

—*Where did you study?*

—*Here in Miami* —contesté.

—*So you're a home town boy...* —y me miró como a uno de los suyos.





Nos alojamos en un hotel de la playa. Era verano y todo estaba lleno de cubanos de vacaciones. Nadie se fijaba en nosotros. Martha y yo nos reunimos con Guillermito y nos fuimos a almorzar a un restaurante al norte de Miami Beach. Desde allí llamamos a Yeyé, que ahora dirigía el Movimiento en el exilio. Estábamos terminando de almorzar cuando Yeyé vino por nosotros. Hacía tiempo que no la veíamos. Estaba bien. Su tipo, y las ropas que vestía, la hacían parecer una americana. Bromeamos sobre lo flaca que estaba cuando se casó con Armando y teníamos que hacer una ponina para comprarles víveres.

Nos llevó a su casa. Al entrar nos encontramos con Miró Cardona y con Llanusa. Conversamos y después Yeyé, Guillermito, Llanusa y yo nos fuimos a una de las habitaciones.

Expuse los planes que teníamos para incrementar la lucha guerrillera en Las Villas. Ya teníamos a Bordón en el Escambray. A Regino Machado en Yaguajay y a Julito Chaviano en una nueva guerrilla que operaba en los llanos del centro. No teníamos armas. Sin embargo, las condiciones para introducirlas eran buenas en el norte de la provincia. Contábamos con la ayuda de un grupo de pescadores de Caibarién.

—La idea es la siguiente —dije—:

—Ustedes nos comunicarían el día y la hora aproximada en que el barco con las armas estuviese a la altura de Cayo Anguila, en las Bahamas. Un barco pesquero nuestro lo esperaría en ese lugar. Se transbordarían las armas y nuestro barco





las depositaría en Cayo Lucas, al norte de Yaguajay. Desde allí se llevarían en bote hasta la costa, donde aguardarían las guerrillas. Si somos cuidadosos, esta vía puede usarse más de una vez.

—A nosotros nos resulta más fácil la vía aérea —dijo Yeyé—. En estos momentos tenemos varios aviones.

—El problema de la vía aérea —respondí—, es que no creo que estemos lo suficientemente consolidados como para construir una pista y luego defenderla. Quizás en el territorio en que opera la gente del Directorio podamos hacer algo.

—Habría que ver —habló Llanusa—, aquí en Miami nuestras relaciones con ellos no han sido muy buenas. No aceptan la autoridad revolucionaria de Fidel.

—En Cuba —dije yo— ha habido una división entre ellos. Gutiérrez Menoyo se ha separado del Directorio y han constituido lo que llaman el Segundo Frente del Escambray. Menoyo nos ha enviado aviso de que quiere conversar con nosotros. ¿Qué ustedes creen?

—Hay que hablar con todo el mundo —dijo Yeyé—. El momento es de sumar.

Hice un gesto de indecisión:

—El problema del Segundo Frente es que ha aceptado en sus filas a una serie de gente que nosotros hemos rechazado, como Nazario Sargent y Conrado Rodríguez, que son elementos politiqueros.

—De todos modos creo que debes hablar con Menoyo —repitió Yeyé—. Por lo menos se puede





establecer una unidad de acción. Podemos andar juntos, pero no revueltos.

Yeyé hizo un recuento de la situación. El movimiento revolucionario iba nuevamente en ascenso. El Ejército Rebelde había rechazado a los batistianos y estaba ahora a la ofensiva. Se había pasado de la guerra de guerrillas a la guerra de posiciones. Con la ampliación del territorio rebelde se establecería próximamente un gobierno en armas, en suelo cubano, y se solicitaría el reconocimiento internacional. En cuanto a Las Villas, Yeyé nos entregaría todas las armas que pudiéramos recibir. Guillermito quedaba encargado de preparar el primer envío.

Salimos de casa de Yeyé, eufóricos.

Localicé a John Buchanan. Fuimos a cenar a uno de esos restaurantes de la playa, de tenue luz y gruesas alfombras. Pedimos martinis secos. El ambiente era exquisito. No llegaban hasta allí los turistas cubanos. Ordenamos la comida; John conocía al *maitre* por su nombre.

Recordamos nuestra época en la Universidad. Después se hizo un silencio grato. Tratábamos vagamente de encontrar nuevos recuerdos. John encontró la idea que buscaba, porque dijo:

—*I'm on the go, old man.* Estoy en marcha, mi Viejo.

—¿Qué quieres decir?

—Estoy postulado para concejal por la playa en las próximas elecciones.

—¿No me digas?





—Sí. Y pertenezco al comité del Partido Demócrata del condado.

—Eso suena importante. ¿Y cómo lo lograste?

—Muy fácil —había una sonrisa en sus ojos—. Hice los amarres desde que estábamos en la Universidad. En las elecciones del 54 influí sobre mis amigos para que votaran a los demócratas.

”Hablaba en los mítines políticos como líder estudiantil. Me ligué a los principales bufetes. Hoy soy *junior partner* de uno de los más importantes. Son los que financian mi campaña”.

—¿Y qué has entregado a cambio?

—El entendimiento tácito de que defenderé fielmente los intereses de quienes me respaldan.

Sorprendió el gesto en mi rostro:

—¿Te parece cínico? Pues no hay nada de eso, por la simple razón de que esos intereses de que hablo coinciden plenamente con los de mi país y con los míos propios, desde luego. No hay ninguna inconsistencia.

Trajerón la comida.

—Te adelanto que nuestra política exterior sería más progresista que la de los republicanos —continuó John—. Ustedes saldrían beneficiados.

—Gracias anticipadas —dije yo.

—No seas orgulloso, Enrique.

“¡Coño!”, me dije por dentro. Mientras sentía subir una oleada de calor.

John leyó en mi cara:

—Perdona no quise ofenderte.

—Olvídalo.

No se nos ocurrió mucho más que decir.





Ñico Frías, el socio de bufete de Osvaldo Dorticós, tenía una finca entre las montañas y el mar. La finca quedaba a ambos lados del Circuito Sur, la carretera que va de Cienfuegos a Trinidad. En la porción sur de la finca está la playa del Inglés, de arenas amarillas y prácticamente cubierta de uvas caletas. En la parte de la finca que queda al norte de la carretera comienzan las primeras estribaciones del Escambray.

Era domingo, temprano. Había poca gente en la calle y nuestros automóviles marchaban rápidos. Pronto estuvimos en la carretera. Pasamos el central Soledad. Comenzó a verse el mar, a la derecha, muy sereno. A la izquierda, las montañas azulosas. Cuando llegamos a la finca, nos esperaba el encargado. Bajamos las cajas con bebidas y el hielo. Ya estaba limpio el lechón, que lucía muy blanco, todo afeitado. En el hoyo abierto en la tierra estaba el haz de leña. Empezaron a asarlo.

Frías me hizo señas de que lo siguiera. Detrás de unos matorrales corría un arroyuelo. Allí, recostado a una roca, había un hombre barbudo, con un rifle entre las rodillas. Al vernos, se puso en guardia, pero sus facciones se relajaron cuando reconoció a Frías, quien regresó. Serafin, Dorticós y nuestras respectivas esposas y niños se fueron a la playa, pretendiendo estar de *picnic*.

Yo seguí al barbudo. Comenzamos a ascender por un trillo entre los árboles. Marchamos en silencio, atentos a todos los ruidos. El hombre se detuvo y me preguntó:





—¿Quiere descansar?

—¡No! —dije por orgullo.

Continuamos la marcha. Empecé a jadear y el ruido de mi respiración no me dejaba oír bien los ruidos a mi alrededor. Cruzamos una cerca al borde de un ancho camino, abandonado.

—¡Esperemos! —ordenó el barbudo.

Nos detuvimos debajo de un gigantesco algarrobo. Me recosté en el tronco y miré hacia atrás. Allá abajo, muy abajo, se veía el mar. Traté de localizar la playa del Inglés, pero la vegetación lo cubría todo. En una estrecha franja, junto a la costa, el mar era verde; allí el fondo era arenoso. Después, el mar era de un azul muy intenso, salpicado de pequeñas manchas blancas, señal de que el viento comenzaba a soplar.

—Éste era un camino real que unía antiguamente a Cienfuegos con Trinidad—, oí a mis espaldas la voz del barbudo.

Me volví:

—¿Y todavía se usa?

—Sí, pero poco. Solamente por los guajiros que viven en la zona.

Al otro lado del camino se agitaron los arbustos y por entre ellos salieron varios hombres con barbas, armados. Se adelantó uno, que me abrazó, dándome estruendosas palmadas en la espalda.

—¿No me reconoces? —me preguntó.

—Sinceramente, no.

—Mírame bien.

Traté de imaginarlo sin la barba.

—¡Armandito Fleites!





—¿Cómo andas, mi hermano?, ja, ja, ja.

Y nuevas palmadas en la espalda. Me presentó a los que estaban con él y después de asegurarles que yo me sentía descansado, continuamos la marcha.

Seguimos ascendiendo. De vez en cuando volvía la vista atrás, para grabar el paisaje en mi memoria. Al cruzar unas elevaciones, perdimos la visión del mar y un poco más abajo, por entre un grueso macizo de árboles, se divisaron algunas casas.

—Es allí —me dijo Fleites.

Divisar nuestro objetivo me dio nuevas fuerzas. Pero el camino bajaba y subía, tortuoso, y otra vez me pareció que nunca llegábamos. Al doblar de unos árboles, las casas reaparecieron, casi frente a nosotros. Había barbudos por todas partes y también guajiros de civil, mujeres y niños. De la casa mayor salió un grupo que se dirigió a nuestro encuentro.

—¡Es Eloy! —dijo Fleites, refiriéndose a Gutiérrez Menoyo.

Nos presentaron. Nuevos abrazos. Uno de los personajes principales era William Morgan, un americano que se había incorporado a las guerrillas porque Batista le había matado un amigo, decía.

Entramos al bohío, donde estaba puesta una larga mesa sobre el piso de tierra. Nos sentamos una docena de hombres: Gutiérrez Menoyo, Fleites, Morgan y el resto del Estado Mayor. La comida era abundante y bien hecha: chilindrón, yuca con mojo. Por las puertas y ventanas abiertas se





asomaban los rostros de los niños del batey. Pensé que aquel almuerzo había sido preparado con esmero. Mientras comíamos se relataron anécdotas. En ellas, los hombres de Menoyo ejecutaban épicas acciones. Se sirvió café y hasta se repartieron tabacos.

Recogieron la mesa, nos echamos hacia atrás en los taburetes y abordamos el tema que nos reunía. Armandito Fleites, que actuaba como delegado civil, hizo la introducción: el Escambray debía ser un frente de la revolución y no de una organización en particular, por eso instaban al 26 de Julio a integrar el Estado Mayor que comandaba Gutiérrez Menoyo. En términos nacionales reconocían la autoridad revolucionaria de Fidel y en lo civil estaban dispuestos a colaborar estrechamente con el 26, pero sin fundirse en nuestras filas. En cuanto al grupo de Faure, había problemas. Éstos se negaban a reconocer la autoridad militar de Menoyo, a pesar de que él había sido prácticamente el creador del frente del Escambray, según Fleites.

—De todos modos debemos hablar con ellos —dije yo.

—Eso sería perder el tiempo —aseguró Fleites—. Hemos agotado todos los esfuerzos.

—Además, ser cuatro gatos —intervino Morgan—. Si tú querer, yo ir ahora mismo y liquidarlos.

—No, no, cálmate. La cosa no es así —dije yo.

Estaba clara la razón de las divergencias que existían en el Escambray. Ahora bien, ¿qué debíamos hacer nosotros? Claramente era más importante el





apoyo de Menoyo. Parecían los más poderosos y operaban en una zona que dependía en lo fundamental de Cienfuegos. Precisamente donde nosotros éramos más fuertes. Desde allí podíamos abastecer fácilmente a Bordón. Además, Bordón pasaría a integrar el Estado Mayor de Menoyo, desde donde podría influir en el futuro curso de los acontecimientos. Sin lugar a dudas, nuestra influencia podría ser mayor sobre Menoyo que sobre Faure. Lo que me habían contado en Miami así lo indicaba. En definitiva, ésta era una situación temporal, que se resolvería favorablemente para nosotros cuando llegara un comandante con prestigio de la Sierra, y nuestro propio ejército del 26 de Julio se convirtiera entonces en el más numeroso y aguerrido del Escambray. Entonces desaparecería el peligro de que Las Villas cayera en manos de otra organización que no fuera la nuestra.



Fleites estaba en el uso de la palabra. Hacía un extenso recuento de los logros del Segundo Frente del Escambray. Los comandantes y capitanes de Gutiérrez Menoyo escuchaban arrobados el relato dramatizado de sus propias hazañas. Se estaba haciendo tarde y yo debía partir. Teníamos que entrar en Cienfuegos al anochecer, en el cambio de guardias. Menoyo captó mi intranquilidad, porque decidió interrumpir a Fleites. Ultimamos los detalles de nuestro acuerdo, que fue sellado con sonoras palmadas de Fleites en las espaldas de los allí presentes.

Todavía me estaba vistiendo cuando entró Martha para anunciarle que me esperaba una enviada de Bosch.





Hacía semanas que su recuerdo me había abandonado, en el trajín de la lucha diaria. Ahora volvió con toda intensidad.

Orlando Bosch había tratado durante meses de ingresar al 26 de Julio. Yo me había opuesto. Bosch ejercía la medicina en Santa Clara. Había sido compañero de Guillermito en la Universidad y a través de él insistía en que lo aceptáramos en la organización. Yo no lo conocía de antes, pero sí recordaba que algunos amigos míos hablaban de él, cuando era líder estudiantil, como de un elemento politiquero y gansteril. Se decía que había utilizado su condición de dirigente universitario para aceptar favores de Prío. Cuando todos eran unos simples estudiantes, ya Bosch poseía dos automóviles.

Ante la insistencia de Bosch con Guillermito, decidí un día hablar con él, para exponerle abiertamente las razones del rechazo. Fue en casa de Guillermito que nos vimos. Fui al grano:

—Ante tu insistencia, hemos decidido darte una explicación. Nosotros tenemos la impresión de que tu pasado no está claro. Se dice que traicionaste varias veces el movimiento de protesta estudiantil al aceptar favores de Prío. Que eras un elemento gansteril. Que lo único que te movía era la ambición —miraba a Bosch mientras hablaba, para medir el efecto de mis palabras. Pero no pude leer en sus ojos—. Éstas son opiniones generalizadas. Algo debe de haber. Yo no tengo un criterio propio.

Bosch tomó la palabra, los espejuelos le resbalaban por su ancha nariz.





—Es falso todo lo que dicen de mí. No hay nada de que tenga que avergonzarme. Se trata de habladurías. Quiero hechos concretos. Fidel fue mi compañero en la Universidad: pregúntale a él. Si he sido culpable de algo que manche a la revolución, fusílenme. Pero mientras, déjenme trabajar por ella. Cuando me gradué de médico, prometí a mi madre no intervenir nunca más en la política, pero no puedo pensar en otra cosa. Trato de concentrarme en el trabajo, de agotarme. Pero a mi alrededor todos hacen algo y yo me siento como un mierda. Quiero luchar por mi país. ¿Puede negársele a un hombre el derecho de luchar por lo que considera que es su deber? No hay nada concreto contra mí. Denme la responsabilidad más humilde y si algún día se descubre que deshonro a la revolución, pago con la vida.



No hallé nada que alegar. Bosch trabajó con entusiasmo. Fue ganando mi confianza. Con el tiempo, fue uno de mis segundos. Su naturaleza nerviosa hizo que se le reabriera una vieja úlcera. Con una hemorragia interna hubo que llevarlo urgentemente a La Habana. Cuando estaba ingresado, un guía del Escambray fue detenido en Santa Clara y entre otros, denunció a Bosch. Ventura personalmente lo sacó del hospital. Gestiones del Colegio Médico lograron salvarle la vida. Autorizamos su exilio en Miami.

En cuanto a nuestras actividades allí, no habíamos tenido suerte. En el primer envío de armas, que traía Guillermito, el barco fue sorprendido por una tormenta y se hundió a la altura de





las Bahamas. Todos estuvieron a punto de ahogarse y fueron rescatados en pleno mar.

Terminé de vestirme y bajé a la sala. Una mujer joven se puso de pie y me entregó una carta:

“Querido amigo Sierra:

”Comenzaré estas líneas recordando aquello de que Dios aprieta pero no ahoga, y muy esperanzado. El piloto que llevaba el barco del naufragio es un muchacho cubano de apellido Romero. El tío y el padre de este muchacho, tienen un barco de carga de muchos miles de toneladas que da viajes a Miami, a Baracoa y Sudamérica. Cuando estos señores se enteraron de lo que le sucedió a su sobrino e hijo me vinieron a ver, tarde en la noche, hace dos días. Después de mucho conversar y de un discurso patriótico mío, el hombre se levantó y me dijo: Dr. Bosch, yo nunca he estado mezclado en asuntos revolucionarios, pues mi barco vale mucho dinero y de él viven diez familias cubanas, pero creo que ha llegado el momento en que todos pongamos un grano de arena para derrocar al tirano. Por tanto, pongo el barco a su disposición para dar ese viaje.

”Figúrate como me sentí después de eso. Aquí sí que no hay escache, Sierra, pues es un barco comercial, trasatlántico, y lo conducen verdaderos lobos de mar. Después de esta entrevista fui a ver a Yeyé, la cual se puso muy contenta y me dijo que en ese viaje llevaríamos varias ametralladoras calibre 30 y 50, BARs, Thomson y 30 000 tiros, pues como es muy seguro, tenemos que aprovecharlo bien. Todos estos equipos están aquí en





Miami. Ella está en el mejor de los planos de seguir cooperando con nosotros, pues ha visto nuestros esfuerzos e interés. Los señores que vengan en el barco de allá deben traer cortahierros, pues los equipos van en barriles de petróleo.

”El barco de acá sale del 5 al 10 de noviembre. Así que ten preparado a los de allá. Lo que sí es muy importante es que mandes a decir si la vía de allá sigue disponible. Por acá no hay problema.

”En cuanto a Guillermito y Cía., te diré que los muchachos todavía están en Nassau y esperamos que lleguen pronto. Yeyé nos ayudó, inclusive con dinero, pues hay que darle plata hasta a la inmigración. Contéstame pronto. Manda a alguien o ven tú. Si este embarque se da, como estamos seguros, ve preparando los 10 000 pesos prometidos para seguir comprando equipo.

”Anoche me volví a reunir con el capitán del barco. Tomamos café, discursos patrióticos, etc., y el asunto quedó reafirmado. De mi salud te diré que, aunque sigo trabajando igual que allá, me siento bien. Mándame una carta bien larga.

”Te abraza,
”Orlando”.





La sierra







El Che en Las Villas

“Sierra Maestra, septiembre 20, de 1958.

”Compañeros Sierra y Diego:

”Por el extraordinario trabajo que he tenido en las últimas semanas, descuidé comunicarles oficialmente el envío de tropas hacia Las Villas y la designación del compañero E. Guevara como Comandante de las fuerzas del 26 de Julio en la misma.

”Supongo, sin embargo, que Zoilo les haya informado ampliamente de los planes. Creo que la posición del Movimiento mejorará notablemente. El apoyo de la organización a las tropas en campaña será un factor decisivo. Esperemos que a todos los espere una cadena de éxitos. Estamos dispuestos a seguir mandando refuerzos. Las Villas tiene para nuestros planes estratégicos una gran importancia. Valen la pena todos los esfuerzos.

”Fraternalmente,

”Fidel Castro”.





Fui y vine varias veces a lo largo de la carretera, pero en el lugar de la cita no había nadie. Tenía que ver al Che de todas maneras. Algo había fallado. Nadie esperaba en el cruce acordado. No podía volverme atrás. Decidí seguir viaje hasta Trinidad y tratar de subir a las lomas desde allí. En Trinidad localicé a Carlos Trelles. Ni corto ni perezoso, Trelles consiguió dos buenos caballos y se ofreció a servirme de guía. Con el pretexto de visitar una finca en las afueras, partimos.

Los caballos iban al paso, mientras conversábamos. Pronto agotamos los temas y seguimos en silencio. No encontramos a nadie en el camino y ya comenzaba a caer la tarde cuando llegamos a Condado. Era un poblado con casas a ambos lados de una ancha calle. Cabalgamos por el medio de la calle. Los cascos resonaban con un ruido que yo hubiese querido que fuese más quedo. Las puertas y ventanas de la mayoría de las casas estaban cerradas como si estuviesen vacías. Según nuestras últimas noticias, Condado estaba en territorio rebelde, pero uno nunca sabía. Muchas familias se habían ido, temiendo un posible bombardeo.

Bajo un portal, tres hombres conversaban; se volvieron para vernos pasar; nos saludamos con un gesto de la mano. Después encontramos dos o tres grupos más que nos miraron con curiosidad. Llegamos al final del pueblo y volvimos atrás.

Desandamos el camino hasta detener los caballos frente al primer grupo que habíamos saludado. Trelles se bajó a hablar con los hombres





mientras yo seguía vigilante montado sobre el caballo. Uno de los hombres señaló hacia una bomba de gasolina que estaba en la acera de enfrente. Medio oculto en las sombras del portal estaba un rebelde que nosotros no habíamos visto antes. Trelles cruzó la calle, yo me bajé del caballo y lo seguí.

Trelles habló:

—Queremos ver al Che y hemos perdido el contacto. ¿Sería posible conseguir quien nos llevara hasta él?

El hombre nos miraba, desconfiado, sin responder.

—Mire, yo soy Sierra, el coordinador provincial del 26 de Julio. Tengo cita con el Che. Comprendo que usted desconfíe. ¿Por qué no nos llevan hasta él? Andamos desarmados. Si fuéramos chivatos sería como meterse en la boca del león.

Los ojillos nos miraban escrutadores. Lo habíamos enfrentado a un grave dilema.

—Esperen aquí —dijo, y desapareció dentro de la casa.

Al poco rato sentimos el galopar de un caballo, que se alejaba. Después, el hombre reapareció e insistió en lo de la espera.

Pasó el tiempo. En el cielo aparecieron los tonos rojizos del sol poniente. Trelles me miró intranquilo.

—Esperemos un rato más —dije—, si no viene nadie, nos lanzamos a rumbo.

Sentimos el ruido de un motor.

—¡Es nuestro yipi! —dijo el rebelde.





Una pequeña elevación nos impedía ver el camino. El ruido se acercaba. Empezó a verse una nube de polvo que ascendía y de pronto apareció el yipi. Frenó frente a nosotros. Venían varios rebeldes, pero ninguno se bajó.

—¡Pero si es Sierra! —dijo el que parecía ser el jefe y se tiró del yipi. Y la pregunta obligada—: ¿No me reconoces?

—No...

—Soy Nieves, de las milicias del 26. Ahora soy del Directorio... Es que cuando me alcé no había nadie del 26.

—Sí, me acuerdo —mentí—. Qué suerte haberte encontrado. ¿Sabes que andamos buscando al Che?

—Eso me han dicho. Hace dos días lo vimos, pero sabemos más o menos por donde anda. Suban, casi podemos llegar en el yipi.

Anochecía. El chofer era muy arrojado. El camino hecho a pico en las laderas de las montañas. Éramos demasiados en el yipi y cada bache entrañaba el peligro de caer fuera, o aún peor, de despeñarnos.

Era noche cerrada cuando topamos con la retaguardia del Che. A la luz de los faroles del yipi vi los primeros hombres de la Sierra Maestra. Eran distintos a los del Escambray. Los pelos muy largos y revueltos. Las barbas ajadas. Las ropas y los zapatos deshechos. Hablaban con acento oriental, eran gráciles y manejaban con soltura las armas, como si fueran parte de sí mismos.

Tuvimos que dejar el yipi; el camino era ahora demasiado quebrado. Seguimos a pie. Por aque-





lla zona había llovido y los zapatos se hundían en el fango. Cada vez nos cruzábamos con más gente de la tropa del Che. Nieves y los suyos los miraban respetuosos. Se vieron las luces de varias casas. Una posta nos cerraba el paso. Nos identificamos y uno de los hombres fue hasta las casas y volvió. Nos dejaron pasar. En lo que era el batey, en la noche oscura, había una hoguera encendida; a su alrededor, varios hombres. Nos acercamos. Llevaba en la mente la imagen del Che, la que había visto publicada en los periódicos. Ninguna de aquellas caras era esa cara. Pero había un hombre regularmente fornido, que vestía una boina sobre su pelo muy largo. La barba no era muy tupida. Llevaba una capa negra y la camisa abierta. Las llamas de la hoguera y el bigote, que caía a ambos lados de la boca, le daban un aspecto chino. Pensé en Gengis Khan. Así debieron de haber sido aquellos tiempos. Las sombras que proyectaba la hoguera danzaban en su rostro, dándole expresiones siempre cambiantes, fantásticas.



Fijó su mirada en mí.

—Soy Sierra —dije.

Por toda respuesta se sonrió, mientras nos dábamos la mano. Había venido mucha gente de los alrededores, que lo rodeaban, que le hablaban. No se mostraron dispuestos a que mi presencia los interrumpiera. Me hice a un lado. Llegaron nuevas gentes y la cosa se complicaba. Me fui a orinar y luego me senté en una piedra. Había gran confusión; mucha gente iba y venía. Entonces vino Nieves y me dijo que el Che me esperaba. Lo seguí





hasta la sala de uno de los bohíos. Recostado en un taburete, en un rincón, estaba el Che, comiendo.

—¿No tienes hambre? —me preguntó.

—No mucha.

—No importa. El guerrillero debe comer siempre que encuentre comida, porque nunca sabe qué viene después.

Cogí un pedazo de carne y comencé a masticar, sin gusto. Cuando terminamos de comer nos fuimos afuera y nos sentamos sobre unos troncos que estaban tumbados en el suelo. El Che me ofreció un tabaco y fumamos. Después dijo:

—Ya conocí a dos de la Dirección Provincial.

—¿Y qué te parecieron?

—El negrito de la propaganda parece bueno. El obrero... no me dio la impresión de ser obrero.

—Pues lo es. Trabajó en la Rayonera de Matanzas.

—Aun así.

Hizo una pausa, y después:

—Me he encontrado con la gente del Directorio. Llevo buena impresión de ellos. Me parece que has manejado muy mal la cosa del Escambray.

Sentí un vacío en la boca del estómago.

—Es muy fácil emitir ese juicio ahora, pero la visión no era tan clara hace unos meses atrás. —Le hice la historia de nuestras relaciones con el Escambray:

—A nuestro entender, en aquel momento era más beneficiosa la alianza con Menoyo. Después que llegamos a un acuerdo, empezaron las dificul-





tades. El primer roce comenzó cuando publicaron unas declaraciones atacando al Directorio y daban a entender que nosotros compartíamos ese criterio. Tuvimos que desmentirlos en nuestro periódico clandestino. Luego, cuando Bordón empezó a cobrar fuerzas, comenzaron a preocuparse. Al principio nos ocuparon abastecimientos destinados a Bordón, y por último, lo sorprendieron y desarmaron. Y así fue como en definitiva quedamos mal con Dios y con el Diablo.

—Me han estado zafando el cuerpo —dijo el Che—. Menoyo no ha querido entrevistarse conmigo.

Se acercó un rebelde delgado, que lucía una chivita muy larga.

—El comandante Ramiro Valdés, mi segundo; el compañero Sierra —nos presentó el Che. Ramiro se echó en el suelo y recostó la cabeza contra uno de los troncos.

—¡Que diferencia con Camagüey! —comentó poniéndose cómodo.

El Che sonrió. Yo aproveché:

—¿Qué les parecen las cosas que le hemos enviado?

El Che respondió:

—Hasta ahora hemos recibido poca ayuda del Movimiento. Quien sí ha hecho mucho por nosotros es el PSP.

—¿El PSP?

—Sí, nos han mandado un cargamento de ropas y zapatos que nos ha venido muy bien.

—¿Cuándo?





—Hace dos días.

—¡Mierda el PSP! Ese cargamento lo enviamos nosotros. Teníamos la rastra aquí desde que ustedes andaban por Camagüey.

Llegaron dos rebeldes que consultaron algo. Cuando se fueron, el Che tomó la palabra:

—En los próximos días estableceremos nuestro campamento definitivo. Cuando descansen los hombres comenzarán las acciones. Tenemos que hacernos de algún parque, casi no tenemos balas.

Le hablé de las armas que esperábamos de Miami. Vendrían 30 000 tiros.

—Ver para creer —dijo Ramiro.

—Ya veremos —dije yo—. Lo malo es que luego ustedes digan que las mandó el PSP.

Todos reímos y nos sentimos más cerca.

—Las armas entrarán por el norte, por la zona de Camilo. Este fin de semana iré a verlo —dije.

—Cuando hayamos ampliado y consolidado nuestro territorio —continuó el Che—, implantaremos la reforma agraria, repartiremos la tierra entre los que la trabajan. ¿Qué tú crees de la reforma, agraria?

—Es imprescindible —contesté. Los ojos del Che se avivaron—. Sin reforma agraria no hay progreso económico posible.

—Ni social —me interrumpió el Che.

—Claro, ni social. Yo escribí una tesis agraria para el programa del Movimiento.

—¿De veras? ¿Y qué decía?

—Toda la tierra ociosa debía darse a los guajiros y gravar fuertemente a los latifundistas para poderles comprar sus tierras con su propio dinero.





Entonces la tierra se vendería a los guajiros a lo que costara, con facilidades de pago y con crédito para producir.

—¡Pero ésa es una tesis reaccionaria! —el Che hervía de indignación—. ¿Cómo le vamos a cobrar la tierra al que la trabaja? Eres igual que toda la demás gente del llano.

Me encolericé.

—¡Coño!, y ¿qué quieres?, ¿regalársela? ¿Para que la dejen destruirse, como en México? El hombre debe sentir que lo que tiene le ha costado su esfuerzo.

—¡Carajo, mira que eres! —gritaba el Che y se le hinchaban las venas del cuello.

Discutimos incansablemente. Ramiro se fue a dormir. Empezó a soplar un viento frío que me daba temblores.

—Además —alegaba yo—, hay que disfrazar las cosas. No creas que los americanos se van a cruzar de brazos viéndonos hacer las cosas tan descarnadamente. Hay que jugarles la cabeza.

—Así que tú eres de los que creen que podemos hacer una revolución a espaldas de los americanos. ¡Qué comemierda eres! La revolución la tenemos que hacer en lucha a muerte con el imperialismo, desde el primer momento. Una revolución de verdad no se puede disfrazar.

Seguimos discutiendo durante largas horas. Menos las postas, todos dormían. El frío de la madrugada era cortante. Me castañeteaban los dientes. El tabaco del Che apenas se podía sostener con la punta de los dedos. Flotaba una ligera neblina.





El Che miró su reloj.

—Vámonos a dormir.

Nos dirigimos a uno de los bohíos. Nos habían guardado dos camas en un cuarto. Todavía seguimos hablando y entonces se oyó ruido de gente que trajinaban afuera, y quejidos.

—¿Qué habrá pasado? —pregunté.

—Algún tiro escapado —dijo el Che.

Salimos afuera. Efectivamente, era un tiro escapado de una escopeta. Había varios heridos. A la luz de los faroles de luz brillante, los médicos extraían las municiones. Había un rebelde que se aguantaba el sexo con las manos, mientras se quejaba amargamente.

Al fin le llegó su turno: el hombre comenzó a llorar mientras, se bajaba los pantalones.

—Me han herido en los huevos, doctor —gemía.

El médico hurgó en los testículos del hombre y luego extrajo algo con la pinza, mientras que el rebelde pegaba un grito desgarrador.

—Aquí tienes la causa de tus pesares —y le alargó la pinza.

—¡Coño! —dijo el rebelde— ¡Una garrapata!

Todo el mundo se desternillaba de risa y el Che tuvo un acceso de tos.

Cuando nos volvimos a acostar, la neblina empezaba a blanquear.

Diego me miró con cara compungida.

—Bajo ningún concepto haremos lo que quiere el Che —dije—. Asaltar el banco de Sancti Spíritus es una locura. Eso nos enfrentaría a mucha





gente que hoy nos apoya. Además, no es necesario. En estos momentos tenemos más dinero que nunca. Cerca de 50 000 pesos. Le enviaremos una buena parte, para que vea. Estoy seguro que Fidel no aprobaría esta acción. No te preocupes, ahora mismo voy a escribirle al Che para exponerle nuestras razones. Al cabo de algunos días llegó su respuesta:

“Santa Lucía, noviembre 3 de 1958

”Estimado Sierra:

“Acabo de recibir tu carta con profunda sorpresa, pues me doy cuenta que no es lo mismo lo que se discute aquí y aquí se aprueba, y el tamiz del llano. Me pones en la postdata que Diego está de acuerdo contigo y aquí estaba de acuerdo conmigo. Será que Diego no tiene palabra, o simplemente, no tiene opinión sobre problemas fundamentales de la revolución.

”Dices que ni el mismo Fidel hizo eso cuando no tenía que comer. Es verdad; pero cuando no tenía que comer tampoco tenía fuerzas para hacer un acto de esa naturaleza. Cuando pedimos ayuda a las clases que podrían sufrir en sus intereses por el asalto, nos respondieron con evasivas para, finalmente, traicionarnos; como ocurrió con los arroceros en la reciente ofensiva.

”Según quien me trae la carta, las direcciones de los pueblos amenazan con renunciar. Estoy de acuerdo con lo que hagan. Aún más, lo exijo ahora, pues no se puede permitir un boicot deliberado





a una medida tan beneficiosa para los intereses de la revolución como es ésta.

”Me veo en la triste necesidad de recordarte que he sido nombrado comandante en jefe, precisamente para dar una unidad de mando al Movimiento y hacer las cosas mejor. Por los timoratos, no se pudo realizar el ataque a Fomento, como lo habíamos planeado. A la hora de los tiros, había un número ridículo de cocteles; no había un miliciano para realizar las tareas a ellos encomendadas y salieron con que no era la hora indicada. Renuncie o no renuncie, yo barreré, con la autoridad de que estoy investido, con toda la gente floja de los pueblos aledaños a la sierra. No pensé que vendría a ser boicoteado por mis propios compañeros. Ahora me doy cuenta que el viejo antagonismo que creíamos superado, resurge con la palabra ‘llano’, y los jefes divorciados de la masa del pueblo, opinan sobre las relaciones de éste. Te podría preguntar: ¿por qué ningún guajiro ha encontrado mal nuestra tesis de que la tierra es para quien la trabaja? Y sí los terratenientes. Y si eso no tiene relación con que la masa combatiente esté de acuerdo con el asalto a los bancos cuando ninguno tiene un centavo en ellos. ¿No te pusiste nunca a pensar en las raíces económicas de ese respeto a la más arbitraria de las instituciones financieras? Los que hacen su dinero prestando el dinero ajeno y especulando con él, no tienen derecho a consideraciones especiales. La suma miserable que ofrecen es lo que ganan en un día de explotación, mientras este sufrido pueblo se desangra en la sierra y el llano,





y sufre diariamente la traición de sus falsos conductores.

”Me adviertes con la responsabilidad total de la destrucción de la organización. Acepto esa responsabilidad revolucionariamente y estoy dispuesto a rendir cuentas de mi conducta ante cualquier tribunal revolucionario, en el momento que lo disponga la Dirección Nacional del Movimiento. Daré cuenta del último centavo que se confiara a los combatientes de la sierra, o que éstos lograran por cualquier medio. Pero pediré cuenta de cada uno de los 50 000 pesos que anuncias, pues te comunico que por resolución de Fidel, en carta que te mostraré cuando subas, la tesorería del Frente del Escambray, debe estar aquí.



”Me pides un recibo con mi firma, cosa que no acostumbramos a hacer entre compañeros. Soy absolutamente responsable de mis actos y mi palabra vale más que todas las firmas del mundo. Si exijo firmas a alguien, es porque no estoy convencido de su honestidad. No se me hubiera ocurrido pedirte a ti sobre nada, aunque le exigiera cien a Gutiérrez Menoyo.



”Acabo con un saludo revolucionario y te espero junto con Diego,
“Che”.



Se fue haciendo de noche, lentamente, en la bodeguita de las afueras de Yaguajay. Iba a conocer a Camilo. Esperé en la penumbra, hasta que el hombre vino y dijo que lo siguiera a distancia.





Nos adentramos por un callejón que se perdía en la oscuridad. La tierra estaba resbalosa por las lluvias recientes. Después de caminar un rato, el hombre me hizo señas y gateando bajo la cerca de alambres, penetramos en el cañaveral.

Perdido entre la caña, había un bohío, cuya puerta se abrió al dar la contraseña. A la luz de la vela me presentaron al guía. Nos calzamos las rudas botas y recibimos nuestras armas. Nuevamente nos pusimos en marcha por entre las cañas, llevando los caballos por las bridas.

Al fin salimos del cañaveral y montamos los caballos. Atrás quedaban las luces de Yaguajay y de frente se acercaba la mole oscura de las lomas. A poco sonaron los primeros disparos.

—¿Es con nosotros? —pregunte al guía.

—Quizás —respondió—, o a lo mejor los guardias disparan de nerviosismo. De todos modos no se preocupe, amigo, que la que está para uno, no la para ni el pellejo más duro.

Llegamos a las primeras elevaciones y comenzó a caer una fina llovizna. Los caballos resbalaban en el fango, mientras las ramas bajas arañaban nuestros cuerpos. Por entre intrincados desfiladeros y una vegetación tupida, llegamos a la primera guardia. Dimos la contraseña y seguimos. Nos acercábamos al campamento. La emoción iba *in crescendo*, aumentaba con cada paso del caballo: nos acercábamos a Camilo.

Llovía muy fuerte cuando arribamos al lugar de la cita. Sin salir de la hamaca nos recibió William Gálvez. Estaba enfermo con fiebre. Alzó





la cabeza para decirnos que Camilo tuvo que partir urgentemente a ver al armero, que se había herido.

Continuamos la marcha hacia el nuevo punto. La lluvia fue cediendo, llevándose algo la oscuridad. Aparecieron las primeras estrellas y también las luces lejanas que pensé serían las de Caibarién. Mucho tiempo marchamos fumando en silencio.

—Allí está el bohío—dijo el guía.

Llegamos y amarramos los caballos. Algunos hombres dormían en sus hamacas, otros montaban guardia. Nos asomamos a la puerta y vimos a Camilo. A la tenue luz de la vela estaba sentado con otro hombre. Sobre la mesa, un radio portátil transmitía a Radio Rebelde. Camilo vestía una gorra del Ejército de Batista y se acariciaba la barba pensativamente. No notó nuestra presencia. Paseé la mirada por la humilde sala de piso de tierra y distinguí a la familia de la casa. Desde la oscuridad del rincón adoraban a Camilo. La luz temblorosa de la vela dibujaba extrañas figuras en su rostro. Todo era como en un cuadro.

Se levantó por fin y vino hacia nosotros. Nos presentaron y estreché su mano. Nos sentamos en el suelo, afuera, junto a la puerta. Hablamos largamente. De la lucha, de los próximos meses; de los campesinos, de la reforma agraria, del Che. En las noches de la sierra, el Che les leía a Neruda.

Le hablé de las armas que llegarían pronto.

—Ese perro me ha mordido otras veces—sonrió.





—Esta vez es diferente —dije, sintiendo que de aquello dependía su confianza.

Dejamos coordinado todo lo referente a la llegada de las armas.

El tiempo pasó más veloz que nunca. Inexplicablemente, ya era hora de partir.



Íbamos tres hombres a caballo: Marcelo, el guía y yo. Habíamos subido hasta Caballete de Casa, donde estaba el campamento del Che, pero no lo vimos: andaba para el Pedrero, donde el Ejército hacía movimientos que indicaban una próxima ofensiva.

Caía la tarde mientras marchábamos por el camino polvoriento. En el campamento nos habían dotado de ropas de trabajo y anchos sombreros de guano para protegernos del sol de aquel día. Nos habíamos cruzado con varios grupos que venían del Pedrero. Nos advertían al pasar:

—¡Cuidado con la avioneta! Está tiroteando. Desde entonces estábamos vigilantes: buscábamos con la vista los árboles de tronco grueso, único refugio en caso de ataque. Pero el tiempo fue pasando y la avioneta no aparecía. El sol se había puesto tras las lomas de la derecha y la luz era tenue. La quietud nos ganó. Sólo se oía el golpe seco de los cascos contra el polvo. Íbamos sumidos en nuestros pensamientos y ya nadie vigilaba.

De pronto se oyó la voz del guía:

—¡Avioooooón!

¡Ras! Corrió la sangre por las venas, súbitamente impulsada. Levanté la cabeza y miré al cie-





lo: por la derecha, por la parte de atrás de las lomas, se acercaba la avioneta. Miramos todos a nuestro alrededor, buscábamos los árboles para protegernos. Eran tierras de potrero; no había un solo árbol que tuviera el tronco suficientemente grueso. A ambos lados del camino corría una cerca de bienvestidos, jóvenes, con troncos como palillos. Muy lejos se veía un montecito. Calculé la distancia: imposible llegar a tiempo. Además, siempre existía la posibilidad, remota, de que nos tomaran por pacíficos campesinos, y de arrancar al galope, estaríamos revelando quienes éramos.

Opté por bajar del caballo y sentarme en la cuneta. La avioneta se dirigía directamente hacia nosotros. Distinguí claramente la ametralladora montada en una de las ventanillas, apuntándonos. Me volví de espaldas, apoyé los codos en las rodillas y tomé mi cabeza entre las manos. En cualquier momento esperaba sentir los impactos en la espalda. Los plomos desgarrarían mi carne y saldrían al exterior. Por la posición en que me encontraba, seguramente atravesarían también mis piernas.

Iba a morir. Al fin el temido momento tantas veces imaginado, había llegado. ¿Cómo sería? ¿Se haría todo negro de pronto, o poco a poco? ¿Sería doloroso o me hundiría suavemente en el vacío? Para mí sorpresa, me sentí tranquilo ante la muerte inminente. Iba a morir sin lograr hacer tantas cosas que quería hacer, sin ver tantas cosas que quería ver. La imagen de mi hijo vino a mi mente. Hacía unos días que había cumplido el año. Vi su





cara rosada. La pelusa rubia sobre la cabeza. La razón de mi lucha. Pasó una eternidad, pasaron unos segundos.

—¡Se va! ¡Se va! —gritaba el guía.

Alcé la vista para ver como la avioneta se alejaba, inexplicablemente. Monté en el caballo y echamos a correr, hacia el monte lejano. Pero la avioneta no volvió.

Llegamos al Pedrero de noche. Había una débil luz en una de las casas y entramos. Era de mampostería y tejas, muy vasta. Recogidos a un lado estaban los pupitres. Tras la mesa del maestro estaba sentado un rebelde joven: el teniente Olo Pantoja. El Che había salido y volvería pronto. Sobre la mesa, una yagua contenía una carne verdosa.

—Es chilindrón de carnero —dijo Olo—, sírvanse.

Cogimos cada uno un bocado. Cuando sentí el sabor se me revolvió el estómago: estaba pasada. Con disimulo me acerqué a la puerta y boté mi pedazo.

El Che llegó hacia la media noche. Nosotros yacíamos sobre el piso de la escuela, adormilados. Nos saludamos y después el Che dijo:

—Hemos tenido las primeras escaramuzas. Sin lugar a dudas se aprestan a hacer un intento de penetración por esta zona. Ahora es que hacen falta las armas que prometió Sierra.

Mientras hablaba, cogía los trozos de carne con los dedos sucios. Por el gusto con que comía, aquello le sabía a gloria. Terminó de comer y salimos afuera. Nos sentamos a un lado del camino:





Marcelo, el Che y yo. El Che repartió tabacos. Eran burdos, seguramente hechos en la zona por algún guajiro. Aspiré el humo fuerte y amargo: sentí un calor en el cuerpo y un ligero mareo. A mi lado, el Che fumaba y tosía, con una tos húmeda, como si lo tuviera todo mojado por dentro. Olía mal. Olía a sudor descompuesto. Era un olor penetrante y yo lo combatía con el humo del tabaco.

Nuestra conversación fue áspera. Pero no peleamos mucho aquella noche. Quizás el Che estaba cansado. Quizás era el tabaco fuerte y amargo, que aletargaba. El Che y Marcelo tuvieron algunos torneos verbales. Entre otras cosas, se discutía el programa del 26 de Julio. El Che prometió su contribución escrita. Yo me marchaba pronto para la Sierra Maestra y acordamos cómo funcionaríamos durante mi ausencia.

Cuando veníamos de regreso, Marcelo me preguntó:

—¿Qué te parece?

—A pesar de todo, uno no puede dejar de admirarlo. Sabe lo que quiere mejor que nosotros. Vive sólo para eso. ¿Sabes? Yo creía que era un revolucionario completo... hasta que conocí al Che. Comparado con él, soy un aprendiz. ¡Cuántas cosas me atan, de las que ya él se ha liberado!

Callamos. Al poco rato le dije a Marcelo:

—Cuando vuelva de la Sierra me alzaré con el Che.





La Sierra Maestra

La voz de Fidel llegaba en las ondas de Radio Rebelde, llenando la pequeña habitación, cerrada a cal y canto:

“...Ayer a las 9:00 de la noche, después de diez días de intenso combate, nuestras fuerzas penetraron en Guisa; la batalla tuvo lugar a la vista de Bayamo, donde está el puesto de mando y el grueso de las fuerzas de la dictadura.

”La acción de Guisa se inició el 20 de noviembre al interceptar nuestras fuerzas una patrulla enemiga que diariamente hacía el recorrido de Guisa a Bayamo. La patrulla fue rechazada y ese mismo día llegó el primer refuerzo enemigo. A las 4 p.m. un tanque T-17 de 30 toneladas quedó destruido por una poderosa mina; el impacto de la explosión hizo que el tanque, volteado en el aire varios metros, cayera más adelante con las ruedas hacia arriba y la torre clavada en el pavimento de la carretera. Horas antes, un camión repleto de soldados había sido volado por efecto de otra mina. A las 6 p.m., el refuerzo se retiró.





”Al día siguiente, el enemigo avanzó apoyado por tanques Sherman y logró penetrar en Guisa dejando un refuerzo en la guarnición local. El día 22, nuestras tropas, repuestas del cansancio de dos días de lucha, tomaron posiciones en la carretera de Bayamo a Guisa.

”El día 23, una tropa enemiga intentó avanzar por el camino del Corojo, siendo rechazada. El día 25, un batallón de infantería, precedido por dos tanques T-17, avanzaba por la carretera Bayamo-Guisa custodiando un convoy de 14 camiones.

”A dos kilómetros de este punto, las tropas rebeldes hicieron fuego contra el convoy cortándole la retirada, mientras una mina paralizaba el tanque de vanguardia.

”Se inició entonces uno de los más violentos combates que se ha librado en la Sierra Maestra. Sitiada la guarnición de Guisa, el batallón completo que vino de refuerzo quedaba en el interior del cerco rebelde con dos tanques T-17. A las 6 p.m., el enemigo había tenido que abandonar todos los camiones, parapetándose estrechamente alrededor de los dos tanques. A las 10 p.m., mientras una batería de morteros de 81 los atacaba, reclutas rebeldes, armados de pico y pala, abrieron una zanja en la carretera junto al tanque destruido el día 20, de modo que, entre los restos de éste y la zanja, quedaba obstaculizada la salida de los otros dos tanques T-17 que estaban dentro del cerco.

”Quedaron aislados, sin comida y sin agua, hasta el amanecer del día 27, cuando en otro intento por romper el cerco, dos batallones de re-





fuerzo guiados desde Bayamo, avanzaban con tanques Sherman hacia el lugar de la acción. Todo el día 27 se combatió contra el refuerzo. A las 6 de la tarde, la infantería enemiga inició la retirada protegida por los Sherman, que lograron arrastrar uno de los tanques T-17 que estaban dentro del cerco; sobre el campo, lleno de soldados muertos, quedaron enorme cantidad de armas, 35 000 balas, 14 camiones, 200 mochilas y un tanque T-17 en perfectas condiciones, con abundante parque de cañón calibre 37 milímetros. La acción no había concluido; una columna rebelde interceptó al enemigo en retirada en el entronque a la Carretera Central y le causó nuevas bajas, ocupando más armas y parque.



”El día 28, dos pelotones rebeldes, precedidos por el tanque capturado, avanzaron hacia Guisa. A las 2:30 a.m. del día 29, los rebeldes tomaron posiciones y el tanque logró situarse frente al mismo cuartel de Guisa. El enemigo, atrincherado en los numerosos edificios, disparaba intensamente. El cañón del tanque había disparado ya 50 cañonazos cuando dos impactos de *bazooka*, lanzados por el enemigo, paralizaron los motores del tanque, pero el cañón siguió disparando hasta agotarse el parque y los ocupantes del tanque bajaron de él en retirada. Entonces se produjo un hecho de inigualable heroísmo: el teniente rebelde Leopoldo Cintras Frías, que manejaba la ametralladora del tanque, la sustrajo del mismo y, a pesar de estar herido, se arrastró bajo un intenso fuego cruzado y logró llevar consigo la pesada arma.





”Mientras tanto, ese mismo día, cuatro batallones enemigos avanzaban por tres puntos diferentes: por la carretera de Bayamo a Guisa, por el camino de Bayamo al Corojo y por el de Santa Rita a Guisa.

”Todas las fuerzas enemigas de Bayamo, Manzanillo, Vara, Estrada Palma y Baire fueron movilizadas para aplastarnos. La columna que avanzaba por el camino del Corojo fue rechazada después de dos horas de combate. A los batallones que venían por la carretera de Bayamo a Guisa se les impidió avanzar, y acamparon a dos kilómetros de Guisa; los que avanzaban por el camino de Corralillo, también fueron rechazados.

”Los batallones que acamparon a dos kilómetros de Guisa intentaron avanzar durante todo el día 30; a las 4 p.m., mientras nuestras unidades los combatían, la guarnición de Guisa abandonaba el pueblo en precipitada huida y dejaba armamento y parque abundante. A las 9 p.m., nuestra vanguardia penetró en el pueblo de Guisa. El material ocupado al enemigo incluye: un tanque T-17, capturado, perdido y recapturado, 94 armas (fusiles y ametralladoras, Springfield y Garand), 12 morteros 60, un mortero 81, una *bazooka*, 7 ametralladoras trípode calibre 30; 55 000 balas. 130 granadas Garand, 70 obuses de mortero 60 y 25 de 81, 20 cohetes de *bazooka*, 200 mochilas, 160 uniformes, 14 camiones de transporte, víveres y medicinas.

”El Ejército tuvo 200 bajas entre muertos y heridos. Nosotros tuvimos 8 compañeros que cayeron heroicamente en la acción, 7 heridos.





”Una escuadra del pelotón de mujeres ‘Mariana Grajales’, combatió valerosamente durante los diez días que duró la acción.

”Guisa, a 12 kilómetros del puesto de mando de Bayamo, es ya territorio libre de Cuba”.

Santiago de Cuba estaba rodeada por el Ejército Rebelde. El Ejército de la tiranía trataba de romper el bloqueo. Un intento tras otro era aplastado por los hombres de las columnas rebeldes. La única vía de acceso a la ciudad era la aérea.

El avión de Cubana aterrizó en el aeropuerto. No hicimos más que bajar del avión y nos chocó inmediatamente el ambiente de gran tensión. Martha y yo pasamos la inspección de la Policía y tomamos un taxi rumbo a la ciudad. Nos alojamos en el hotel Casa Granda. A la hora de la comida constatamos el bloqueo: escaseaban ya algunos alimentos.

Al otro día a primera hora fui al Banco Continental. El administrador, Fernando Vecino, había estado en Santa Clara a hacernos un aporte en nombre del dueño del banco, Julián Zulueta. Vecino tenía un hijo que era capitán del Ejército Rebelde.

Me pasaron a su pequeño despacho, donde Vecino me abrazó con afecto.

—Me imagino qué te trae por aquí.

—Vengo a la reunión de la Sierra. Es necesario que me ponga en contacto con la Dirección.

—Hoy mismo. ¿Dónde están parando?

—En el Casa Granda. Vine con mi mujer.





—Primero que todo tienes que salir de ahí. Tu visita a Santiago tiene que pasar inadvertida. ¿Por que no vienen para mi casa?

—No, de ninguna manera, sería causarles muchas molestias. Martha puede regresar a Santa Clara tan pronto yo me vaya.

—No acepto discutir el asunto. Ustedes vienen con nosotros y cuando tú te vayas, Martha se queda en casa hasta que regreses.

Nos fuimos a casa de Vecino. Tuvimos que esperar dos días hasta que todo estuvo listo para mi partida. Esa tarde, un automóvil me llevó hasta una casa junto a la bahía. Otra pareja vendría con nosotros. Cuando cayó la noche fuimos a pie hasta el embarcadero y allí tomamos una pequeña lancha. Anclados en la bahía vimos varios barcos de la Marina. Fuimos sorteando los obstáculos hasta que atracamos al otro lado, en los muelles de un club.

Allí esperamos un largo rato. El lugar estaba desierto. Hasta esa parte de la bahía no se aventuraban los hombres de Batista. Por fin vinieron a buscarnos y nos llevaron hasta un grupo de casas que eran la primera avanzada rebelde. Aquello estaba en manos de los escopeteros. Nos cambiamos de ropa: vestimos pantalón y camisa gris (no había verde olivo), botas, una hamaca y la mochila. Montamos en un yipi y partimos en la oscuridad.

Por el camino que bordeaba la costa nos cruzamos con varios yipis y camiones rebeldes, que iban hasta la refinería de la Texaco a cargar gasolina. Una rastra tanque estaba atascada, y bloqueaba





el camino. Nos bajamos todos a empujar. Fracasamos. Luego vino un camión y la sacó con un cable. Nos embarramos todo, pero no nos importó porque pudimos seguir viaje.

Aquella noche dormimos en un verdadero campamento rebelde. Allí me encontré al capitán Fernandín Vecino, hijo de nuestro amigo, que estaba convaleciente de las heridas sufridas en una emboscada cerca de Santiago. Observamos una gran actividad, mucha gente que iba y venía. Los yipis entraban y salían. Las avanzadas atacaban constantemente al enemigo, que apenas asomaba la cabeza. Todo daba la sensación de que estábamos en vísperas del desenlace. Fernandín y yo hablamos hasta que el cansancio nos venció.



Al amanecer nos pusimos nuevamente en marcha. Esta vez fuimos en un camión que llevaba barriles de gasolina. Nos presentaron al chofer; le decían Caballo Loco. Muy pronto comprendí el porqué del mote: manejaba por aquel camino abierto en las piedras y los montes como el que va por la Carretera Central. El camino de la costa iba por el terreno quebrado, atravesaba los arenales, los pequeños riachuelos que bajan de la sierra hacia el mar, el diente de perro. Algunas partes estaban inundadas, pues en algún lugar de las montañas había llovido y el riachuelo se convirtió en tempestuoso torrente.



Al mediodía arribamos a un punto que era parada obligada en el itinerario de Caballo Loco. Se trataba de un pequeño caserío de pescadores junto al mar. Allí vivía la gente más miserable que yo





había encontrado. Los hombres, las mujeres, los niños, los perros, las gallinas, eran los seres más escuálidos que yo hubiese visto jamás. Nos invitaron a almorzar con un desprendimiento que me conmovió. Yo me negué: aceptar era como robarles. Pero Caballo Loco no prestó oídos a mis objeciones y nos quedamos.

Me trajeron un plato de lata con arroz y yuca. Me llamó la atención que todo el mundo se quedaba comiendo de pie; pero yo me senté en el suelo. Todos comían con los dedos y yo miré a mi alrededor, con la esperanza de que alguien comprendiera que buscaba un cubierto, pero nadie me hizo caso. De pronto se armó un revoloteo a mi alrededor y el plato de comida saltó en el aire. Las hambrientas gallinas se despacharon a su gusto el arroz. Mientras todos se burlaban, me sirvieron un segundo plato que esta vez comí de pie.

En la tarde llegamos a Aserradero, allí cargamos algunos víveres y entonces torcimos hacia el norte y comenzamos a ascender las montañas. El camión saltaba sobre las piedras. Yo iba arriba, aguantado de la baranda y vigilando los barriles, que se desplazaban amenazando comprimirme. A veces, el camión resbalaba hacia el precipicio y yo ponía el cuerpo en tensión, dispuesto a saltar si el camión se despeñaba. Los brazos me dolían de agarrarme, pero el aire cada vez más frío me mantenía alerta.

Era muy tarde cuando llegamos a una explanada. Había varias casas y una muy grande: era la tienda-almacén de la zona. El propietario se levanta





tó. Los anaqueles estaban casi vacíos, pues no encontraba nada desde que los rebeldes cercaron a Santiago. Compramos unas latas de salchichas y las comimos frías con galletas. Después puse mi mochila en el suelo del portal y me acosté a dormir. El frío me despertaba continuamente. Una de las veces que abrí los ojos estaba amaneciendo.

Ya Caballo Loco andaba trajinando. Nos lavamos. Nos esperaba un largo día de viaje hasta el otro lado de las montañas. Recordé el consejo del Che y comí todas las salchichas que pude. Partimos.

El sol fue disolviendo la neblina mañanera y empezaron a verse los picos de las montañas cubiertos por la vegetación. Aquí y allá se advertían claros en el monte: allí había un bohío y un sembrado. A veces veía desde arriba del camión, bien abajo, un valle estrecho. En el centro del valle, un descampado, varios bohíos y una plataforma de cemento: un secadero de café. A veces, una nube entre los picos ocultaba el paisaje; pero con el tiempo se desplazaba...

Cuando nos cruzábamos con otros yipis y camiones, Caballo Loco hacía verdaderas maniobras en el camino estrecho. Entonces yo miraba a lo lejos. Era curioso el sistema de información. Los que iban y los que venían se detenían unos minutos para contarse lo que sabían. Supimos que después de lo de Guisa, se habían dado otras batallas y que ahora se peleaba en Maffo, donde el Ejército se refugiaba en el edificio del Banfaic.

Al mediodía, el sol intenso me indicó que comenzábamos a descender. Estábamos cerca de La





Lata, donde radicaba el Estado Mayor de Almeida. A media tarde llegamos. Aquél era el final del camino para Caballo Loco. De allí en adelante tendríamos que ir en otro vehículo. Nos habíamos encariñado y nos despedimos con pena. Quedamos en que vendría por Santa Clara cuando triunfara la revolución. Fuimos hasta la comandancia; Almeida no estaba allí, pero recibí una sorpresa: me topé con Melba Hernández.

Melba estaba al frente de los tribunales de justicia revolucionarios en la zona. El territorio que dominaba la columna de Almeida era muy amplio y fue necesario establecer la administración civil. Ella me contó que ya otros coordinadores provinciales habían pasado por allí y que a la primera oportunidad me conseguiría un yipi que me llevara hasta Fidel.

Pasé el resto del día con Melba. Ella me presentó a varios oficiales del Ejército de Batista que se habían pasado a nuestras fuerzas. Se les permitía andar armados, pero se les eximía de combatir contra sus antiguos compañeros. Decían que estaban apenados de haber combatido contra el Ejército Rebelde. Que Batista los tenía engañados y que incluso les decían que de caer en nuestras manos serían fusilados. Sólo pedían que se les diera la oportunidad de reivindicarse. La guerra tocaba a su fin. Ellos podían atestiguar que el Ejército estaba desmoralizado. ¿Para qué combatir, si estaban contra el pueblo?, decían.

El ambiente en La Lata era de gran euforia. La gente de los pueblos cercanos venían a congra-





ciarse con las nuevas autoridades. La gente vieja, que había combatido y sufrido, decía:

— Ya empezó el empuja-empuja.

Al otro día Melba consiguió un yipi. Todo el tiempo íbamos descendiendo. Cayó otra vez la noche y con ella el frío. Nos adentramos en una zona donde también se movía el enemigo. La proximidad del peligro nos fue poniendo nerviosos. Llegamos a un crucero donde había una casa de mampostería.

— Ahora sabremos a qué atenernos — dijo el chofer, mientras bajaba del yipi.

Se perdió en la oscuridad, detrás de la casa. Volvió un rato después.

— ¡Qué raro! No había nadie.

Seguimos en silencio, todos muy preocupados. Al poco rato, el chofer paró el yipi y apagó las luces.

— Mejor es que sigamos a pie, por si acaso. Caminamos apenas unos centenares de metros y llegamos a una ancha carretera: ¡estábamos en la Central! El chofer volvió a hablar.

— Además de que no sabemos los últimos movimientos del enemigo, no es aconsejable viajar por la Central sin un guía, puede estar minada.

Se vieron las luces de un vehículo que se acercaba. ¿Qué hacer? El chofer se decidió y se paró en medio de la carretera y empezó a agitar los brazos. Nosotros nos parapetamos tras una cerca de piñas. El vehículo se detuvo, era un yipi. Nuestro chofer habló con ellos y después el yipi siguió camino. El hombre vino hacia nosotros.





—No hay problema, la carretera está limpia. Fidel está en el cuartel de Baire.

El corazón me dio un vuelco: ¡iba a encontrarme con Fidel! Montamos el yipi y tomamos la carretera por la izquierda. ¡Iba a conocer a Fidel! Hablaríamos largo rato. ¡Tenía tantas cosas que contarle! Tenía muchas ideas. Le daría la buena noticia de que habían llegado las armas, ¡y a tiempo! ¡Las habíamos traído nosotros! También tendría que hablarle del Che.

Estábamos ya dentro del pueblo de Baire. Paramos frente al cuartel. Un soldado rebelde guardaba la entrada. Nos bajamos. De puro emocionado no me sentía las piernas. Fidel no estaba, acababa de irse hacia un rato. Sentí un vacío por dentro. El rebelde no sabía a donde había ido. Le dije quien yo era, que venía a una reunión de la Dirección Nacional, que Fidel seguramente me esperaba. Entonces, el hombre nos dijo el camino.

Llegamos en el yipi hasta el mismo centro del campamento. Ahora había comenzado a chubasquear. Un hombre bajito y fornido salió de las sombras y vino hacia mí. Vestía de rebeld, pero no tenía barba.

—¡Luis Buch! —exclamé.

—¡Enrique!, ¿cómo estás, hermano?

Nos dimos un abrazo. Luis había llegado en avión desde Venezuela, con Urrutia, el presidente provisional designado.

—¿Y Fidel? —pregunté.

—Acaba de acostarse.

—Mejor me llevas hasta él, seguramente quiere verme.





Luis me miró extrañado. Después dijo:

—Me parece que mejor sería esperar hasta mañana. Está muy cansado —el tono de su voz no dejaba lugar a discusión—. Mañana temprano vendré a buscarte y podrás verlo.

Me llevó a un montecito al pie de una loma. A la luz de la linterna se veían muchas hamacas amarradas a los árboles. Me ayudó a armar la mía. Seguía lloviendo. Me quité las botas llenas de fango y me metí en la hamaca. Hacía frío y me tapé con la colcha. Sobre un cordel tendido sobre la hamaca, Luis tiró el *nylon*, a modo de tienda de campaña.

—Hasta mañana —se despidió.

—Hasta mañana.

Yacía en la hamaca sintiendo la proximidad de Fidel. Me dormí con el sonido de la lluvia golpeando contra el *nylon*.

Cuando desperté no había amanecido todavía. Había una gran humedad y me sentía incómodo. Traté de dar vueltas en la hamaca buscando una posición más cómoda, sin lograrlo. Al poco rato comenzaron a distinguirse los árboles y luego penetraron, a través del follaje, los primeros rayos del sol. Corrí el *nylon* y me senté en la hamaca. Me estaba poniendo las botas cuando llegó Buch.

—¿Qué? —le pregunté ansioso.

—Aún no se ha levantado. Tenemos tiempo de desayunar.

Fuimos hasta una caseta en la cual repartían latas de leche condensada. Luis ligó la suya con





agua, pero yo la tomé de la lata, espesa. Conseguimos galletas. Luis me hablaba de Venezuela; del viaje en avión hasta la sierra trayendo a Urrutia. Ya todo el campamento estaba en pie. Yo estaba impaciente: temía que Fidel se complicara y que entonces no pudiera hablar con él. Luis no parecía notar mi impaciencia y seguía hablando.

—Luis... ¿se habrá levantado?

—Puede ser, vamos a ver.

Eché a andar y yo lo seguí. Tomó un trillo por dentro del monte, que ascendía suavemente. En un claro, con los altos árboles por techo, estaba tendida una hamaca. De espaldas a nosotros se mecía un hombre que vestía un grueso suéter verde. A su derecha, sentada sobre unas piedras, una mujer con aspecto de extranjera le tiraba fotografías. Frente a él, y de cara a nosotros, estaba agachado un rebelde delgado, con estrellas de comandante en las hombreras, contemplándolo. Y en el centro del claro estaba parado un adolescente con el aspecto típico del escopetero.

—...Así que robaste un fusil... —oí la voz. Sentí que era Fidel.

—...no es ése el tipo de hombre que queremos en nuestro Ejército Rebelde...

Di la vuelta por la izquierda hasta que lo tuve de frente.

—...¿qué has hecho tú para merecer un fusil?

Me recosté a un grueso tronco. De pronto tuve conciencia del ritmo de mi respiración.

—...ese fusil ha costado la sangre de algún buen...





Era muy joven y fuerte. Bajo el suéter se observaba un torso de atleta. El pelo crespo, de un castaño claro, casi rubio.

—...tú eres un escopetero...

La barba, del color del pelo, no alcanzaba a ocultar el rostro de muchacho grande.

—...¿Qué hacen los escopeteros sino robar las armas que ganan los rebeldes...?

Los ojos carmelitas.

—...Ah... ¿discrepas de mis palabras? Bien, oigamos lo que tienes que alegar.

Se mecía con rápidos impulsos. La mujer de la cámara se contorsionaba para captar sus gestos. El muchacho escopetero habló con voz temblorosa:

—No es cierto que robara el fusil, Comandante. Había tantos fusiles regados por el campo de batalla que no pensé que a nadie le importara que yo me quedara con uno. Hace tiempo que estoy alzado, Comandante. Tampoco es fácil la vida del escopetero. Siempre me han destacado en labores de vigilancia. Yo quería pelear: mi sueño era tener un fusil. Después que nos quemaron la casa, todos los míos se alzaron y yo soy el único que no tiene fusil. Sólo esta vieja escopeta. Me siento como si no fuera hombre.

El escopetero bajó la vista y se quedó mirando al suelo. Se hizo el silencio. Fidel se mecía más rápido que nunca.

—¿Qué tú crees, Efigenio? —dijo, dirigiéndose al rebelde de las estrellas de comandante.

Pero antes de que Efigenio pudiera contestarle.





—Bien, quédate con el fusil: Veremos qué uso haces de él.

Los ojos del escopetero llamearon. Quiso decir algo y no pudo. Se llevó la manga sucia a los ojos, se volteó y salió corriendo. La mujer extranjera escribía ahora rápidamente.

Luis Buch se adelantó:

—Fidel..., quiero presentarte al compañero Sierra, coordinador de Las Villas. Pensé que te gustaría hablar con él.

Di unos pasos hasta Fidel, que me tendía la mano. Para mi sorpresa, era una mano suave.

—¿Qué tal Las Villas?

—Bien, Fidel.

Llegó un grupo de oficiales que venían de Maffo.

—¿Cómo anda la cosa? —preguntó Fidel, volviéndose hacia ellos.

Los oficiales comenzaron a informarle. Busqué a Buch con la mirada: se había retirado a un lado. Yo estaba parado solo, frente a Fidel. Así estuve un rato, esperando que él me mirara, pero seguía hablando con los oficiales. Entonces me fui caminando hasta donde estaba Buch.

Yacíamos tendidos en la hierba.

—Ya llevamos dos semanas aquí, y nada —dijo Albertico.

—Caballeros, tengo la impresión de que nos han tirado a mierda —intervino Paco.

—Señores, la cosa no es así. Fidel está muy ocupado, no olviden que se prepara el asalto a Santiago —argumentó Marcelo.





Se diluían en la noche las últimas luces del día. Los faroles de los yipis y los camiones se encendían. Los motores rugían y la columna se ponía en movimiento: el campamento avanzaba en dirección a Santiago.

La gran mina de manganeso de Charco Redondo había sido liberada, y el Ejército Rebelde establecía algunas de sus instalaciones en el poblado.

En lo alto de una loma, operaba Radio Rebelde. La casa de madera era amplia y los equipos solamente ocupaban dos de las habitaciones. En el resto de la casa vivía el personal de la emisora y algunos de nosotros. Yo prefería tender mi hamaca en el portal; si bien había más frío, también el aire era más puro: adentro, los inodoros estaban tupidos y la peste era enorme.

Ya casi todo el mundo había llegado para la reunión con Fidel. El objetivo de ésta era fijar la estrategia final de lucha. Había encontrado compañeros a quienes hacía mucho tiempo que no veía: Carlos Franqui, Faustino, Aldo Santamaría. Conversábamos largas horas acerca de cuáles debían ser los próximos pasos. Recordábamos anécdotas que habíamos vivido juntos. Nos informábamos mutuamente de distintos compañeros que habían caído. Íbamos juntos a comer a casa de algún guajiro amigo o en la fonda del pueblo, cuando había algo bueno.

Por la noche oíamos las transmisiones de Radio Rebelde. Algunos de nosotros escribíamos crónicas y editoriales para la emisora. Después otra vez nos poníamos a hablar hasta que llegaba la hora de tender las hamacas. La batalla de Maffo continuaba





y se combatía también en muchos otros puntos de la provincia. Fidel y los comandantes de las columnas rebeldes preparaban lo que sería la batalla cumbre: el ataque a Santiago. La caída del régimen era inminente y nosotros ardíamos en deseos de partir hacia nuestras respectivas provincias.

Luis Buch nos invitó a visitar a Urrutia. Fuimos Franqui, Faustino y varios coordinadores. Urrutia vivía con su mujer en una pequeña casita blanca. Era un hombre de mediana edad. Miraba con pequeños ojos detrás de los espejuelos. Tenía aspecto de profesor de instituto. Las palabras no le salían con facilidad. Su mujer era pequeña y bonita y no la dejaba sola. Pensé que la necesitaba mucho, o tal vez era celoso.

Franqui le hizo algunas preguntas, para darle tema:

—¿Y cuál cree usted que debe ser el castigo para los que han sostenido a Batista?

—¡Fusilarlos a todos! Es lo único que se merecen.

Nos miramos todos. Alguien dijo:

—Pero son miles, Presidente.

—¡Qué importa! Miles han sido también los muertos de la revolución.

—Pero, Presidente, es justo fusilar a quienes han cometido crímenes. Pero a los otros... hay que castigarlos con la cárcel, si han robado, e inhabilitarlos para ocupar cargos públicos, si han hecho política.

—Mire, joven, quien no ha tenido el civismo de enfrentarse a la tiranía en una forma u otra, no merece vivir en esta tierra.





Nuevamente nos miramos unos a los otros. La conversación decayó después de aquello. Al poco rato nos despedimos y salimos afuera.

—¡Coño! ¿De dónde han sacado a este hombre?

—¡Caballeros, no quisiera equivocarme, pero este tipo es un paquete!

—Luis, tú que lo conoces, ¿qué tú crees, estamos equivocados?

—No, la impresión es correcta.

—¿Entonces?

—Hemos metido la pata.

—¡Pa' su madre!

Marcelo nos avisó: en su campamento de la Rinconada, Fidel nos esperaba para la reunión.

—¡Al fin parió Catana!

—¡A correr... liberales del Perico!

Bromeaban todos, mientras montábamos en el yipi.

—Ya ni me acordaba a qué vine a la Sierra.

Llegamos a la Rinconada. En una mesetica, contra unas altas rocas, nos esperaba Fidel. También estaba Raúl. Y el resto: los miembros de la Dirección Nacional, jefes nacionales de secciones, coordinadores provinciales y jefes militares.

Fidel explicó la situación: se avecinaba el colapso militar de la dictadura. Existía el peligro de un golpe de Estado para burlar a la revolución; había que estar en guardia.

Se discutió la toma del poder por el 26 de Julio. Solamente así se garantizaría la realización de la revolución. Algunos planteamos nuestra preocupación ante la aparente ineptitud de Urrutia. Fidel exclamó:





—¡Somos unos tontos: hemos hecho una revolución para ponerla en manos de un Urrutia!

Y Raúl, tomando la metralleta en las manos:

—¡Por eso yo no suelto el hierro!

La reunión terminó con una sensación compleja de euforia y preocupación.

—Debes partir de inmediato —me dijo Fidel—. Las noticias que llegan de Las Villas son buenas. El Che y Camilo tienen prácticamente tomada la provincia. Tu presencia allí puede resultar muy útil.

Se acercó Raúl.

—¿Y qué tal te llevas con el Che? —me preguntó Fidel.

—Al principio tuvimos nuestros roces, pero actualmente nos llevamos bien.

—¿Y qué te parece el Che?

—Un gran tipo. Él tiene sus ideas y yo las mías, pero son más las cosas que nos unen que las que nos separan.

Desde la carretera, en la noche fría, sentimos el fragor de la lucha en Maffo.

—¿Resisten los guardias, eh?

—Sí...

—¡Nos están tirando! —gritó el chofer y se agachó. El yipi, sin control, se fue a la cuneta y casi nos volcamos.

—¡Coño, serás pendejo, maricón!

—¿Qué ustedes quieren? No pude evitarlo...

Reanudamos la marcha, con otro al timón. El chofer anterior se justificaba:





—Cada vez que sienten un motor, tiran en esta dirección.

Pasamos Contraмаestre, el central América y comenzamos a acercarnos a Palma. Se oía cada vez con mayor claridad el ruido del combate.

—¡Oye, una 30!

—No, es una 50.

—¡Ése es un mortero!

—Si tomamos Palma, tenemos abierto el camino a Santiago.

Nos empezamos a cruzar con soldados rebeldes, algunos heridos.

—¡Cayó el cuartel! —nos gritó uno.

Llegamos hasta el mismo cuartel. Al otro lado del río se combatía en pleno Palma. Había mucha gente; gran movimiento de carros. Logré abrirme paso hasta donde estaba Fidel dirigiendo las operaciones: llevaba en la cabeza la disposición de cada hombre, de cada arma. Daba órdenes, escribía notas. A su lado, Celia lo auxiliaba. La resistencia enemiga en Palma comenzaba a resquebrajarse. Fidel salió afuera y todos lo seguimos. Alguna que otra bala perdida caía en los alrededores. Celia tiró de la manga de Fidel, pero éste no le hizo caso y siguió hablando con algunos oficiales rebeldes.

Cuando se disponía a marcharse, Fidel me vio.

—¿Y tú qué haces aquí? Te hacía ya camino de Las Villas. Ven conmigo.

Lo seguí y montamos en un automóvil. Y dirigiéndose a mí:

—Es necesario que partas en seguida. Debes llevarles instrucciones urgentes al Che y Camilo.





Encendieron la luz del auto para que Fidel escribiera. Me entregó un papel que yo guardé.

—Llevas la orden de partida hacia La Habana de las fuerzas rebeldes de Las Villas: Camilo debe ocupar Columbia y el Che, la Cabaña. Mañana tengo una entrevista con el general Cantillo. Es probable que me entregue la provincia de Oriente. En ese caso, tomaría un avión a Santa Clara y me pondría personalmente al mando de las tropas.

El auto había abandonado la carretera y marchaba por un camino de tierra en muy malas condiciones. Algo crujió por debajo y el carro se detuvo.

—Esto se jodió —dijo alguien y bajamos.

—Bueno, dale —me dijo Fidel y echó a andar por el camino en la oscuridad de la noche seguido por Celia, mientras yo quedaba solo, sin saber dónde estaba. Pasó un tiempo indefinido hasta que sentí voces que se acercaban por el camino y que resultaron ser de un grupo que regresaba a Santiago y al cual me uní.



Era noche cerrada y afortunadamente no había ni una sola estrellita en el cielo. Llevábamos un buen rato marchando. Yo me entretenía fumando.

—¡Apaguen los cigarros! —dijo el guía—, nos acercamos al enemigo.

Ahora marchamos en silencio, espaciados de uno en uno. Al poco rato, quien iba al frente le dijo algo al que lo seguía y así fueron pasando la voz:

—Pasaremos entre dos nidos de ametralladoras. Ante una señal del guía, avanzaremos arrastrándonos por el suelo.





Un poco después, el hombre que iba delante de mí se tiró en el suelo y yo lo imité. Nos arrastramos con gran cautela. Oíamos claramente las conversaciones de los soldados enemigos:

—Yo no aguanto mucho más este jেলুে. Yo me metí en el Ejército para llegar a oficial y vivir bien, no para perder el pellejo.

Y otra voz:

—Ya llevamos diez días sin ir a Santiago. No hago más que pensar en la mulata. ¡Caballeros, que ganas de pisar tengo!

El hombre que iba delante de mí soltó la risa. Me aplasté contra el suelo esperando lo peor: “Hijo de puta!” le dije con el pensamiento. No pasó nada y seguimos. Las manos y las rodillas comenzaron a sangrarme. Una rama baja me arrancó los espejuelos. Tanteé en la oscuridad, pero no pude encontrarlos. El hombre que venía detrás de mí me apremiaba a seguir. Llegamos a un arroyo, cruzamos y después seguimos de pie. Estaba amaneciendo cuando arribamos a una lujosa residencia en un reparto de las afueras de Santiago. Era la casa de un médico. Desayunamos y el médico me llevó en su automóvil hasta la casa de Vecino.

Los vuelos a Santa Clara estaban cancelados. El Che amenazaba la ciudad. Vecino nos consiguió pasaje hasta La Habana. Partimos ese mismo día. En La Habana reinaba gran tensión. No había vuelos a Santa Clara y tuvimos que conformarnos con volar hasta Cienfuegos.

En Cienfuegos no quedaba casi nadie de la Dirección. Serafín estaba alzado con el Che. Manolo





Toyo, el jefe de Propaganda, se había unido a Bordón. Dorticós, que después del 9 de abril, y ante la cobardía de González Abreu, había asumido la jefatura del Movimiento en la zona, fue descubierto por la Policía y había tenido que abandonar el país. Nos alojamos en casa de los suegros de Manolo. Ya era el día 31 y no hallábamos cómo salir de aquella ciudad. El Che atacaba a Santa Clara.

—Las emisoras de Miami dicen que los aviones de Batista están bombardeando la ciudad —dijo la dueña de la casa.

Martha empezó a llorar.

—¿Qué será de Frank? —gemía, pensando en el niño.

—Seguramente no ha pasado nada —trató de rectificar la vieja.

Por fin se consiguió un chofer de alquiler, militante del Movimiento, que se ofreció a llevarnos lo más cerca posible de Santa Clara. Saldríamos al otro día, 1° de enero, bien temprano.

Casi no dormí. Habíamos demorado demasiado en llegar a Santa Clara. El mensaje que yo llevaba era vital para el próximo curso de los acontecimientos. Terminamos de desayunar y cuando nos disponíamos a tomar la máquina, la mujer de Manolo llegó corriendo:

—¡Están diciendo las emisoras de Miami que se fue Batista!

—¿Y las emisoras cubanas?

—No dicen nada.

—Entonces es una noticia falsa.

Martha y yo montamos y el auto partió. Cuando pasamos frente al cuartel del Ejército, a la sali-





da de Cienfuegos, los soldados estaban sentados en la acera.

—¡Qué raro! —dijo el chofer.

Pasamos Palmira. Poco después, una amplia zanja, cavada en la carretera, bloqueaba el camino. Nos bajamos de la máquina y seguimos a pie. Martha estaba en estado, pero caminaba ligero.

En los bohíos, a ambos lados de la carretera, asomaron las primeras banderas del 26 de Julio. Los radios, a todo volumen, nos traían las notas del himno nacional. Gentes que salían de las casas llevando banderas, llegaban a la carretera y empezaban a formar una columna que marchaba hacia el norte. Nosotros éramos una pareja más en aquel mar humano.

Contra el cielo de un azul muy claro, contrastaban las banderas rojinegras del 26 de Julio, en plena carretera, a la luz del sol.





Después del llano y la sierra







Batista huye

Primero de enero de 1959. Diez de la mañana. En el invierno cubano, el sol de esa hora ya se hacía pesado en el cielo. Llevábamos un buen rato marchando por aquella carretera. La multitud iba en aumento. No sé cómo, todo el mundo se sabía el himno del 26 de Julio, o muchos se lo sabían, y las notas vibrantes nos hacían marchar con renovado brío.

Desde las casas a lo largo de la carretera, llegaban más personas que venían de oír la radio. Desde República Dominicana confirmaban la llegada de Batista. Con él habían huido las principales figuras del régimen. En La Habana se hablaba de un gobierno provisional, presidido por el magistrado más viejo del Tribunal Supremo, un tal Piedra. Trataban de escamotearle el poder a la revolución. Tenía que encontrar al Che lo antes posible.

Aquella marcha a pie era desesperadamente lenta. Por fin, desde una altura, vimos la chi-





menea de un ingenio, a lo lejos. Redoblamos el paso.

Ya se veía la gran portada. En un arco, que descansaba sobre dos columnas de piedra, se podía leer: Central Hormiguero. Reinaba una gran confusión. La gente iba y venía. Hablaban, cantaban. Rodaban las bolas.

La primera autoridad constituida apareció en la persona de un joven imberbe que portaba una vieja escopeta. Yo, que escrutaba los rostros en busca de una cara conocida, al verlo, lo abordé inmediatamente. Me identifiqué con mi nombre de guerra. Le planteé la necesidad de conseguir un vehículo. La gente comenzaba a arremolinarse alrededor nuestro. Un bigotudo, que hacía rato se mantenía a mi lado, se ofreció a llevarnos hasta Ranchuelo. No me gustó el aspecto del hombre, pero acepté. Montamos en una vieja máquina destartalada y partimos; pero antes, varios jóvenes de espíritu aventurero decidieron ir con nosotros, a ver qué pasaba en Ranchuelo.

La carretera estaba infame. Los baches se habían unido en un bache único y lo que quedaba en realidad era el lecho de piedras. Pero esta vez, ante el brincoteo de la máquina, no fue una exclamación de impotencia lo que salió de mi boca, sino una vaga sensación de responsabilidad.

Me parecía que el tiempo no pasaba. Quería mover la máquina con el pensamiento. Otra vez, la gente marchaba por la carretera, y esto indicaba que nos acercábamos a Ranchuelo. Fuimos sorteando los grupos hasta que entramos en el pueblo, y





ya lo compacto de la multitud nos obligó a seguir a pie. En las calles, la gente disfrutaba de los rebeldes; sobre todo, las muchachas.

Las autoridades revolucionarias se habían constituido en el mejor local del pueblo. Esta vez no tuve que identificarme y después de efusivas muestras de alegría, comenzaron a hablarme con un nuevo tono de voz, acorde con las nuevas responsabilidades que ahora asumíamos.

—Siéntate, Sierra, siéntate —dijo el jefe del 26 de Julio del pueblo—. Has llegado como caído del cielo. ¡Quién nos iba a decir que tú vendrías hoy por aquí!

—Bueno, pero nada más que un momento. Tengo que llegar en seguida a Santa Clara, ¡traigo un mensaje urgente para el Che!

—Comprendemos, Sierra, comprendemos. Pero antes de partir tienes que dejar resuelto un serio problema que ha surgido —insistió el jefe del Movimiento.

—Lo siento, pero no puedo perder un minuto. ¿Cómo podría llegar hasta Santa Clara?

—Por la Carretera Central no puede ser. La Esperanza todavía está en manos del Ejército y en Santa Clara, según las últimas noticias, todavía se combate.

Todos los que nos rodeaban comenzaron a hablar al mismo tiempo y a hacer sugerencias. Por fin, el jefe del 26 dijo:

—Eso es. Te facilitaremos un yipi y cogiendo por los caminos cañeros del central Pastora podrás entrar a Santa Clara por una vía secundaria.





—Magnífico —dije, y me puse de pie.

—Sierra, no puedes marcharte así, queremos informarte —los que nos rodeaban asintieron—. Hemos constituido el poder civil. Yo, como máxima autoridad del Movimiento, he asumido la alcaldía. No es que me interese el cargo, pero... el momento es de sacrificios.

Hice un gesto de impaciencia.

—Tienes que oír esto, Sierra. Dieguito Trinidad (dueño de la gran industria que daba vida a aquel pueblo) no reconoce nuestra autoridad. Sabe que con nosotros el poder se escapa de sus manos y para defender sus intereses ha convencido a uno de sus paniaguados, que en una época fue dirigente del Movimiento, pero que nosotros expulsamos por politiquero, para que se proclame alcalde. Han convertido el club que construyó Dieguito en sede del Ayuntamiento, y están tratando de captar a la gente del 26. Dieguito dice que es amigo de Fidel.

—La única autoridad que reconocemos es la de ustedes. De todos modos volveré en estos días —y salí caminando. Todos me siguieron agradecidos.

Ya el yipi nos esperaba. Dos rebeldes armados nos acompañarían. El chofer de la máquina y los jóvenes que habían venido con nosotros quisieron seguirme. Yo me negué.

Nos abrimos paso por entre la multitud que llenaba las calles y pronto estuvimos en pleno campo. Por el camino de tierra, por entre las cañas que esperaban la ya cercana zafra, el yipi iba levantando





una nube de polvo, que cuando disminuíamos la velocidad nos alcanzaba, nos envolvía, poniéndonos el pelo y los párpados blancos.

Al ruido del yipi, los vecinos de aquellos parajes apartados se asomaban a las puertas y ventanas y cuando reconocían a los rebeldes, corrían detrás de nosotros.

Llegamos a Santa Clara sin mayores tropiezos. El Ejército se había encerrado en los cuarteles y la ciudad estaba en manos de los rebeldes. Fuimos preguntando hasta saber que el cuartel general del Che estaba en el edificio de Obras Públicas, en la carretera de Camajuaní.

Al pasar el yipi, la gente se asomaba con cuidado, pero no salía. A pesar de la tranquilidad reinante, la batalla de Santa Clara aún no había terminado.

Iba pensando en si tendríamos dificultades en llegar hasta el Che, pero cuando el yipi paró frente al edificio de Obras Públicas me recibieron muchos rostros conocidos. Mientras me guiaban hasta una pequeña oficina que el Che había convertido en su despacho, me acribillaban a preguntas. Llegamos hasta la puerta, la empujé y entré.

Detrás de un gran buró, de frente a mí, estaba el Che, de pie. Un brazo enyesado le colgaba de un trapo negro amarrado al cuello. Intercambiamos cortos saludos. Con un gesto de la mano me indicó que esperara, mientras daba instrucciones a un joven rebelde que a falta de barba se había dejado crecer el pelo.

La habitación era pequeña y estaba toda cerrada. Empecé a sentir calor. Extraje el mensaje de Fidel





del forro de mi pantalón: era la orden de avanzar hacia La Habana. Al fin, el rebelde salió y yo le alargué el papel al Che.

Cuando terminó de leer se volvió hacia la ventana y miró afuera:

—Sí, ya lo sabía, partimos dentro de unas horas.

—Pero... ¿cómo?

—Logramos establecer contacto con Fidel por radio. Cantillo no entregó Oriente.

Me invadió una sensación de frustración. El Che pareció comprenderlo, porque habló de otra cosa:

—Estamos negociando con el Ejército. Excepto los reclamados como criminales, estoy dispuesto a dejar en libertad a todos los demás, después de desarmarlos, por supuesto. Creo que aceptarán, están desmoralizados...

—¿Y Camilo?

—Está al llegar, partiremos juntos.

El Che se puso serio:

—Ya he designado al Gobernador de la provincia.

Se trataba de un hombre de su columna. En los distintos pueblos y regiones que el Ejército Rebelde había ido conquistando, era el jefe civil del Movimiento el que ejercía el poder revolucionario. El gobierno de la provincia me correspondía a mí, en mi carácter de Coordinador provincial del 26 de Julio. En el fondo estaba la desconfianza política que el Che sentía por nosotros, los representantes del llano.





No dije nada.

El Che fumaba los restos de un tabaco y me miraba de medio lado. Vi en sus ojos que leía claramente mis pensamientos. Pero él tampoco dijo nada más, como si hubiésemos llegado al acuerdo no habido de dilucidar aquel problema en otra oportunidad más propicia.

Llegaron los negociadores. Anunciaron que el Ejército de Batista aceptaba las condiciones y se rendía. Todas eran caras jubilosas. Todos tenían mil anécdotas que contar. Una y otra vez se relataban los mismos hechos, como si éstos tuviesen nuevas facetas todavía no explotadas.

La noticia de la rendición del Ejército de la dictadura se extendió por toda la ciudad y miles de personas convergían hacia el edificio donde nos encontrábamos. Sabían que allí estaba el Che y nadie quería perder la oportunidad de conocerlo. Hubo que poner guardias en las entradas para impedir que aquella masa humana nos arrollara.

En el piso de arriba se habilitó provisionalmente una cárcel para los criminales de las fuerzas represivas que, uno a uno, iban siendo descubiertos y atrapados por el pueblo.

La situación todavía era incierta. En La Habana, un gobierno espurio trataba de consolidarse. En una alocución al pueblo, Fidel había decretado la huelga general. Sólo reconoceríamos un gobierno: el de Urrutia.

El Che estaba ocupado preparando su partida. El nuevo Gobernador era entrevistado por un grupo de periodistas que habían venido desde La Ha-





bana. Algunos miembros de la Dirección Provincial atendíamos los primeros problemas que la caída del poder constituido planteaba al nuevo poder político. Formábamos un grupo al pie de una alta escalera que daba al piso en el cual se hallaban prisioneros los criminales. En lo alto, una posta rebelde vigilaba. Frente a nosotros y a través de una puerta de cristal, se veían los rostros de los familiares de los asesinos: madres, mujeres y niños. Se estaban concentrando allí para pedir clemencia. Los tribunales revolucionarios ya funcionaban y los primeros esbirros habían sido fusilados.

El llanto de las mujeres llegaba hasta nosotros, mientras los nudillos golpeaban los cristales tratando de llamar nuestra atención. De pronto, se oyeron gritos en lo alto: uno de los asesinos empujó al soldado rebelde y se lanzó de cabeza escaleras abajo.

La visión de la escena apagó la voz en todas las bocas y se oyó claramente el ruido repetido que iba haciendo la cabeza al golpear en cada pedazo. El cuerpo llegó abajo y se aplastó contra la pared, con un golpe final, que ya no fue seco.

Los pedazos de masa encefálica mancharon las paredes y un charco de sangre comenzó a formarse casi a nuestros pies. Los gritos histéricos de las mujeres, al otro lado de la puerta de cristal, rompieron el silencio, devolviéndonos a la realidad. Se llevaron el cadáver y luego apareció alguien con unos cubos de agua y baldearon el piso. Yo miraba el agua correr hacia los tragantes, que lle-





vaba suspendidas partículas de cerebro y coágulos de sangre.

Estaba conversando con el Che cuando vino uno de sus hombres y le dijo algo al oído. Él levantó la vista y miró hacia un extremo del salón. Yo seguí su mirada y vi dos hombres recostados a la pared, que aguardaban. Vestían ropas deportivas. Las ropas no ajadas y los rostros rasurados, desconocidos, me hicieron pensar que aquella gente venía de La Habana. El Che me miró como disculpándose y se fue con ellos a la pequeña habitación que le servía de despacho y cerró la puerta. Estuve seguro entonces de que aquellos hombres eran comunistas.

Llegó la noche. Los comunistas se habían ido, tan misteriosamente como habían llegado. Quedábamos pocos en el edificio de Obras Públicas. El cansancio de muchos días había ido venciendo y unos se fueron a sus casas, otros yacían tendidos en el suelo, o sobre los sacos de arena de los parapetos.

En el amplio salón todos dormían, menos Camilo, que había llegado hacía muy poco, el Che y yo. Camilo derrochaba su gracia inacabable relatando los aspectos humorísticos de sus últimas aventuras. Estábamos tendidos en el suelo, recostados contra los sacos, en la escasa luz que entraba a través de las ventanas desde los postes del alumbrado.

Alguien vino y trajo una cesta llena de manzanas y así caímos en cuenta que era año nuevo, y a pesar de las diferencias que apuntaban entre noso-





tros, me sentía bien entre aquellos hombres. Los ruidos fueron en aumento frente al edificio; llegaron unos rebeldes y dijeron que estaban listos. Nos pusimos de pie y salimos afuera. La noche era fresca. El ruido de los motores y la luz de los faros lo ocupaban todo. A esa hora había pocos curiosos.

Algunos de los familiares de los asesinos dormían recostados contra las paredes.

Nos dimos las manos y la caravana partió. Cuando las luces rojas del último carro, se perdieron al final de la calle, alcé los ojos y miré a la noche. Brillaban las estrellas, con alegres destellos, como brillan las estrellas en año nuevo, aparentemente indiferentes a lo que pasaba aquí abajo.





Fidel marcha hacia La Habana

Desde mi regreso de la Sierra Maestra estábamos parando en casa de los padres de Martha. Éstos vivían en un moderno chalet a la entrada de Santa Clara, en la banda de Placetos de la Carretera Central.

Yo casi no paraba en la casa. Me pasaba todo el día en reuniones en el local del Movimiento 26 de Julio, o salía en cortos viajes a los pueblos cercanos. Me levantaba por la mañana, desayunaba y me iba. No volvía hasta la madrugada. A Frank, mi hijo de año y medio, nunca lo veía despierto. Cuando llegaba por las noches encendía la luz para verlo dormido.

Martha me contaba sus correrías del día, alguna nueva palabra que había aprendido, algún búcaro roto, un diente que le había salido.

Sentí a Martha hablar y abrí los ojos. Estaba oscuro todavía.

—¿Qué pasa? —pregunté ansioso y me senté en la cama—. Era el 6 de enero de 1959, Día de





Reyes. Los sectores reaccionarios y la Embajada de Estados Unidos trataban de escamotearle el triunfo a la revolución. Fidel había convocado al pueblo a una huelga general y marchaba hacia La Habana al frente de una columna guerrillera. El Che y Camilo se encontraban en la capital desde el día 2.

—Dice mamá que Marcelo Fernández acaba de llegar. Está en la sala —explicó Martha.

—Pero este Marcelo no cambia. Siempre llega de madrugada.

Me puse las zapatillas y descendí las escaleras al piso de abajo. Marcelo me recibió con un abrazo.

—¡Qué sorpresa más agradable! —dije.

—Sorpresa es la que viene por la carretera.

—¿Qué...?

—Fidel...

—¿Sí?

—Me he adelantado un poco para crear las condiciones. Fidel viene al frente de una larga caravana en su camino a La Habana. Estará aquí en una hora. Está muy cansado y va a hacer un alto en Santa Clara. He pensado que el mejor lugar es esta casa. Está fuera de la ciudad y al mismo tiempo tiene todas las comodidades. ¿Qué tú crees?

—Ni hablar. Has tenido una buena idea. Déjame despertar a la gente para que se vistan y se preparen.

Llamé a Martha que corrió excitada a llamar a sus padres. Pronto todo era una intensa actividad. Hasta nosotros llegó el olor del café y no pudimos esperar a que lo trajeran y fuimos a tomarlo a la cocina. Después me vestí y Marcelo aprove-





chó para lavarse y entonces nos sentamos a esperar la llegada de Fidel. El arbolito de navidad estaba encendido y sus luces de colores alumbraban los juguetes que habíamos comprado para el niño.

Amanecía. Había una luz rosada y la carretera por donde llegaría Fidel se distinguía entre los árboles.

—¿Cómo va esto? —me preguntó Marcelo.

—Chico, ahí vamos. Prácticamente tenemos el control de toda la provincia y ahora estamos reorganizando el Movimiento. Ya tenemos hasta un local, espero que Fidel lo visite.

—Vamos a ver. Y la vida económica: ¿se ha restablecido?

—Bastante. Todos los días enfrentamos nuevos problemas, pero bien que mal vamos resolviendo. Tenemos un entendimiento no escrito con Calixto, en el cual él se ocupa de las relaciones públicas y nosotros trabajamos con las llamadas “clases vivas” para restablecer la vida económica de la provincia, además de ocuparnos de reorganizar los municipios y aprobar los nuevos dirigentes.

—¿Con Calixto? ¿Qué Calixto?

—¡Ah! ¡No sabías? —miraba fijamente a Marcelo.

—No, no sé nada, dime ¿qué pasa? —Marcelo me devolvía la mirada, intuyendo que algo no andaba bien.

—Bueno... —ordené mis ideas—, cuando llegué a Santa Clara el día primero me encontré que el Che había nombrado a Calixto Morales gobernador de la provincia.





Marcelo me interrumpió.

—¿Pero cómo? ¿Qué hiciste?

—Yo... nada. ¿Qué iba a hacer? Haber protestado podría parecer que me interesaba el puesto, que luchaba por posiciones.

—Pero hay una disposición de Fidel en la cual dice que es el Coordinador Provincial quien debe ocupar ese cargo. ¿Acaso el Che no sabía eso?

—No sé. De todos modos vamos tirando. En definitiva, yo estaba en la sierra y no aquí, o quizás sea la vieja desconfianza que el Che siente por la gente del llano.

—No podemos aceptar esto. Tenemos que plantearle el problema a Fidel —concluyó Marcelo visiblemente molesto.

Callamos. Sin darnos cuenta la vida afuera comenzaba a fluir. Pasó un tiempo indefinido. El sueño atrasado amenazaba vencerme, cuando Marcelo se incorporó de un salto:

—¡Ahí vienen!

Salimos a la carretera. Los primeros carros prácticamente estaban frente a nosotros. De uno de ellos saltó Fidel y detrás de él, Celia. Entramos en la casa, mientras los escoltas tomaban posiciones y cerraban todas las entradas. Fidel se veía cansado. Subimos al piso alto y allí nos sentamos Fidel, Celia, Marcelo y yo. No habían desayunado todavía. Mientras Martha y la madre nos servían, Fidel contaba las peripecias de los últimos días. Los hechos se sucedían a paso de carga. Fidel estaría en La Habana en un par de días.





—¿Y cómo anda la cosa por aquí? —preguntó Fidel.

Miré a Marcelo:

—Bueno... creo que bien. La provincia se va normalizando.

Hice una buena exposición de lo que habíamos hecho. Fidel siguió con atención mis palabras hasta que terminé.

—Fidel está muy cansado —dijo Celia—. Debería darse un baño y después descansar un poco. Dormir, si es posible.

Entonces habló Marcelo.

—Mira Fidel, hay una cosa que debes saber. El Che nombró a Calixto Morales gobernador de la provincia.

Fidel volvió a dejarse caer en el sillón. Marcelo continuó:

—Hay que resolver esa situación. Ese cargo corresponde al Coordinador del Movimiento. Tú mismo dictaste la resolución.

—Sí, sí, ya veremos... —volvió a decir Fidel y se puso de pie.

—Marcelo me ha hablado de convocar al pueblo para hoy, frente al parque —hablé yo— ¿a qué hora te parece bien?

—Al mediodía —dijo Fidel y se marchó guiado por mi suegra, rumbo al baño, seguido de Celia. Marcelo y yo quedamos solos, sin hablarnos. Por fin, Marcelo me dijo:

—Los miembros de la Dirección Provincial del Movimiento deben reunirse con Fidel para intercambiar criterios y recibir orientaciones, es lo que





estamos haciendo en todas las provincias. Hay que preparar la concentración. Después hay que buscar un lugar apropiado para reunirnos. ¿Qué se te ocurre?

—Me parece que lo mejor sería una casa como ésta, pero en la salida hacia La Habana. Podemos almorzar juntos y aprovechar para hablar. De allí Fidel puede seguir hacia La Habana.

—Magnífico —aprobó Marcelo—, ¡arriba!

Bajé para dar las instrucciones pertinentes y fue entonces que me di cuenta que la casa estaba completamente rodeada de gente. Por los amplios cristales de las ventanas asomaban cientos, hasta miles de curiosos. Los escoltas luchaban por impedir que la multitud penetrara dentro de la casa. Desde una de las ventanas me hacían señas Joaquín Argüelles, Guillermito Rodríguez, Osvaldo Fernández López, Totó Gómez Lubián y varios miembros más de la Dirección. Logré que los dejaran entrar y les expliqué lo que debían hacer. Todo el mundo salió a cumplir su cometido.

Cuando volví al piso de arriba ya Fidel se había bañado y estaba acostado en una cama reposando. Me vio y me llamó. A pesar de que llevaba muchos días sin dormir, no lograba conciliar el sueño. Me hizo muchas preguntas sobre el pueblo. ¿Qué pensaba? ¿Qué decían de la revolución? ¿Se había actuado con justicia durante las depuraciones? ¿Cooperaban todas las fuerzas revolucionarias? Le dije que sí. Que habíamos creado una especie de Consejo en el cual participaban todos y así coordinábamos las decisiones.





Estábamos conversando, cuando uno de los escoltas se acercó y dijo:

—Hay alguien afuera llamado Bosch que insiste en entrar.

—¿Quién? —dijo Fidel—, ¿Bosch?

—Sí —respondí yo—. Orlando Bosch es un médico que dice que fue amigo tuyo en la Universidad y que ha colaborado con el Movimiento.

—Eso no es verdad, no es mi amigo sino un gángster y un politiquero cuando era dirigente estudiantil en la Universidad. Desháganse de él.

Celia se asomó y dijo que había llegado el periodista Carlos Lechuga desde La Habana, para entrevistar a Fidel. Fidel lo mandó a pasar. Después de los saludos de rigor, Fidel hizo que Lechuga se sentara en el borde de la cama y en lugar de ser entrevistado, fue él quien entrevistó a Lechuga, un viejo conocido que siempre apoyó la revolución. ¿Cómo estaba La Habana? ¿Qué decía la gente? ¿Qué hacía el gobierno?

Lechuga dijo que todos estaban pendientes de la llegada de Fidel. Que había algunas confusiones. Que Fidel tenía que orientar directamente al pueblo.

—Es necesario que el pueblo no tan sólo te escuche, sino que te vea. La gente está ávida de ti. Hemos hecho preparativos para transmitir por televisión el acto del parque, digo, si estás de acuerdo.

—¡Cómo no! Oye, eso es un palo periodístico el que te vas a apuntar. Seguro que te aumentan el sueldo.

Después de las risas, Fidel continuó:





—Este discurso es importante, hablaremos Sierra y yo. ¿Cuáles tú crees Lechuga, que son los problemas principales? ¿Cómo tú enfocarías la cosa, Sierra?

Hice ademán de hablar, pero Fidel continuaba:

—No debe ser un discurso para elogiar al pueblo. En estos momentos, en que todavía hay alguna incertidumbre, hay que decirle al pueblo también cuáles son sus deberes. Hay que decirle que la revolución tiene que ser la obra de todos, sólo así obtendremos el triunfo definitivo...

Saltó de la cama y empezó a pasearse por la estrecha habitación descalzo.

—Sí, el avance de la revolución es responsabilidad de todo el pueblo.

Lechuga y yo permanecimos sentados en la cama, oyendo las primicias de un discurso que habría de ser trascendental.



—¡Tienes que hablar, Sierra, tienes que hablar —me gritaba Marcelo en medio del ruido atronador.

—¿Quién, yo? Estás loco. Ante una multitud como ésta no sabría ni por donde empezar.

Estábamos en la tribuna, levantada en los portales del Gobierno Provincial. Frente a nosotros, el parque, atestado de pueblo. Fidel agitaba los brazos en un saludo constante. Los más cercanos a la tribuna trataban de dialogar con él. Las cámaras retransmitían la escena a toda Cuba, que veía por primera vez en vivo al líder de la revolución.

Los camarógrafos hicieron señas de comenzar el acto, alguien me empujaba hacia los micrófo-





nos. Sentí una gran pesadez en los brazos y las piernas. Traté de seguir la vieja fórmula de escoger a alguien en el público y hablar como si me dirigiera solamente a esa persona.

—Pueblo de Santa Clara... la emoción nos embarga... cuántas veces hemos soñado con este momento. Y hoy, que todo es realidad, nuestra mente no coordina las ideas...

Los aplausos me dieron más confianza. La suficiente para terminar rápidamente. Fidel se acercó al micrófono y un sentimiento de histeria colectiva se adueñó de la multitud. Después de varios intentos logró pronunciar las primeras palabras. Fue entonces que observé por primera vez nacer aquella extraña comunión entre Fidel y el pueblo. La masa aplaudía a quien expresaba su sentir, a quien decía lo que todos llevaban dentro.

—Fidel, Fidel, Fidel...

Aquello era como emborracharse de felicidad. El sol caía de plano y había tanta luz que se distinguían los más mínimos detalles. Si uno fijaba la atención veía claramente los rasgos de cualquier cara en la multitud. Cada hojita de los árboles del parque se destacaba nítidamente, reflejando los rayos del sol, como si fuera de metal. Y arriba, el cielo sin nubes, de un invierno que era primavera.

La voz de Teresita, una de las compañeras del Movimiento, rompió la comunión.

—Pardo Llada se ha colocado en la tribuna y está robando cámara.

Pardo Llada era un comentarista radial de gran popularidad, que al ver acercarse el triunfo de la





revolución, había subido a la sierra para bajar como un héroe, a pesar de que no había hecho nada.

—Pero qué descarado. ¡Que lo saquen!

Al poco rato volvió Teresita:

—¡Lo tuvieron que cargar en peso!

—¿Cómo marchan los preparativos para el almuerzo?

— Todo marcha bien.

—¿Citaste a todos los miembros de la Dirección?

—Todos están citados.

—De todos modos voy a darle una vuelta a la casa. ¿Tienes el carro ahí?

—Sí.

—Vamos.

Salimos de la tribuna a empujones. Cogimos el auto de Teresita y nos fuimos hasta la casa donde íbamos a almorzar con Fidel. Todo el mundo estaba movilizado. Unos adobaban los puercos, otros cargaban cajas de refrescos. De un camión bajaban barriles con hielo. Todo marchaba bien. Me senté frente al televisor.

—No basta con darle vivas a la revolución... Batista y lo que él representaba... ¡el pasado!... es un poco la culpa de todos...

La multitud aplaudía delirantemente. Fidel hablaba ahora como si se aproximara el final de su discurso y decidimos regresar a la tribuna. Llegamos justo a tiempo.

Había una delegación de cienfuegueros que insistían en que Fidel visitara a Cienfuegos antes de proseguir viaje a La Habana.





Fidel me miraba, como dudando qué hacer. Ya era tarde avanzada.

—Fidel, la comida está casi lista y los compañeros te esperan. Mejor vas después.

Bajamos de la tribuna y Fidel montó en su automóvil. Nosotros nos adelantamos para esperarlo frente a la casa. Pronto apareció una fila de automóviles. En el primero distinguimos a Fidel. Le hicimos señas con los brazos, pero la caravana pasó de largo.

Nos quedamos con la boca abierta. Llegó Marcelo:

—Fidel dice que vayamos con él a Cienfuegos, que no hay tiempo para almorzar ahora y que después nos reuniremos.

Montamos en los carros y arrancamos detrás de la caravana, que ya se perdía a lo lejos.

Aquel viaje a Cienfuegos lo había yo hecho muchas veces durante la insurrección. Entonces iba preocupado, en tensión, el peligro acechaba siempre. Trataba de pasar inadvertido. ¡En que distintas circunstancias hacíamos el viaje ahora! Cuando pasábamos un caserío, o entrábamos a un pueblo, la gente venía corriendo desde las casas y gritaba:

—¡Fidel! ¡Fidel!

La carne se le ponía a uno de gallina con la emoción. Pero entonces volvían los recuerdos y con ellos las nuevas preocupaciones. Íbamos en silencio. La carretera parecía ahora más larga que nunca.

A uno y otro lado asomaban las chimeneas de los ingenios y la presencia de los vagones de ferro-





carril, próximos a los bateyes, indicaba que la zafra estaba al empezar.

Entramos a Cienfuegos. Como en todas partes, la gente salía a las aceras y abandonaba el trabajo. Los cienfuegueros se disputaban a Fidel. La ciudad estaba en manos del Segundo Frente del Escambray, que había bajado de las montañas después de la fuga de Batista.

William Morgan, el norteamericano que era comandante de esa organización, fungía como jefe militar de la plaza.

Morgan insistía en que Fidel lo acompañara a Cayo Loco, una isleta en la bahía donde estaba enclavada la principal base naval de la costa sur. Allí estaba ahora el cuartel general de Morgan, de quien desconfiábamos profundamente. Morgan había desarmado una vez a las fuerzas del 26 de Julio en el Escambray, traicionando los acuerdos existentes. Meterse en Cayo Loco con Morgan era como meterse en una ratonera. Logré acercarme a Fidel y le dije al oído:

—¡No aceptes! En Morgan no se puede confiar.

—No te preocupes —me contestó Fidel con una sonrisa que no logró tranquilizarme.

Fuimos a Cayo Loco. El ambiente era de tensión. Las fuerzas de marinos que habían servido a Batista estaban intactas. Los hombres de Morgan se mezclaban con ellos. Fidel se encaramó sobre algo y su figura se elevó sobre el resto, ofreciendo un blanco magnífico. Se hizo el silencio.

—¿Qué ha sido la Marina en un país que ha vivido de espaldas al mar? ¡Nada!





El interés avivó la expresión de los rostros.
—¿Qué ha de ser la Marina en la Cuba nueva?
¡Un arma poderosa para defender la Patria!
Atronadores aplausos.
—Crearemos una Marina que será el orgullo
de América.

—¡Fidel! ¡Fidel! ¡Fidel!... —gritaban los
marinos.

—...El marino será un hombre útil a la socie-
dad... no será instrumento de los enemigos del pue-
blo, sino el brazo armado del pueblo...

Los marinos se miraban unos a los otros y se
daban palmadas en la espalda.

—...La marina mercante, la pesca, Cuba se vol-
verá hacia el mar.

Cientos de brazos nervudos, tostados por el sol,
levantaron a Fidel en peso y lo pasearon por la pe-
queña plaza en que nos encontrábamos.

Almorzamos en la Covadonga, las horas
corrían. Atravesamos toda la ciudad hasta el lugar
de la concentración, frente al Ayuntamiento Municipi-
pal, donde el pueblo se aglomeraba en el parque. A
pesar de las muchas horas sin descanso, Fidel se
transformaba cuando enfrentaba la multitud. Enton-
ces parecía olvidar el cansancio y la extraña comu-
nión que ya había observado en Santa Clara volvía
a producirse.

Cuando terminó el discurso entramos al Ayun-
tamiento. Por fin íbamos a reunirnos con Fidel.
Era muy tarde en la noche y todos estábamos muy
casados, pero había que aprovechar aquella
oportunidad.





En una amplia oficina, en anchas butacas de piel, nos acomodamos. Fidel se sentó detrás de un buró, en una silla giratoria, y daba vueltas, mientras se desarrollaba la reunión. No había mucho más que decir. Fidel había dicho todo lo que había que decir. No sólo a nosotros, sino a todo el pueblo: en Santa Clara, en Cienfuegos, en Cayo Loco.

La luz era indirecta, no muy fuerte. Fidel se recostó sobre la mesa y descansó la frente sobre el antebrazo.

Todos nos miramos y nos pusimos de pie respetuosamente.

Fidel levantó la cabeza y al vernos de pie, también se paró.

—¡Vámonos! —dijo y salimos afuera.

El fresco de la madrugada nos reavivó. La noche cienfueguera era clara y brillaban las estrellas en el cielo. Respiré el aire puro y sentí algo extraño, como si una nueva vida empezara, una vida desconocida, pero excitante.





Ministro del gobierno

Me llamaron para que me personara en la Secretaría del Consejo de Ministros. El taxi me dejó frente al Palacio Presidencial.

—¿Por dónde es la entrada? —pregunté al chofer.

—Por ahí —y señaló una puerta abierta, cuya entrada custodiaban dos soldados rebeldes.

—Mire, yo soy el Coordinador del Movimiento 26 de Julio en Las Villas y tengo cita en la Secretaría.

—Sígueme —dijo el hombre—. ¡Oficial de guardia! —gritó.

Nadie respondía. Muchos soldados rebeldes conversaban en la pequeña habitación que daba acceso a un patio interior.

—¡Oficial de guardia! —volvió a gritar el rebelde.

Nadie le prestaba atención.

—Debe estar al volver. Espérela aquí —y salió a la calle a ocupar su posición.





Nadie se fijaba en mí.

Fidel había pasado por Las Villas el 6 de enero, apenas unos días antes, camino de La Habana. Me había invitado a que lo acompañara, pero yo insistí en quedarme en Villa Clara, pues trabajaba en lograr la normalización de la vida en la provincia.

—Además —le dije a Fidel—, ya cumplí con mi deber y dentro de poco regresaré a mi trabajo como ingeniero.

—Así que tú crees que ya terminaste —me respondió Fidel—, no te das cuenta que ahora es cuando de verdad comienza la revolución.

Solamente habían transcurrido unos días desde la partida de Fidel y ahora me llamaban de La Habana. ¿Para qué querrán verme, me preguntaba? ¿Qué habré hecho?

Los rebeldes hablaban de sus últimas experiencias en la capital. Aquellas cabezas habían pasado ya por las manos de los barberos de La Habana. Las barbas estaban recortadas y las cabelleras más cortas. Los uniformes parecían nuevos y unos hermosos brazaletes rojinegros estaban fijados a las mangas.

Aproveché que uno de los rebeldes se me quedó mirando para dirigirme a él.

—Estoy citado en la Secretaría, pero no sé llegar hasta allí.

—Lo mejor que usted hace es subir al segundo piso. Aquello está lleno de gente. Hoy hay Consejo de Ministros.





—¿Por dónde es la cosa?

—Atravésese el patio y a la derecha encontrará un elevador.

Atravesé el patio mirando a las paredes. No quedaba ni una huella del ataque a Palacio. Quién iba a decir que algún día yo estaría aquí, iba pensando. Tomé el elevador al segundo piso y cuando las puertas volvieron a abrirse, apareció un amplísimo salón frente a nosotros. Había mucha gente y un gran ruido de conversaciones. Se formaban grupos alrededor de las butacas. Algunos dormitaban. Unos hombres barrían continuamente el piso recogiendo las colillas de cigarro. Otros llevaban bandejas inmensas, cargadas de tazas de café y vasos de agua.



Busqué con la vista a alguien conocido y no encontré a nadie. Me decidí a atravesar otra puerta que guardaban dos rebeldes y penetré en una especie de antesala llena de gente. Allí encontré muchas caras conocidas de los periódicos. Me dirigí a una muchacha que estaba detrás de un buró.



—Me llamo Enrique Oltuski, soy el coordinador de Las Villas.

La muchacha fruncía el entrecejo.

—Muchos me conocen por Sierra, mi nombre de guerra.

Una sonrisa apareció en la boca grande.

—He oído hablar de usted, mucho gusto —me dio una mano con las palmas sudadas—. Yo trabajaba en la célula de Pepe Blanco, aquí en La Habana. ¡Usted lo conoce!

—Sí, sí —dije.





En eso se abrió la puerta del Consejo y aparecieron Armando Hart y Faustino Pérez. Nos dimos las manos con calor. Algunos de los presentes se acercaron para tratar de hablar con ellos, pero Faustino y Armando me empujaron hacia el Salón del Consejo.

—Vamos para que saludes a Urrutia.

—¿Pero no están en Consejo?

—Sí, pero no importa. ¡Ven!

Entramos en una larga y estrecha sala. En el centro y llenando todo el espacio, una gran mesa, a la cual estaban sentados los ministros. En un extremo distinguí a Urrutia, que al verme se puso de pie, interrumpiendo la exposición que hacía. Los ministros se pusieron de pie también, mientras yo cruzaba el salón hasta donde estaba Urrutia, quien me alargó la mano.

—Me alegro de verlo.

—Y yo a usted. ¿Cómo está, señor Presidente?

—Muy bien, muchas gracias. Quiero darle una noticia.

Los que me rodeaban sonreían.

—Usted dirá.

—Acabamos de nombrarle Ministro de Comunicaciones del Gobierno Revolucionario. ¡Mis felicitaciones!

—Pero, señor Presidente, usted se equivoca, yo ni siquiera sé dónde queda el Ministerio de Comunicaciones, ni qué se hace allí.

Armando y Faustino me abrazaban. Me presentaron a los demás ministros que no conocía.





—Y ahora, señores ministros —dijo Urrutia—, si ustedes tienen la bondad, reanudaremos el Consejo.

Todos tomamos asiento.

—La cantidad de leyes que estamos aprobando es abrumadora —empezó Urrutia— y resulta imposible que el Consejo dedique su precioso tiempo a analizar los aspectos técnicos de ellas. Por eso habíamos designado al doctor Osvaldo Dorticós, cuya competencia en este campo nadie discute, para que realizara esta función. Esta idea no ha resultado, porque al no asistir a los consejos y desconocer los detalles de nuestras discusiones, el doctor Dorticós se ve limitado a la hora de redactar las leyes que aquí se aprueban. Por ello ha surgido la idea de nombrarlo ministro. Así participaría en las discusiones y la función de su Ministerio sería la de dar forma legal a lo que el Consejo apruebe.

Algunos ministros destacaron los méritos de Dorticós como abogado y como persona.

—Oltuski puede hablar de sus méritos revolucionarios —dijo Faustino—, Dorticós trabajó con él en Las Villas.

Hice un breve recuento de la labor de Dorticós durante la insurrección. Primero había dirigido la Resistencia Cívica en Cienfuegos. Después del fracaso de la huelga del 9 de abril y ante la desertión de algunos de los dirigentes del Movimiento, Dorticós asumió la dirección de esa zona. Participó activamente en el traslado de Bordón al Escambray. Su participación fue descubierta por la Policía y tuvo que abandonar el país.





El Consejo aprobó por unanimidad la designación de Dorticós como Ministro Encargado de la Legislación Revolucionaria. Dorticós fue llamado al salón y se repitió la escena anterior. Nos dimos un abrazo.

—Siempre juntos —me dijo Dorticós.

—Sí, siempre juntos —le contesté.

Urrutia dispuso un receso para comer. Al salir del salón del Consejo, las demás personas que hacían antesala abordaron a los ministros, planteándoles toda clase de problemas. Logramos abrirnos paso hasta el comedor de Palacio. Todas las sillas alrededor de la gran mesa estaban ocupadas por aquellas personas que llenaban los salones, los pasillos, que discutían, que perseguían a los ministros. Tuvimos que esperar hasta que se vaciaron algunas sillas.

—¡Esto es una plaga de langostas! —exclamó Armando—, hay que tomar medidas.

—Lo malo es que muchos son invitados del propio Urrutia —explicó Luis Buch, que había sido nombrado Ministro de la Presidencia—. Son sus compañeros del exilio.

—Bueno, Luis, quiero que me expliques cómo es que uno se hace cargo de un ministerio —pregunté yo.

— Te apareces allí y le metes mano.

—¿Pero y si no me dejan entrar? ¿Me puedes dar un papel o algo?

—¡Qué papel ni que ocho cuartos! Entrás por la puerta como si fueras el dueño de todo aquello y verás que no tienes problemas





—Bueno. Si tú lo dices. Ven acá una última pregunta: ¿Y dónde queda el Ministerio de Comunicaciones?



Al otro día me levanté temprano. Fernando, un compañero que trabajaba conmigo en la Shell y que era de La Habana, vino a buscarme para llevarme hasta el Ministerio. Cuando bajé a la calle hasta el automóvil, me dijo:

—¿Ni pensarás ir así, en mangas de camisa?

—¿Y por qué no? Además, no traje otra ropa que ésta.

En la esquina un vendedor de periódicos voceaba:

—¡Designados los nuevos ministros del gabinete!

Paramos para comprar el periódico. En primera página aparecía mi nombre. Me produjo una rara sensación, era la primera vez que mi nombre aparecía en letra impresa.

La máquina cogió por calles desconocidas hasta que entró en una avenida que me era familiar, Rancho Boyeros.

—Ése es el edificio —dijo mi amigo.

Frente a nosotros se levantaba un edificio de líneas modernas, que yo había visto en los sellos de correos.

—No está mal —dije.

—Es nuevo.

Habíamos subido por una rampa y Fernando detuvo el carro frente a una escalinata que daba





acceso a lo que debía ser la entrada principal, toda de puertas de cristal.

Abrí la portezuela y comencé a subir las escaleras, un grupo de las milicias del 26 de Julio me salió al paso. Fernando había abandonado rápidamente el auto y corría detrás de mí, agitando los brazos, al tiempo que gritaba:

—¡Es el Ministro!... ¡Es el Ministro!

Los milicianos no supieron qué hacer. Yo pretendía no darme por enterado y siguiendo el consejo de Buch comencé a atravesar el inmenso salón lleno de ventanillas y apartados de correo.

Un muchacho joven, que vestía de civil, pero que llevaba un brazalete del 26 de Julio al brazo, me alcanzó.

—Usted... ¿Usted es el Ministro?

— Yo mismo —y seguí caminando hacia unos elevadores que se veían al final del salón.

—Nos enteramos por los periódicos. Yo soy el capitán Martínez, de las milicias del 26 de Julio. Fuimos los que ocupamos el Ministerio el 1° de enero.

Habíamos llegado a los elevadores.

—¿Usted querrá seguramente ir a su despacho?

—Sí.

—Por aquí, sígame.

Entramos al elevador y subimos hasta el piso seis. Atravesamos unas salas alfombradas, con muebles sencillos, pero elegantes. El capitán Martínez hurgó en sus bolsillos y extrajo un mazo de llaves, las que fue probando una a una y ninguna abría. Yo empezaba a impacientarme y el Capitán





se ponía cada vez más nervioso. Se terminó el mazo y ninguna abría.

—No puede ser —dijo con voz angustiada el Capitán y volvió a empezar, pero la primera llave abrió la puerta.

Me asomé. Lo primero que me llamó la atención fue el gran buró de madera, macizo, poderoso, que me hizo pensar en como los que habían hecho aquel mueble habían sabido encarnar en él el carácter del poder. Detrás, una silla giratoria de un alto espaldar, de cuero carmelita. Y como fondo un ventanal a todo lo largo de la pared, con cortinas a los lados y que dejaba ver un paisaje en el cual se combinaban algunos edificios de gobierno con una elaborada jardinería de plantas típicas cubanas.



El piso alfombrado también. Mis pies se hundían suavemente cuando me dirigí a la silla ministerial y me senté. Era cómoda. Frente a mí quedaban las butacas de cuero rojo y verde, dándole un toque de color que resultaba excitante en medio de los muebles serios y las paredes forradas de caoba. Giré en la silla, detrás me quedaban los teléfonos y el intercomunicador. Miré por los cristales, por encima de los restantes edificios aparecía el perfil de La Habana. Por las anchas avenidas transitaban los automóviles. La gente de a pie iba en mangas de camisa, seguramente hacía calor afuera. Tomé conciencia del aire acondicionado y sentí un poco de frío. Giré en la silla hasta ponerme en posición normal. El Capitán seguía frente a mí, de pie.





—Siéntese.

—Gracias.

—Cuénteme, ¿qué sabe usted de este Ministerio?

—He aprendido mucho, señor Ministro. Prácticamente ya todos los servicios trabajan normalmente. ¡Quiero que sepa que ya hemos ingresado 114 000 pesos!

—¿Y todos los empleados están trabajando?

—Sí, señor, excepto los batistianos más destacados, que no han acudido, pero ya los hemos sustituido por gente de nuestra confianza, del 26.

—¿Son muchos?

—Bueno, ahora estamos empezando, pero sí, van a ser muchos.

—Ven acá, explícame cómo trabaja esto.

—Esto es bastante complicado...

—Pero ¿de qué se ocupa?, ¿qué servicios presta?

—Bueno... el correo, el telégrafo, el radio... lo mejor sería que yo llamara al señor Collado, que es quien me ha estado asesorando.

—¿Quién es?

—Se apareció aquí el mismo día 1° y nos ofreció su ayuda. Es un hombre de cierta edad, sabe mucho de todo esto. Lo habían retirado en contra de su voluntad, por no estar de acuerdo con Batista.

—¿Tú estás seguro?

—Le he preguntado a algunos empleados.

—Bueno, dile que venga.

Martínez se marchó, dejándome solo. Me puse de pie y empecé a abrir todos las puertas que da-





ban al despacho. Una daba a un *closet*, otra a un pequeño elevador privado. Una tercera daba a un servicio sanitario, muy sencillo, todo de blanco. Volví a sentarme detrás del buró y fui abriendo las gavetas, que estaban sin llave. Había cartas personales, casi todas recomendando a alguien, firmadas con nombres que yo conocía de los periódicos. Giré en la gran silla para mirar por el ventanal. La vida transcurría y yo pensé: ¿Y qué carajo hago yo ahora?



Sentí unos golpes en la puerta y en seguida ésta se abrió y entró el Capitán con un señor alto, elegante, de unos 50 años, de pelo canoso y una cara agradable.

—El señor Collado —nos presentó Martínez.

—A sus órdenes, señor Ministro —dijo Collado y me dio un fuerte apretón de manos.

—Siéntese Collado. Bien, Capitán, después hablaremos.

Martínez se fue, dejándonos solos.

—Ante todo, quiero que sepa que estoy incondicionalmente a sus órdenes —empezó Collado.

—Gracias.

—Esto es como un sueño. Quiero que sepa que me había retirado a mi casa ¡hastiado!, pero ahora mis 20 años de experiencia en la Posta están a disposición de la revolución. He ocupado distintos...

—¿Usted podría explicarme cómo funciona el Ministerio?





—Esto es muy complicado. Es un Ministerio importante. Aquí se manejan cosas que la gente no se imagina. Quiero que sepa...

—¿No hay un manual o un reglamento? ¿Un organigrama?

—Lo que usted quiere, señor Ministro, es la Ley Orgánica de Comunicaciones, que crea el Ministerio, pero quiero que sepa que eso data de los tiempos de la intervención americana. Después ha sido modificada por cientos de leyes y disposiciones que han dictado todos los gobiernos. Eso forma un cuerpo de ley que solamente pueden interpretar los expertos. Yo...

—Así que este Ministerio se ocupa del correo y el telégrafo.

—No, de muchas cosas más. Es quien regula la radio y la televisión. Concede las frecuencias. Presta servicios a la navegación. Regula los servicios públicos.

—¿Los servicios públicos?

—Sí, el servicio telefónico, la electricidad, los servicios comunales de todo tipo.

—Qué interesante...

—Quiero que sepa...

—¿Y cuáles diría usted que son los problemas inmediatos que hay que resolver aquí?

—Bueno, algo hemos hecho ya, señor Ministro —se sonrió con una sonrisa que pretendía ser modesta.

—Eso está bien, pero quiero saber la que está por hacer.

—Lo más urgente es el telégrafo. En los últimos días de la lucha contra la tiranía se destruye-





ron cientos de kilómetros de línea. Hay muchos pueblos incomunicados. Es necesario que el Gobierno conceda un crédito extraordinario. Sería de gran efecto que usted anunciara el crédito durante su próxima toma de posesión —ahora la sonrisa era maliciosa—. Se podría pensar en otra medida popular, tal como una rebaja en el costo del servicio postal.

Collado vestía un impecable traje azul prusia. La corbata de rayas azules y blancas llevaba en el centro un alfiler con una gran perla blanca. Por las mangas del saco asomaban unos pesados yugos de oro. Las piernas cruzadas elegantemente. Las medias bien estiradas, seguramente que con ligas. Los zapatos brillaban. Alcé la vista y los ojos de Collado me estudiaban igualmente.

—¿No hay un organigrama?

—El organigrama sólo le dará una idea. Lo que hace falta es que usted se asesore con alguien de experiencia. Quiero que sepa...

—El organigrama me dará una idea de los cargos y las funciones.

—En seguida regreso.

Collado volvió con un cuadro en las manos...

—Aquí está —y lo puso sobre el buró.

Collado, de pie, se inclinaba sobre mis hombros. Le fui preguntando las funciones de cada cargo y tomando notas. Collado insistía:

—El cargo clave es el de Subsecretario. Ése es el hombre que hace todo el trabajo. El Ministro es una figura política que tiene responsabilidades nacionales. Tiene que asistir a los Consejos





de Ministros, atender a sus seguidores, cuidar su base política. No puede dedicarle mucho tiempo al Ministerio. Por eso debe delegar el trabajo administrativo en el Subsecretario, que debe ser un hombre de experiencia, que conozca el Ministerio.

—Sí... pensaré sobre todo lo que usted me ha dicho —dije poniéndome de pie.

—Yo estaré en el Ministerio todo el tiempo y por la noche en mi casa, en este teléfono —Sacó una tarjeta del bolsillo del saco—. Y no se preocupe, señor Ministro, el secreto está en saber asesorarse.

—Sí, sí...

Me quedé solo otra vez. Ahora tenía una idea de qué se hacía en el Ministerio de Comunicaciones. Repasé las notas. ¿Qué hacer ahora? Pensé que el paso siguiente debía ser nombrar los jefes de las distintas actividades y que cada cual aprendiera sobre la marcha. Yo no conocía otra gente en la cual confiar que mis compañeros del 26 de Julio de Las Villas, pero todos eran tan jóvenes. Eran estudiantes, trabajadores, unos pocos universitarios. Pero eran buenos, honestos y llenos de entusiasmo. No había otro camino, tenían que ser ellos.

Pasé revista en mi cabeza a cada uno, a sus conocimientos, a su carácter, a su perfil ocupacional, a su poca experiencia, y fui seleccionando a quienes designaría para cada cargo y escribiendo sus nombres en el organigrama.





Llamé a Teresita a Santa Clara.
— Tere, ¿te enteraste?
— Sí, aquí todos estamos muy contentos.
— ¿Contentos? Yo estoy embarcado, no sé nada de esto. Mira, este carretón lo tenemos que halar entre todos. He decidido nombrar directores a nuestros compañeros de la Dirección del Movimiento. Diles a todos que arranquen en seguida para acá, contigo a la cabeza.

Era tarde en la noche. La puerta del despacho se abrió y asomó la figura regordeta de Teresita.
— ¡Ya están aquí!
— Voy.

En la amplia antesala me esperaban todos los miembros de la Dirección Provincial de Las Villas. Abrazos, bromas, entusiasmo.

— Bien —empecé—, esta responsabilidad que me entrega el Gobierno Revolucionario no puede ser contemplada como un reconocimiento personal. Es un reconocimiento al trabajo de todos. El triunfo de nuestra gestión aquí es el triunfo del 26 de Julio de Las Villas. Esto quiere decir que debemos determinar quiénes vienen a trabajar conmigo y quiénes se quedan en Las Villas.

Todos seguían con gran interés mis palabras. Fui leyendo las funciones de cada departamento y los nombres de los propuestos, argumentando las razones en que me había basado. Todos estuvieron de acuerdo con la selección.





Teresita, ya en funciones de secretaria, entró con una bandeja llena de tacitas de café y la formalidad de la reunión se rompió.





La revolución toma el poder

Miré el reloj, era ya la medianoche del 12 de febrero de 1959. Estábamos reunidos desde las 2 de la tarde. Igual que el día anterior. Igual que los días anteriores. Discusiones interminables. Resultados: escasos.

El Consejo de Ministros no funcionaba. En la punta de la mesa presidía Urrutia. Era un radical en todo lo que tuviera que ver con el delito, con los criminales de la dictadura, con el juego, pero un conservador en cuanto a los cambios sociales y políticos.

Miró Cardona era el primer ministro. Lo único que le interesaba era poner en crisis a Urrutia para sustituirlo como Presidente. Era obsesivo con esa idea. Era la gran ambición de su vida. Para ello trataba de estar bien con unos y con otros. Hablaba mal de Urrutia a sus espaldas y decía que era un incapaz.

Rufo López Fresquet, el ministro de Hacienda, era el representante de la reacción. Como ma-





nejaba los fondos del Estado se dedicaba, con el pretexto de no malgastar el dinero, a frenar toda idea progresista.

Agramonte, el ministro de Relaciones Exteriores, era la imagen de lo inocuo, le decían “masa boba”.

Estaba el grupo de ministros que proveníamos de las filas revolucionarias. Las ideas no estaban claras para nosotros, actuábamos “individualmente”, no había un líder en el Consejo que coordinara nuestras acciones. Cundía el malestar entre nosotros. Faustino, Armando, Julio Camacho, Luis Buch, yo, que habíamos estado más unidos durante la insurrección, nos preguntábamos qué hacer.

Volví a mirar el reloj: la 1 de la madrugada. Afortunadamente, el Consejo tocaba a su fin. Mientras recogíamos nuestros papeles, nos miramos a las caras, nuestros ojos reflejaron el entendimiento.

—Esto no da más —dijo Faustino.

—¡Vamos! —dijimos todos y salimos a la calle.

Luis Buch, como ministro de la Presidencia, tuvo que quedarse, a él le tocaba ordenar lo tratado durante el Consejo y redactar la nota de prensa. Los demás tomamos nuestros automóviles y nos dirigimos al hotel Habana Hilton, lugar que Fidel utilizaba frecuentemente para efectuar encuentros y desarrollar actividades.

Era casi las 2 de la madrugada cuando localizamos a Fidel en uno de los pasillos del hotel.

Había un hervidero de gente en el *lobby* y en varios pisos. Soldados rebeldes, dirigentes obre-





ros, jefes del 26 de Julio y otras organizaciones formaban grupos en los cuales se discutía todo tipo de problemas. Si bien el gobierno que estaba en el poder era nominalmente el de Urrutia, y Fidel era el jefe de las fuerzas armadas, no se podía hacer una clara distinción entre el gobierno y el Movimiento 26 de Julio. En el Consejo se sentaban ministros que provenían de nuestras filas. Todo el mundo sabía que el poder estaba donde estaba Fidel y continuamente se dirigían a él en busca de orientación, a veces de decisiones, colocándolo en una situación compleja en la que, por un lado, se trataba de un gobierno que no era el suyo, y, por otro, cualquier decisión afectaba la revolución, que sí era suya. El corazón y el cerebro de la revolución estaban aquí y no en el Palacio Presidencial. Fidel no conocía el descanso.



—¿Pero qué hacen ustedes aquí? —nos preguntó al vernos.

—Queremos hablar contigo —dijo Faustino.

—¿Qué pasa? —insistió Fidel.

—No podemos más —volvió a hablar Faustino—. El Consejo de Ministros no funciona. Lo único que hacemos es hablar horas interminables. Juegan muchos intereses y no hay autoridad. ¿Tienes que asumir la dirección del gobierno!

—Fidel, éste no es nuestro gobierno —dije yo—. Si tú no te haces cargo, nosotros no queremos seguir siendo ministros.

En la penumbra del pasillo se hizo el silencio. Todos mirábamos expectantes a Fidel, que se recostó contra la pared pensativo.





—Así que ustedes quieren que yo me haga cargo del gobierno —dijo al fin—, yo no quiero, pero bueno, vamos a hablar, ¿dónde podemos ir?

Algunos sugerimos ir a nuestras oficinas.

—No, a una oficina no.

Entonces se me ocurrió:

—Fidel ¿por qué no vamos a mi casa?

—¿A tu casa?.. No es mala idea, ¡vamos!

Partimos en la noche. La calle 23 estaba desierta y pronto llegamos a mi casa, en el Bosque de La Habana. Fidel ordenó citar a más compañeros a la reunión. Cuando todos estuvimos reunidos, no alcanzaban los asientos de la sala, algunos se sentaron en el suelo, otros en la escalera que llevaba al piso de arriba.

Nadie había comido y Martha, que estaba en estado de nuestro segundo hijo, se metió en la cocina a preparar algo de comer.

Todos mirábamos a Fidel que se puso de pie y se dirigió al centro de la sala. Todas las luces estaban encendidas y la figura de Fidel era hermosa en su juventud y fortaleza.

—Así que ustedes quieren que me haga cargo del gobierno, bueno, vamos a ver primero de qué gobierno estamos hablando —dijo, introduciendo la mano en el bolsillo izquierdo de la camisa de donde sacó una pequeña libreta azul.

Paseó la mirada por todos los presentes.

—Hablemos primero de la Reforma Agraria.

Hizo una larga, detallada y profunda exposición de su concepción de la Reforma Agraria, to-





dos escuchábamos con gran atención. No hubo que discutir mucho, todos compartimos los criterios expresados por Fidel.

Fue pasando las hojas de la libretica: los altos alquileres, la falta de viviendas que sufría la población, las tarifas eléctricas, la educación y la salud, las fuentes de trabajo. La lucha contra la pobreza, la corrupción, la prostitución. El desarrollo económico. El Ejército Rebelde. La política exterior.

Las horas pasaban. Martha sirvió la magra cena. La gente masticaba automáticamente, el alimento estaba en las palabras de Fidel.

Amaneció, la luz entraba por las ventanas. Nadie tenía sueño, a pesar de que llevábamos 24 horas sin dormir. Unos estaban sentados en las butacas de la sala, otros en los peldaños de la escalera, había gente tendida en el suelo. Fidel tenía poco espacio para moverse. Cuando se detuvo, todos queríamos que siguiera hablando.

—¿Es éste el gobierno que queremos? —preguntó.

—Sí, Fidel, sí —dijimos todos.

—Entonces... ¡acepto!

La gente fue partiendo y sólo nos quedamos los que éramos miembros del gobierno.

—Hay que hablar con Urrutia y, sobre todo, con Miró Cardona, pues es el cargo de Primer Ministro el que debo asumir.

Miró aceptó renunciar a favor de Fidel. El 16 de febrero, Fidel tomaba posesión del cargo de Primer Ministro.





Después del acto oficial, los ministros nos sentamos alrededor de la gran mesa del Salón del Consejo. Urrutia presidía sentado en la cabecera. Fidel estaba sentado a su lado.

—Comencemos el Consejo —empezó Urrutia. Fidel lo interrumpió.

—Perdone, señor Presidente, quisiera precisar algunas cosas.

—Adelante, Comandante.

—El pueblo espera por nosotros. ¡No hay tiempo que perder! Hemos luchado para transformar este país. Debemos ser profundos en los análisis, valientes en las decisiones y responsables en la ejecución de nuestro programa de gobierno, para lo cual reclamamos la autoridad correspondiente.

A continuación, Fidel expuso el programa de gobierno de la revolución.

—Si voy a ser responsable de cumplir este programa debo tener, repito, la autoridad necesaria, por lo que debo presidir el gobierno.

Urrutia había ido cambiando de color. —Pero... Comandante... entonces yo como Presidente ¿qué hago?

Se produjo una pausa, en la que todos guardamos silencio.

—Quitarme si no sirvo —respondió finalmente Fidel con una sonrisa en los labios.

Todos sentimos alivio ante la inesperada y genial respuesta que rompía el dramatismo de aquella histórica escena.

Pero Urrutia se puso de pie y abandonó el salón.

—Buch, ¡síguelo! —ordenó Fidel.





Al poco rato volvió Luis Buch y dijo que Urrutia se había calmado. Fidel se puso de pie y miró la silla que había quedado vacante en la punta de la mesa.

—¿Y dónde se sentaba Batista?

—En la punta de la mesa —dijo alguien.

—Entonces me siento en el medio —acordó Fidel, mientras que los ministros que se sentaban en esa parte de la mesa, le abrían espacio.

Fidel tomó asiento y dio inicio el primer Consejo de verdad.







Epílogo

Los años pasaron y aquel grupo de jóvenes se hizo cargo del país, de la misma manera en que yo me hice cargo de un Ministerio cuya actividad no conocía, el Che asumió la presidencia del Banco Nacional; Armando Hart, el Ministerio de Educación. Se creó un nuevo ministerio para recuperar los bienes robados al Estado por Batista y sus secuaces, que dirigía Faustino Pérez. Otros ministerios estaban en manos de figuras del pasado no comprometidas con Batista.

La Ley de Reforma Agraria, la más importante y definitiva ley revolucionaria, fue dictada apenas cuatro meses después de la toma del poder. Fueron nacionalizadas las tierras de los grandes latifundistas, entre ellos consorcios agroindustriales norteamericanos y entregadas a los campesinos que las trabajaban, con la promesa que éstas serían amortizadas a sus antiguos propietarios. Pero esta promesa no resultó suficiente y comenzó el éxodo de los dueños y con ellos, los administradores y el personal técnico.





Los golpes y contragolpes no se hicieron esperar. El gobierno de Estados Unidos redujo sustancialmente la cuota azucarera que Cuba tenía en el mercado norteamericano. Algo parecido ocurrió con el suministro de petróleo, lo cual significaba paralizar el país. La Unión Soviética propuso vendernos el petróleo y además comprarnos el azúcar, lo cual salvó la economía cubana del derrumbe.

La cosa era: o nos replegábamos o nos destruían. Nunca dudamos sobre cual era el camino a seguir: luchar. Ante este estado de cosas se tomó la segunda gran medida: la nacionalización de todas las empresas y bancos nacionales y extranjeros. No había otro camino si queríamos salvar la revolución.

Ante el abandono del país de los dueños, los administradores y los técnicos, fueron promovidos para ocupar esos cargos jóvenes provenientes de las filas del Ejército Rebelde, de las organizaciones revolucionarias y algún que otro técnico que se sumó a nuestra línea.

Todo este proceso radicalizó nuestras posiciones. Queríamos cambiar aquella injusta sociedad, pero no todos sabíamos cómo. Surgieron discrepancias entre nosotros y algunos combatientes abandonaron nuestras filas e, incluso, se enfrentaron a nosotros. Tal es el caso de Bosch, de Franqui, de Gutiérrez Menoyo.

Aun entre quienes nos mantuvimos firmes existieron serias discrepancias que sólo se resolvieron en el transcurso del tiempo. Tal es mi propio caso. Yo, como tantos otros, no fui a ninguna escuela donde me enseñaron a ser revolucionario.





Éramos jóvenes que veíamos las injusticias que nos rodeaban: la pobreza, el hambre, la prostitución, los niños pidiendo limosnas en la calle, los ricos cada vez más ricos y ajenos a todo esto y los políticos que decían que la política constituía la manera más rápida para hacerse rico. Batista es buen ejemplo de todo esto. Era un pobre trabajador de los ferrocarriles y al morir dejó una fortuna de 1 000 millones de dólares.

Todo esto, más mis lecturas sobre Marx y la Revolución rusa, me inclinaron a la izquierda.

Los comunistas cubanos, siguiendo la línea internacional de su organización, estaban en contra de la lucha armada, pero en el fondo simpatizaban con nuestra causa que también era la de ellos y muy temprano se integraron a la revolución. Se produjeron divisiones entre nosotros, no sobre la estrategia sino en cuestiones tácticas. Esto pasó en varios organismos y también en mi Ministerio. Defendí a varios compañeros que habían sido mis colaboradores en los años de lucha contra quienes se alegaba que no eran revolucionarios y sobre los cuales yo confiaba que evolucionarían hacia las posiciones correctas.

Finalmente se acordó mi sustitución como Ministro por considerarse que yo no sería capaz de resolver la difícil situación creada y cuando el presidente de la República, Osvaldo Dorticos, me dijo:

—Se reconoce tu labor al frente del Ministerio de Comunicaciones y los avances logrados y, por lo tanto, tu derecho a escoger el lugar donde quieras trabajar.





Yo pensé: “Por si alguna duda hay sobre mi condición de revolucionario, les voy a enseñar quién soy”, y contesté:

—Quiero trabajar con el Che.

—¿Con el Che? —se sorprendió el Presidente.

—Sí, con el Che, ¿no dicen que es el más radical de todos nosotros?

Y así fue como trabajé con el Che durante cinco años, hasta que se marchó a luchar a otras tierras.

Mientras todo esto ocurría había que defender la revolución en el terreno internacional, los jóvenes tenían que aprender a administrar bancos, granjas, industrias, y había que cumplir nuestro programa para liquidar el hambre, educar al pueblo y garantizar su salud. Siempre estuvo claro para nosotros que el primer derecho humano es el derecho a la vida.

¿Pero cómo se logró todo esto?

Sin pretender hacer un ser divino de un hombre terrenal, tengo que decir que el mayor mérito de Fidel fue sabernos conducir por este intrincado camino, haber sabido unirnos a todos mientras se desarrollaba la lucha económica, política e internacional y se tomaba en cada momento la decisión que correspondía.

Quizás yo esté equivocado, pero creo que para cambiar la historia, más bien para evolucionar la historia, no sólo basta que existan las condiciones populares, sino que hace falta el hombre que detone la chispa y sepa conducir al pueblo por el camino correcto en medio de una situación tan compleja como es una revolución.

Y eso, afortunadamente, sucedió en Cuba.

